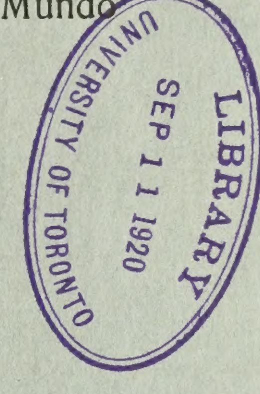
Published and distributed under permit (No. 170) authorized by the Act of Oct 6, 1917, on file at the Post Office of Garden City, New York. By order of the President. A. S. Burleson, Postmaster General.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo





Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN IV SEPTIEMBRE DE 1920 NÚMERO 3

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos, y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA, inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA, española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA, inglesa y española (12 números) .	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET NEW YORK, E. U. DE A.

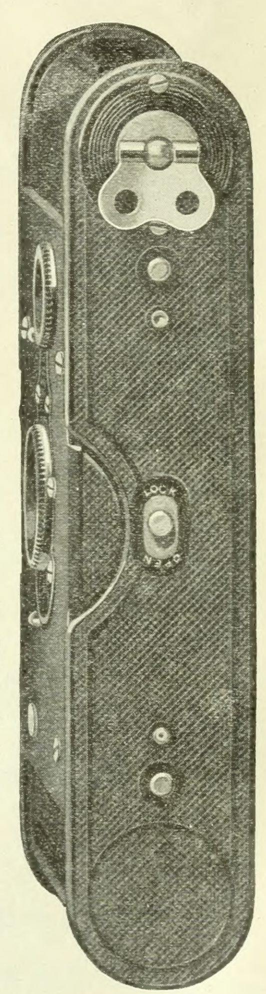
Kodak Miniatura de Bolsillo Autográfica

No se carga, se lleva como un reloj



HECHA CON LA KODAK MINIATURA Y EL ADITAMENTO KODAK PARA BUSTOS

La Cámara de Bolsillo que verdaderamente cabe en un bolsillo de chaleco



TAMAÑO ACTUAL

Llevando una Kodak Miniatura de Bolsillo se está siempre preparado para cuando lo inesperado suceda. Ud. lleva su Kodak más grande cuando tenga en proyecto tomar fotografías, pero la Kodak Miniatura de Bolsillo se lleva constantemente consigo para capturar el encanto de lo extraordinario. No obstante su pequeñez, los negativos que con ella se obtienen son tan buenos que el hacer ampliaciones es la cosa más sencilla.

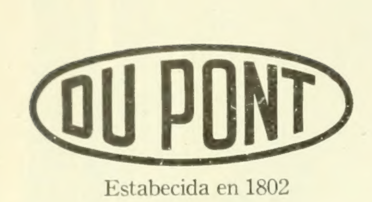
EASTMAN KODAK COMPANY

Rochester, N. Y., E. U. de A.

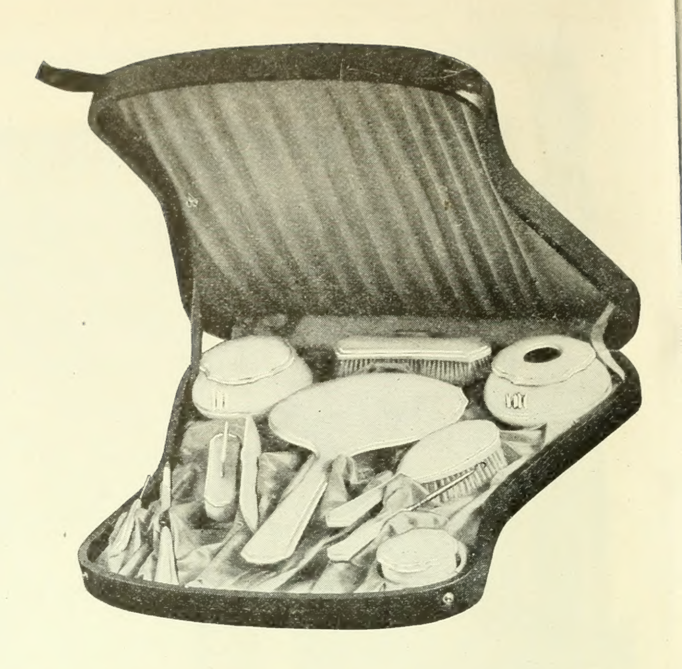
KODAK ARGENTINA, Ltd.,
Corrientes 2558, Buenos Aires



CLIP-CAP
CLIP-CAP
Ideal
El escribir cartas es un gusto cuando se usa la
Pluma Fuente Ideal de Waterman



Estabecida en 1802



Artículos de Marfil Pyralin para el tocador

El marfil natural, como materia prima para fabricar artículos de tocador, es muy estimado por su calidad y belleza. Su escasez, sin embargo, lo hace extremadamente caro.

La Compañía Du Pont fabrica artículos de tocador que poseen el mismo grano, pulimento, acabado y duración del marfil verdadero. El surtido de estos artículos es extenso y consta de una gran variedad de piezas en atractivos diseños.

Se venden en juegos, por docenas o por piezas

Los artículos de marfil Pyralin para el tocador, se combinan en juegos diversos con el objeto de satisfacer todos los requisitos del público. Cada juego se ofrece en un primoroso estuche de Fabrikoid, forrado interiormente de seda. Pueden obtenerse también piezas sueltas, como peines, cepillos, espejos, recipientes para el cabello, polveras, jaboneras, etc., sin estuche.

Pyralin transparente y opaco se emplea también para usos industriales, en forma de láminas, varillas y tubos.

E. I. DU PONT DE NEMOURS EXPORT CO., Inc.

Oficinas Principales: 120 Broadway, New York, E. U. A.

Exportadores de los productos fabricados por E. I. du Pont de Nemours & Co., Inc., y compañías de su propiedad

SUCURSALES: San Francisco (Cal.), Chronicle Bldg.; El Paso (Tex.), Mills Bldg.; Ciudad de México, Edificio de La Mutua; Río de Janeiro (Brasil), Edificio de Jornal do Commercio; Shanghai (China), Union Bldg.

Diríjase la correspondencia a nuestra sucursal más cercana

Dirección por Cable: "DUPONT" Claves: Western Union, A.B.C. 5a Edición, Lieber y Bentley

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN IV SEPTIEMBRE DE 1920 NÚMERO 3

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

LOUIS MARTIN SEARS nació en Chicago, Illinóis, 4 de junio de 1885; fué educado en las escuelas públicas de Chicago, en la Wáshington Academy, Sálem, Nueva York, y en la University of Chicago; ha sido maestro en Chicago y es profesor de historia y ciencias políticas en Purdue University, Indiana; periodista y escritor.

HOLLIS GÓDFREY nació en Lynn, Massachusetts, 27 de abril de 1874; fué educado en el Tufts College, el Massachusetts Institute of Technology y la Hárvard University; se dedicó a la pedagogía, literatura e ingeniería, y fué nombrado jefe del departamento de ciencias en la School of Practical Arts de Boston, en 1906; es ingeniero civil consultor de muchas ciudades importantes, y autor de varias obras científicas y de salubridad; actualmente está a cargo del Dréxel Institute; de Filadelfia.

EUGENE LYMAN FISK nació en Brooklyn, Nueva York, primero de enero de 1867; médico; fué educado en la Trinity School, Nueva York, y en la New York University; colaboró con Írving Físher en *How to Live*, y es autor de *Alcohol: Its Relation to Human Efficiency and Longevity; Food: Fuel for the Human Engine;* y otras obras análogas.

EDWIN WÍNFIELD BOWEN nació en Prince Fréderick, Máryland, 20 de octubre de 1866; se educó en el Rándolph College, Virginia, en la Johns Hopkins University, Báltimore, y en la Universidad de Léipsic; es ahora profesor de latín en el Rándolph College; autor de diversas obras sobre filología y literatura.

MÁRGARET PRÉSCOTT MÓNTAGUE nació en White Sulphur Springs, Virginia del Oeste, 29 de noviembre de 1878; recibió educación en el hogar y en escuelas particulares; se ha dedicado a la literatura, y es autora de *The Poet, Miss Kate and I; The Sowing of Alderson Cree; In Calverts Valley; Linda; Closed Doors.*

ÁRTHUR RÍCHMOND MARSH nació en Néwport, Rhode Island, 3 de octubre de 1861; graduado en la Hárvard University en 1884; después, conferenciante sobre bellas artes, y profesor de literatura en la misma institución; entró después en los negocios, desempeñando altos puestos en finanzas; y desde 1911 ha sido redactor de la revista que hoy se llama *The Economic World.*

ELLIS PAXON ÓBERHOLTZER nació en Filadelfia en 1868; se educó en la University of Pennsylvania y en universidades alemanas; periodista y literato; autor de *The Referendum in America; Die Beziehungen Zwischen dem Staat und der Zeitungspress; The New Man; Abraham Lincoln.*

JOHN CLAUSEN: véase INTER-AMÉRICA, número correspondiente a julio de 1919, página 66, Datos Biográficos.

WILLIS LÚTHER MOORE nació en Scranton, Pensilvania, 18 de enero de 1856; fué educado en las escuelas públicas de Bínghamton, Nueva York, y era miembro del personal del Weather Bureau en Wáshington, para el estudio de las ciencias naturales; profesor de meteorología aplicada en la George Wáshington University, Wáshington; autor de varias obras sobre este tema.

LA PROLONGACIÓN DE LA VIDA HUMANA

POR

EUGENE LYMAN FISK

Interesante disertación sobre las condiciones de la vida y el organismo humano. Según el autor, la vejez y las enfermedades inherentes a la edad senil no se deben al transcurso de los años. El tiempo es una entidad abstracta y no puede producir efectos concretos. Es el método de vida, las condiciones bajo las cuales funciona el organismo, lo que produce el desgaste paulatino, y que hasta ahora se ha juzgado inevitable, de las fuerzas y de la vitalidad. Existe la posibilidad de una transformación de la especie humana en el sentido de un mejoramiento continuo e indefinido que mantenga las energías vitales, evite el relajamiento de los órganos y de los tejidos y prolongue casi a voluntad su perfecto funcionamiento y, en consecuencia, el período de la vida humana. Esto requiere, naturalmente, el estudio profesional intenso de los métodos de vida, y la eliminación de los factores peligrosos que amenazan de continuo la existencia. Para el hombre en general demanda el cuidado esmerado de su organismo, la observación médica regular y la habilidad necesaria para adaptar a sus propósitos los recursos de la naturaleza. De la prolongación de la vida humana y mejoramiento de la raza, fáciles de obtenerse en tales condiciones, asume el escritor, se originarían profundos cambios sociales, de perspectivas todavía insondables, pero que indudablemente contribuirían a la dicha y el bienestar de la sociedad.—La Redacción.

LA VEJEZ ¿es por ventura una enfermedad? No; no es *una* enfermedad, pero es enfermedad. Ni la vejez ni la edad madura ni la juventud dependen del tiempo. Son estados físicos, la simple expresión de fuerzas incidentales definidas, con las cuales el tiempo no tiene que hacer como factor más de lo que se relaciona una cinta de medida con la altura de un hombre. Esto es elemental, obvio e incontrovertible; y la única excusa para establecerlo como principio es que se hace caso omiso de ello, no sólo en el pensamiento y el lenguaje popular, sino también en las discusiones filosóficas y científicas de los problemas relacionados con la existencia humana. Derrocando al tiempo como entidad en la física, Einstein no ha hecho otra cosa que lo que hicieron en la filosofía los pensadores primitivos; sin embargo, es tan poderosa la influencia de la pura terminología y de la concepción alegórica del proceso natural que aun los patólogos, que tienen que luchar con los efectos visibles de la infección y el envenenamiento en los tejidos de los ancianos, hablan de "condiciones normales en esta época de la vida." La aserción de que son normales el endurecimiento de las arterias y otros cambios de los tejidos, que se presentan comúnmente aunque no siempre en un período avanzado de la vida, equivale a asegurar que son debidos al tiempo, proposición realmente inconcebible, pues el tiempo es una abstracción matemática, tiene sólo existencia relativa y no puede ejercer influencia física sobre cosa alguna.

Puede suponerse que hablo en estilo académico, pero no se trata de una cuestión académica. El asunto implica la demolición de un principio falaz que durante muchos siglos ha impedido que la raza humana gozara del fruto maduro de la inteligencia humana librándose de las prisiones de una concepción mitológica del ciclo de la vida humana.

Una vez eliminada esta noción paradógica de las causas de la vejez, llegamos a las raíces de la miseria, la futilidad y el descuido humanos. Nos encontramos al presente humillados por la fuerza bruta de la creación. ¿Qué podemos pretender haber iniciado, a fuer de organismos pensantes, en cuanto se refiere a las selvas tropicales, en favor del cuidado del cuerpo y de la vida humana? Hemos realizado, es verdad, ciertas cosas importantes. Hemos disminuído la mortalidad provocada por ciertas enfermedades, tanto en la guerra como en la paz, mientras aumentábamos al mismo tiempo la eficacia de nuestras máquinas de destrucción. Hemos reducido la mortalidad en lugares anteriormente malsanos, como Panamá y la Habana; pero el hecho de jactarnos tanto de estas hazañas pone lamentablemente de relieve el tiempo de ignorancia y descuido que hemos atravesado engañándonos a nosotros mismos con los trofeos mecánicos de la civilización.

A despecho de la ciencia, ilustración y

talento del hombre, el *genus homo* soporta en la actualidad peso mayor de enfermedades, hambre y miseria que cualquier otro organismo animal. El ciclo de la vida humana no solamente es limitado sino que está plagado de un amontonamiento de patología física y mental debida a causas físicas definidas, y evitables por medios físicos y definidos.

En los problemas que se refieran a la calidad de la vida humana y a las posibles líneas de su desenvolvimiento futuro, avanzaremos muy poco, a menos de trabajar y pensar según el espíritu de Húxley, quien decía:

> Afrontad los hechos como los chiquillos, abandonando toda noción preconcebida, y preparados a seguir humildemente cualquiera dirección y profundizar cualquiera sima adonde la naturaleza pueda conduciros; de otra manera, nada aprenderéis.

Las nociones corrientes con respecto a la duración de la vida humana están basadas en su mayor parte en la tradición y en la observación superficial. A la verdad, contemplamos el hecho innegable de que la mitad de la gente muere antes de llegar a los sesenta años. Se considera generalmente que un período de setenta años representa el ciclo de la vida humana, suponiéndose que está fijado por leyes biológicas, si no divinas. Esto es verdad hasta cierto punto. Es decir, el organismo humano se ha desarrollado a través de muchas fases hasta un tipo que resiste los factores desfavorables del medio ambiente y los defectos de su propia estructura durante este período. Los ataques del bacilo de la tuberculosis, de la tifoidea, de los *streptococci*, los insidiosos efectos de las toxinas que se forman en el cuerpo y de las que penetran en el cuerpo pueden considerarse gobernados por leyes naturales; pero es enteramente obvio que, a favor de conocimiento más amplio de la forma en que se desarrollan tales leyes, la inteligencia del hombre pude poner en acción ciertas influencias, acordes igualmente con las leyes naturales y capaces de modificar profundamente el período de la vida humana o de cualquier otro organismo. En los tiempos primitivos, se realizaban tentativas de esta clase en la esfera de lo sobrenatural más bien que en las líneas naturales. Buscábase algún elíxir o hecho misterioso y maravilloso que otorgara a la humanidad el poder de resistir los llamados destrozos del tiempo, que sabemos ahora son producidos en su mayor parte por los destrozos de los microrganismos. Conforme adelantaba la ciencia, despojándose de las supersticiones y criterio primitivo de los alquimistas y curanderos, se realizó un progreso definido en el sentido de disminuir la mortalidad producida por tales causas, en ciertos períodos de la vida, especialmente antes de los cuarenta años, como sucede en el caso de enfermedades epidémicas y contagiosas. En efecto, la mortalidad proveniente de estas dolencias crónicas ha aumentado en el país durante los últimos treinta años, sin que pueda notarse influencia favorable sobre la vida en el último período de la existencia, a pesar de que en Inglaterra y Gales, en los pueblos escandinavos y aun en Prusia, el censo indica la disminución de la mortalidad en todos los períodos de la vida. Varias explicaciones se han ofrecido para esta corriente aparentemente desfavorable: explicaciones que varían desde la negación absoluta de la exactitud de la estadística, por el optimista que la aceptaría sin vacilar, si fuera satisfactoria, y que acepta sin vacilar las cifras que indican la disminución de la mortalidad producida por la tuberculosis y la tifoidea, hasta la teoría de que este resultado se debe a la admisión de razas extranjeras entre las cuales se manifiesta gran mortalidad por tales causas. Hay pruebas evidentes de que proporción considerable del aumento de la mortalidad debida a tales dolencias orgánicas tiene realmente este origen; pero no hay signo alguno de que la raza aborigen haya ganado en vitalidad en un período avanzado de la vida. De allí que, si bien la mortalidad en general se ha reducido notablemente (desde 19.6 hasta 14.2 en el área registrada desde 1890), no hay indicación alguna de que el período de la vida humana se haya alargado. Los beneficios del progreso científico han correspondido principalmente a los jóvenes, pero sin asegurarles al parecer condiciones más favorables en su edad madura que aquellas de que gozaron sus antecesores.

Evidentemente puede hacerse mucho en este sentido, y éstos son los problemas que

interesan más vivamente a las personas que se han reunido para fundar el Life Extension Institute (Instituto de prolongación de la vida). Los miembros de esta institución no abrigaban ilusiones con respecto al valor de una simple prolongación de la vida. La defensa, cuidado y protección de un organismo defectuoso, con el objeto de arrastrar penosamente unos cuantos años adicionales de existencia más o menos miserable, no constituiría ventaja esencial para la humanidad, aunque el deber de la ciencia médica sea conservar la vida a todo trance, sin preocuparse del peso que ello aporte a la sociedad. La verdadera significación de la obra de la prolongación de la vida reside en el ideal que profesan los miembros del instituto de alcanzar esfera más elevada en la existencia, de obtener vida más amplia en sentido físico y psíquico, desarrollando los recursos latentes de la humanidad y educando al hombre en forma de sacar el mejor partido de sus dotes y del medio ambiente. Esto conduciría inevitablemente, según parece, a la prolongación de la vida, y una vida más larga mejoraría en general las condiciones sociales librando a la edad madura y a la ancianidad de muchas miserias y contratiempos.

¿Qué razones tenemos para asumir que este resultado sea posible? El fracaso en la tentativa de prolongar materialmente el período vital a despecho del progreso científico, ¿demuestra por ventura que nos hallamos empeñados en una labor de Sísifo y que trabajamos contra la naturaleza o contra alguna ley suprema irrevocable? A mi entender, los testimonios que presenta el campo de la biología, donde se han efectuado profundos cambios en el período vital de otros organismos, encarnan una respuesta concluyente. El organismo humano no es diferente de los demás organismos vivientes. Si llega a demostrarse que el período vital no está preordinado o determinado de manera inmutable, podemos afrontar el problema de la prolongación de la vida humana, de la expansión del poder del organismo humano, exactamente como afrontamos los mismos problemas en el laboratorio cuando se trata del insecto de las frutas, del erizo del mar, de la asteria o del renacuajo. Hay ciertos organismos vivientes, como el pino rojo de California (*Sequoia sempervirens*), que tienen un período vital limitado únicamente en apariencia por la edad geológica en que se producen. Hay otros que solamente viven un día a causa de su estructura visiblemente defectuosa. Estudiando el insecto de las frutas, Loed y otros han prolongado el período vital de este organismo en un novecientos por ciento, mediante el sencillo sistema de conservarlo en baja temperatura y protegerlo contra tales factores externos adversos, como la infección y el envenenamiento.

Numerosos experimentos análogos se registran en casos en que la supuesta influencia del tiempo se ha desafiado, obteniéndose una prolongación definida del período vital. Loed insiste en la trascendencia de los resultados obtenidos con el insecto de los frutos como demostración de la llegada de la muerte natural; esto es, que la muerte ocurre a pesar de que el organismo haya sido protegido contra todas las formas externas de daño o infección. Presumíase que la muerte ocurría al cabo, ya sea a consecuencia de la falta de las substancias peculiares formadas por los órganos de la criatura y necesarias para mantener el mecanismo de su existencia, o de la acumulación de venenos que jamás se eliminaban completamente del cuerpo a causa de algún defecto orgánico. Es probable que esto sea la expresión de una ley fundamental de la vida. Eliminando accidentes y daños, todos los organismos perecen a consecuencia de defectos de estructura o de adaptación, porque estan envenenados, infectados o privados de los factores esenciales que mantienen la vida. Estas causas definidas de enfermedades, vejez y muerte pueden agruparse con exactitud bajo categorías definidas que incluyan todos los factores posibles e ignorados al presente capaces de ejercer influencia sobre el período de la vida humana. Estas categorías son las siguientes: herencia, infección, envenenamiento, deficiencia de alimentación, exceso de alimentación, deficiencia hormónica (se califica de hormónicas o viajeras ciertas substancias indispensables para mantener el equilibrio de la salud y la eficiencia funcional de los órganos: secreciones que se forman en ciertas glándulas y órganos, tales como las glándulas tiroidea, renales, pituitaria, sexuales, pancreática y posiblemente algunas

otras), exceso hormónico (positivamente tóxico), dañoso desgaste físico, dañoso desgaste psíquico, apatía física y apatía psíquica. Clífford decía en cierta ocasión que con una pulgada cúbica de aire la ciencia omnisciente podría reconstruir el plano entero del universo; y con igual verdad podría decirse que la ciencia completamente al cabo de los medios de protección contra los adversos factores nombrados, o que puedan enumerarse bajo estas categorías, llegaría a prolongar indefinidamente la vida humana, y lo que es más, a expandir su poder de manera infinita. Esto es naturalmente la simple presentación de un principio y de ninguna manera una profecía. Nadie que posea siquiera un conocimiento superficial científico dudará de que los mejores de entre nosotros estamos simplemente sondeando la vida. Después de muchos años la evolución, nos ha conducido a un punto desde donde miramos con desdén restropectivo al *pithecanthropus erectus* (hombre prehistórico del período terciario) o al hombre del Neanderthal; pero es dudoso que hayamos avanzado mucho desde el hombre de la raza de Cro-Magnón cuya inteligencia superior no le libró de la extinción. A despecho de nuestra civilización, que calificamos complacientemente de compleja, aunque sólo es superficial, no hay prueba alguna de que el hombre moderno sobrepase en poder mental o en calidad intelectual a los sabios antiguos. Tenemos mayores conocimientos, hemos descubierto más acerca del mecanismo universal; pero la calidad del organismo humano da escasas muestras de mejoramiento, a pesar de la creencia corriente en la evolución hacia etapas "superiores."

El profesor Édward Grant Conklin, en una conferencia reciente en la Prínceton University, disentía del concepto de evolución hacia etapas superiores en cuanto se refiere al hombre. Ve muy pocas probabilidades de la aparición del superhombre, y señala pruebas de degeneración física en el tipo humano moderno comparado con los tipos primitivos. Estas pruebas se refieren, es verdad, a detalles relativamente insignificantes, tales como cambios del esqueleto, disminución de la agudeza de cierto sentido especial y cosas por el estilo; pero no hay indicio alguno en los anales biológicos de desenvolvimiento hacia esferas superiores durante el período histórico. No tengo opiniones dogmáticas en esta materia y no me aventuraría a afirmar que el hombre moderno es físicamente inferior al hombre antiguo; pero tengo opinión muy positiva acerca de la actual condición física del hombre, y es que se encuentra a nivel muy bajo en una razonable perfección animal. ¿Se encuentra por ventura entre los animales salvajes tantos individuos con dentadura séptica, visión defectuosa, amígdalas inflamadas, digestión deficiente, desproporciones físicas, pies chatos, cavidades nasales defectuosas y sépticas, oído deficiente, piel enferma, órganos y tejidos en mal estado? No puede explicarse cómo ha llegado el hombre a este nivel patológico. Se pretende que los antiguos egipcios sufrían ya trastornos dentales.

Puede decirse que el profesor Conklin tiene razón, y que la evolución natural ha llegado a un estancamiento biológico en el hombre; mas debemos escuchar en esta materia la opinión de los clínicos, los fisiólogos y los higienistas tanto como la de los biólogos. Admitiendo que la evolución sin apoyo no puede hacer gran cosa, nos encontramos en situación de meditar sobre el poder de la inteligencia para dominar a la naturaleza. Húxley presuponía una reversión de la selección natural producida por la intervención del hombre al preservar al inepto; la hipótesis contraria—de que es posible al hombre desempeñar la labor de la naturaleza cuando ésta la abandona, y, encaminando las fuerzas naturales, moldear deliberadamente un tipo más elevado de organismo—es una proposición sostenible, y parece encerrar la verdadera esperanza del porvenir.

No puede ponerse en duda el campo inmenso que la inteligencia humana tiene ante sí. La tesis fundamental de este artículo es la posibilidad de una transformación del tipo humano con amplia facultad de poder, de visión y de capacidad para inclinar de acuerdo con sus propósitos los recursos de la naturaleza. Es posible que el hombre no sea sino un nuevo ensayo del "gran plan." No menos de diez millones de especies han existido sobre la tierra, muchas de ellas por largos períodos de tiempo, extinguiéndose al cabo por completo. Qui-

zá sea necesario que transcurra otro y otro período biológico antes de que aparezca el verdadero hombre; pero, con todo, nos encontramos en posesión de hechos definidos que eran denegados en las civilizaciones anteriores hasta donde tenemos noción. Poseemos medios definidos de avanzar a una solución práctica de misterios que nuestros antepasados colocaban en la esfera de lo sobrenatural.

Desde estas ambiciosas alturas del pensamiento descendamos de nuevo a la tierra y preguntémonos: ¿Qué significa todo esto para el hombre en general? ¿Tenemos por ventura algo que comunicarle? Indudablemente que tenemos un mensaje práctico y directo. De lo sublime a lo ridículo no hay sino un paso; pero podemos invertir la fórmula diciendo que de lo ridículo a lo sublime no existe sino un paso. El pequeño Tommy Grace atacado de un dolor de muela no tiene nada de sublime; pero el cambio que puede producirse en un ser humano tan sólo extrayendo un abceso de la dentadura se aproxima a menudo a lo sublime y aparece casi tan milagroso como la curación del enfermo mediante la imposición de las manos. Esto no se aplica a todos los abcesos, pero se aplica a muchos; y se ha descubierto que el sesenta y dos por ciento de las personas a cuya dentadura se aplicaron los rayos X sufrían de abcesos. No quiero decir que todas nuestras dolencias sean debidas a la dentadura, sino insistir en que por lo menos conocemos algo definido acerca de peligrosos factores agrupados en las categorías mencionadas y que dichos factores influyen en el período vital; y también que algo se conoce acerca de medios definidos de protegerse contra tales factores. Mediante una cooperación razonable entre el individuo y la sociedad organizada no tengo duda de que el período de la vida humana pueda extenderse fácilmente más allá de los cien años; y, lo que es aun más importante, extenderse eliminando gran parte de la sórdida miseria y de las humillantes limitaciones que lo acompañan. No puede esperarse demasiado en una década o en un siglo; y, sin embargo, los egipcios bajo la tercera y la cuarta dinastía surgieron desde una barbarie relativa, desenvolviendo en menos de un siglo la cultura y la habilidad en ingeniería y arquitectura que produjeron las pirámides. Sin aventurarnos a hacer predicciones o a fijar un límite temporal, manifestaremos nuestras ideas y haremos nuestra parte de labor dejando, para usar la antigua fraseología, que el "tiempo" haga lo demás.

En primer lugar, debemos contar con la eugenesia. Si la inteligencia humana no pudiera con el transcurso del tiempo reducir la corriente de enormes deficiencias mediante alguna forma de educación, el hombre verdadero tendrá que protegerse a sí mismo, dejando aquella labor a alguna otra raza de organismo superior que aun esté por aparecer. Evadiendo la dialéctica trivial que esta aserción provoque, consideremos al niño de la época presente. El cuidado prenatal ofrece esperanzas definidas de mejoramiento para el niño. Se hace mucho desde ahora en cuanto se refiere al niño y a la higiene de la infancia. Se estudian y se solucionan los problemas de nutrición. Se estudia el problema de los ejercicios físicos. La educación mental preocupa la mente de los sabios, y aparecen regularmente en las principales revistas clamores de agonía de institutores y filósofos deplorando nuestra deficiencia en tal sentido.

Pero, ¿qué hacemos por el joven adulto arrojado en el gran océano de la vida y luchando por alcanzar alguna playa ignota? El examen de conscriptos nos ha revelado algo sobre la parte masculina de la población, y habría hecho conocer historia análoga acerca de "la más peligrosa de las especies," si la parte femenina hubiera sido llamada a las armas. A pesar del cuidado que se dedica al niño en sus primeros años, los jóvenes en la flor de la edad viril revelaban deficiencias. Necesitaban precisamente el tratamiento físico que recibieron, pero que lo necesitaban más completo.

Poco antes de la guerra el general Léonard Wood me pidió que calculara la proporción de juventud rechazada en caso de que un reclutamiento fuera necesario. Yo respondí: "El cincuenta por ciento, tomando las edades de dieciocho a cuarenta y cinco años." El general replicó: "Este cálculo es conservador, juzgando por mi experiencia con los reclutas a quienes se ha examinado." Como veis, el general Wood no era optimista, sino simplemente un sabio médico y militar, que observaba el asunto

a sangre fría, "afrontando los hechos como un niño." Probablemente se han cometido más crímenes o, por lo menos, más errores en nombre del optimismo que en nombre de la libertad, y podemos hacer responsable a la ambliopía optimista cuando menos de un cuarto de las miserias actuales del mundo, sin hablar de las pérdidas de la guerra.

La conscripción reveló que aproximadamente la tercera parte de los examinados entre las edades de veintiuno y treinta y un años eran inaparentes para el servicio activo. La proporción de los rechazados aumentaba rápidamente con la edad y se habría llegado por el menos al cincuenta por ciento como proporción general, si la conscripción hubiera incluído a individuos que llegaran a los cuarenta y cinco años. Hubo un exceso del treinta por ciento en la proporción del grupo total de edades, comparada con la edad de veintiún años entre nuestros conscriptos; y en la Gran Bretaña la proporción de rechazados, según el mayor Comrie fué: edad de dieciocho años: veintitrés por ciento; edad de veintitrés años: cuarenta y ocho por ciento; edad de cuarenta y un años: sesenta y nueve por ciento.

Vemos el paralelo de esta proporción en la mortalidad de la población. A la edad de cuarenta años, la proporción de la mortalidad es casi tres veces mayor que a la edad de veinte. Mis predicciones no están basadas solamente en muchos años de observación de los riesgos del seguro de vida, sino en pruebas recientes derivadas del examen de millares de empleados industriales dedicados a labores activas, y de muchos otros en todos los senderos de la vida, llevado a cabo por el Life Extension Institute. Obsérvose que más de la mitad de estos individuos—que forman una parte especial de la población desde las altas esferas hasta las más bajas, incluyendo al trabajador activo en su clase pero no al incapacitado ni al que depende de otro para su subsistencia, ni al desocupado—necesitaban alguna forma de tratamiento médico, quirúrgico o dental, a causa de hallarse todos afectados por lo menos de algún ligero defecto, cuya corrección habría mejorado sus expectativas en la vida, si no su condición inmediata. Además de estos defectos físicos se encontró que más del ochenta por ciento cometía errores en su manera de vivir que disminuían patentemente su salud. Los errores en alimentación, ejercicio e higiene personal eran tan comunes que revelaban con toda claridad la falta de adaptación del animal humano al medio ambiente.

En los registros de la conscripción en Inglaterra, pudo observarse que cuatro quintas partes de los examinados tenían defectos de consideración. En nuestra estadística de conscriptos encontramos el cuarenta y siete por ciento registrados como defectuosos.

En el Life Extension Institute los informes de más de ciento cincuenta mil exámenes físicos no registran un solo individuo perfecto—hombre o mujer. Siempre hay alguna discrepancia de la condición física ideal, siempre hay algo que podría hacerse en su beneficio. Desde aquellos que revelan alta proporción de vitalidad y defectos menores, los cuales constituyen una proporción muy pequeña, descendamos ahora a los que padecen enfermedades realmente serias y avanzadas: aproximadamente del cinco al ocho por ciento en toda población obrera, gente trabajadora y que se supone gozar de buena salud. Un caso concreto ilustrará esta afirmación. Cierto hombre de cincuenta años, a quien se examinaba por rutina en un grupo de trabajadores que se juzgaban en buen estado de salud, afirmaba sentirse sano y no sufrir de nada, excepto de callos en los pies. Al examinarlo se encontró que la presión de su sangre subía hasta doscientos veinte grados, sus riñones estaban bastante enfermos, tenía la dentadura y las amígdalas sépticas, su vista era defectuosa y usaba anteojos inaparentes comprados en una tienda cualquiera. Consumía grandes cantidades de café, te y tabaco y tenía callos en los pies. ¡Pobre hombre! Mucho podía hacerse en favor suyo purificando siquiera la infección de su boca, regularizando su alimentación y sus hábitos y proporcionándole anteojos adecuados. Éste no es un tipo aislado. ¡Callos en los pies! No; los callos están en el cerebro de la sociedad y de la ciencia, que durante siglos han estado aguardando que venga la gente a informar que tiene callos en los pies, o que no los tiene, en lugar de examinar periódicamente el cuerpo humano con el objeto de descubrir si cualesquiera de los factores agrupados bajo las categorías

que acabo de mencionar se hallan a la obra. Aquel hombre podía haber tenido alta presión de la sangre y perturbaciones renales haría quince o veinte años. Los primeros signos se encuentran con bastante frecuencia en personas jovenes.

En cierto grupo de varios millares de tenedores de pólizas de seguros a quienes examinaba periódicamente bajo este sistema con el objeto de prolongar su vida, la mortalidad disminuyó el cincuenta por ciento en un período de siete años. Un eminente estadístico estima que el examen periódico de cualquier grupo salvaría por lo menos tres vidas por mil en un año, aparte de los dividendos de fuerza vital creciente. Tal es la labor práctica de prolongación de la vida que lleva ahora a cabo el instituto entre la industria, entre los tenedores de pólizas de seguros y entre sus propios miembros que se unen a esta obra, no solamente para beneficiarse a sí mismos sino para extender sus ventajas a toda la sociedad. El cuidado de la salud y la prevención de las enfermedades establecidos en una base práctica y llevados a efecto por prácticas vías industriales produce dividendos económicos tanto como psíquicos y morales.

Aparte de la prolongación de la vida por estos medios prácticos, debemos estudiar, a fuer de honrados pensadores científicos, la posibilidad de iniciar medidas más directas y definidas. Tenemos ya luz suficiente en esta senda que conduce a posibilidades extrañas y asombrosas, haciéndonos vislumbrar un mundo transformado. Sabemos que la alimentación no es asunto tan simple como antes se imaginaba. Ciertas substancias específicas, las vitaminas, por ejemplo, son necesarias en nuestro alimento para el desarrollo, crecimiento y mantenimiemto de la salud, enteramente aparte de los elementos químicos y simples combinaciones de proteínas, carbohidratos, grasas, minerales, etcétera, que anteriormente se juzgaban suficientes. Enfermedades terribles y extrañas se producen por falta de dichas substancias: el beriberi, el escorbuto, la pelagra y posiblemente otra clase de dolencias. Sabemos también que el sistema nervioso autonómico y ciertas glándulas sobre las cuales ejerce su influencia forman substancias esenciales para la vida, la salud y el bienestar, como los hormones. El exceso o la deficiencia de hormones puede causar cambios profundos no solamente en las condiciones físicas sino en el carácter y la personalidad. La expresión del sexo, que es uno de los elementos básicos formativos de la personalidad durante la mayor parte de la vida, puede cambiarse completamente por la alteración de las glándulas generativas o sexuales, habiéndose demostrado en los animales las posibles transformaciones que la eliminación de estas glandulas ha producido en tal sentido.

La ciencia debe estudiar este hecho con respecto a la influencia de estos factores bioquímicos en la integración o desintegración de la personalidad. Sería oportuno arrojar una ducha de agua fría sobre la tendencia actual de discutir la personalidad como una entidad que puede salir de paseo y volver luego a acomodarse abrigadamente en el cuerpo.

Surge la cuestión de saber de dónde procede la personalidad que asume un cretino cuando se levanta desde la idiotez incipiente hasta la inteligencia, como resultado del tratamiento de su glándula tiroidea. Hasta donde yo sepa no existe prueba alguna que pudiera servir a la inteligencia humana para explicar este fenómeno, a no ser sobre la hipótesis de una integración de la personalidad resultante de los cambios bioquímicos en el cuerpo del sujeto.

El profesor Francis G. Bénedict, en su labor de experimentación con un grupo de hombres a quienes se había sujetado a un nivel bajo de nutrición (aproximadamente dos tercios del mínimun requerido normalmente), hombres orgánicamente robustos y físicamente capaces no sólo de trabajar sino de sobresalir en pruebas de resistencia, pudo observar un cambio notable en la expresión del sexo y por consiguiente en la personalidad, debido a cambios en la adaptación bioquímica de los sujetos. Aquellos hombres tenían baja presión de la sangre, pulsación lenta y metabolismo menor que el ordinario; carecían de reserva considerable de nitrógeno, y sus condiciones fisiológicas y sus perspectivas en la vida durante el período del experimento hallábanse profundamente alteradas en la mayoría de los sujetos, a causa de la extinción virtual de la expresión del sexo, en sentido físico, psíquico y estético.

Numerosos ejemplos de profundos cambios físicos y psíquicos, como resultado de la variación en la cantidad de hormones u otras substancias específicas, indican la posibilidad de adquirir conocimientos que nos permitan descubrir combinaciones de substancias que mantengan la vida y la salud indefinidamente eliminando los accidentes y el desgaste y daño físico y mental, aun cuando pueda creerse que estos inconvenientes se hayan combatido con éxito hasta cierto grado por medios específicos. Llevando estas proposiciones hasta su deducción última, encontramos gran cantidad de condiciones diversas de las cuales debe hacer frente la humanidad.

La regulación de la natalidad o una proporción artificial de mortalidad serían inevitables, si la llamada muerte natural se redujera a un factor insignificante. Ciertas condiciones de la sociedad se alterarían en forma tan extraña y tan diversa del mundo actual que no podría reconocerlas quien, como Rip Van Winkle, despertara a la vida tras un sueño prolongado.

Alcanzar la longevidad mediante la regulación de la vida, siguiendo las reglas de higiene personal y sometiendo el cuerpo a la voluntad del individuo, no causará probablemente ningún trastorno grave o dislocación social. Influencias de esta clase, puestas gradualmente en acción, darían origen a la adaptación de la sociedad a un período de vida más extenso. No nos inclinemos, en consecuencia, al optimismo ni al pesimismo, sino seamos simplemente buenos ciudadanos, valerosos ante la verdad con respecto a nuestras flaquezas, y encaminemos el rumbo en el sentido de la enmienda. El examen físico periódico y la inteligente regulación de nuestra vida, de nuestras condiciones sociales e industriales, puede parecer una fórmula vulgar después de discutir un elíxir de vida, pero influirá en mucho para aligerar el peso de los males y de los errores que ahora abruma a todas las naciones del globo.

Es inconducente argüir que nadie desea vivir más tiempo que el actual término de la vida. Me aventuro a afirmar que si pudieran encontrarse medios sencillos para prolongar en gran escala la vida humana, es decir, sin afanarse en este sentido, habría muy pocos que no quisieran utilizarlos, e indudablemente las naciones se esforzarían por conseguirlo.



EXPLORACIONES ATMOSFÉRICAS

POR

WILLIS L. MOORE

El dominio del aire y el estudio de la atmósfera ofrecen perspectivas ilimitadas a la ciencia y al progreso de la civilización. Ninguna profecía puede parecer aventurada ante las maravillas realizadas por la aviación y las que pueden producirse combinando esta ciencia con la meteorología, cuyas observaciones están llamadas a abrir vasto campo y prestar seguridades a los atrevidos exploradores del espacio. La ciencia de la meteorología y la de la aeronáutica, que han dado pasos gigantescos en el intervalo de dos décadas, puestas al servicio de la inteligencia humana, revelan horizontes que deslumbran a quienes se detienen un momento a meditar en sus posibles proyecciones. Involuntariamente acude al pensamiento la posibilidad de sondear las profundidades siderales, de la comunicación interplanetaria, de descubrimientos asombrosos reservados al hombre del porvenir. Con su exposición de los trabajos ya realizados y de los estudios que se persiguen constantemente en el sentido de las exploraciones atmosféricas, el autor hace estremecer la mente y sacude el espíritu inquieto del lector ante tan trascendentales investigaciones.—LA REDACCIÓN.

LA EXPLORACIÓN de las capas superiores de la atmósfera ofrece atractivo irresistible al atrevido aviador. Aun cuando el uso de cometas y globos que llevan a lo alto instrumentos meteorológicos automáticos ha revelado mayores maravillas de lo que el público imagina acerca de esta inmensidad inexplorada de fría obscuridad total o parcial, solamente se ha penetrado en las fronteras exteriores de esta misteriosa región.

Se han conquistado los polos terrestres y se han atravesado las selvas de África; y se han hecho profundas excavaciones en las entrañas de la tierra, hasta que el calor interno ha detenido por ahora progreso mayor. Afortunadamente es más fácil combatir el frío de las alturas que defenderse del calor que aumenta conforme se desciende dentro de las entrañas del globo terrestre. La exploración de ambas regiones es de la mayor importancia para el desarrollo futuro de la civilización. No es temerario aventurar que el calor de la tierra pueda alguna vez procurar la fuerza motriz necesaria para la labor de los hombres, dar luz y calor a las habitaciones e impulsar los sistemas de transporte. Las condiciones de las capas superiores de la atmósfera ofrecen aire puro, cargado de electricidad y físicamente estimulante, donde pueden navegar buques aéreos dirigibles y permanecer durante varios días y varias semanas con multitud de pasajeros humanos.

A medida que se perfeccionen los instrumentos mecánicos para operar en el aire rarificado es probable que los viajes largos se verifiquen principalmente sobre las nubes y sobre los remolinantes vórtices de las tempestades, donde el aire sigue serenamente rutas conocidas al rededor de la tierra, a velocidad aproximada entre mil o dos mil millas por hora; donde la visión no está obscurecida por las nubes, la niebla o la precipitación; y donde la potencia eléctrica, aun cuando elevada, está distribuída con tanta homogeneidad que no hay peligro de que se produzca el rayo.

Hace diez años, en una serie de conferencias ante el Chautauqua Institute, recibía invariablemente el que escribe miradas de incredulidad cuando profetizaba que dentro de una década los viajeros del aire desayunarían en Nueva York y tomarían el te en Londres. Esto se ha realizado; y es razonable suponer que en época no lejana la navegación aérea ofrecerá mayores seguridades que los viajes por tren o por automóvil. Se navegará sobre las hasta ahora inaccesibles partes de la superficie de la tierra, que podrán observarse muy de cerca en tanto que se goza de todas las comodidades que encontramos en el servicio de Pullman.

Entre 1862 y 1866, Glaisher, el meteorólogo inglés, ascendió en globo a la misma altura aproximadamente que había alcanzado el mayor R. W. Schróeder del ejército de los Estados Unidos, quien realizó hazaña mucho más difícil volando en aeroplano a una altura mayor de diez mil novecientos metros. Ésta es la altitud extrema a que hayan llegado seres humanos; pero significa probablemente tan sólo el principio de las exploraciones en una vasta región desconocida en su mayor parte y extremadamente

fría, donde la obscuridad aumenta con la elevación hasta que en los límites extremos de la atmósfera no existe luz alguna.

El terrorífico viento este y los sesenta grados bajo cero encontrados por el mayor Schróeder son condiciones que se habían revelado ya mediante la labor realizada en el instituto meteorológico de investigaciones en Mount Weather, Virginia, y por las ascensiones verificadas en el Blue Hill Observatory de Massachusetts y en los puestos europeos de observación. Los globos lanzados de Mount Weather alcanzaron mayor altura de aquella a que se hubiera llegado en cualquier otra parte del mundo, siendo diecinueve millas y un décimo la extrema altitud alcanzada. Las primeras ascensiones tuvieron lugar en las montañas Rocosas a favor de globos, gas hidrógeno y meteorógrafos enviados desde Mount Weather. Estos instrumentos registradores del tiempo fueron soltados al aire en gran número y alcanzaron grandes altitudes—de quince a diecinueve millas —a medida que eran arrastrados rápidamente hacia el este en las capas atmosféricas superiores a las tempestades.

En 1898, observadores del Weather Bureau llevaron a cabo, por medio de cometas, mil doscientas exploraciones, en diecisiete estaciones escogidas, durante los seis meses de temperatura cálida desde mayo hasta octubre. Nos sorprendió encontrar que la baja de temperatura en los primeros mil pies de ascensión durante períodos extremadamente calurosos llegó a quince grados, y que la disminución media de temperatura por mil pies de elevación en todas las estaciones, en todo tiempo y en todas las elevaciones mayores de cinco mil doscientos ochenta pies, era de cuatro grados.

Durante más de cinco años se emplearon cometas en Mount Weather para llevar instrumentos hasta alturas que variaban de dos a cuatro y media millas, manteniéndose los aparatos en la atmósfera por varios días consecutivos, con el objeto de obtener un registro continuo de todas las horas del día.

Pocas personas están enteradas de que la cometa rectangular del meteorologista fué el heraldo del aeroplano del aviador. En 1903, mientras dirigía los experimentos del Weather Bureau en Róanoke Island, Carolina del Norte, el autor tuvo ocasión de ver a los hermanos Wright o a sus representantes acostados de espaldas en el plano inferior de lo que parecía ser cometas del Weather Bureau y deslizándose al aire desde lo alto de las arenosas dunas. Esto fué el comienzo del verdadero vuelo humano. La habilidad de los hermanos Wright transformó la cometa del observador del tiempo, la fortaleció, recortó sus extremidades, la proveyó de un timón y, cuando el motor de gasoleno hubo desarrollado poder suficiente para peso determinado, colocó este peso sobre el reformado aparato, y voló.

El meteorologista y el aviador estarán estrechamente asociados en el futuro. Mediante observaciones hechas simultáneamente desde los aeroplanos en cierto número de estaciones del Weather Bureau, e incluídas en los informes telegráficos enviados a Wáshington, será posible realizar predicciones muy exactas en todo el país con respecto a los incipientes remolinos o vórtices tan temidos por los aviadores, y en cuanto se refiere al tiempo, y la dirección y velocidad del viento en diversas alturas; debiendo tenerse en cuenta que estas condiciones pueden ser enteramente diferentes en las capas superiores del aire de las que se encuentran en la superficie de la tierra.

El brigadier Wílliam Mítchell, jefe del cuerpo de aviación, en una interesante conferencia pronunciada ante el Cosmos Club de Wáshington el 25 de mayo proximo pasado, habló de la necesidad de una activa cooperación de parte del meteorólogo para la formulación de mapas diarios del tiempo en las capas superiores, así como para el pronóstico de la dirección y fuerza del viento en las regiones superiores, donde viajes tan extensos han de ocurrir en el futuro. Los datos que necesita conocer el meteorólogo se relacionan únicamente con la presión, la temperatura y las nubes. Una vez que haya delineado estas condiciones en su verdadera posición geográfica, las indicaciones del barómetro obtenidas, supongamos, en cincuenta estaciones al este de las montañas Rocosas, tomadas a quince o veinte mil pies de elevación, que representa aproximadamente la mitad de la extensión entre ambas orillas de las tormentas ciclónicas, y trazadas en curvas isobáricas que conectan las estaciones de igual

presión, sabrá con exactitud la dirección y velocidad del viento sin necesidad de ulterior información, ya que el peso de la gravedad hace que el viento cambie de la región donde el barómetro marca altas temperaturas y gran presión a la región donde la temperatura y presión del barómetro marcan intensidad menor. El hombre de ciencia sabe que el viento sopla con una velocidad exactamente proporcional a la diferencia de la presión. Tanto las zonas de baja presión o centros de tormenta, vastos sistemas de vientos que giran en espiral, disminuyendo su radio hacia lo alto, como el calórico, las nubes y la precipatación, están definitivamente marcados por las curvas barométricas, como lo está también la alta presión o sea las áreas frías, claras y permanentes donde están invertidas todas las condiciones de la baja presión, moviéndose el aire hacia abajo en la región central de la alta presión y hacia afuera a lo largo de la superficie terrestre, extendiendo su radio a compás de la superficie del globo. Los mapas de tiempo actuales están basados en registros barométricos corregidos en forma que indiquen las cifras que alcanzarían en caso que la ampolleta del barómetro estuviera exactamente al nivel del mar.

El objeto es diseñar, con ayuda de los aviadores que obtienen las observaciones, un mapa diario en el cual todos los barómetros indiquen las cifras a un nivel de cuatro millas sobre la superficie de la tierra, o corregir el registro en forma de que indique las cifras que hubiera marcado si los instrumentos se encontraran en el exacto nivel deseado. En seguida se establecen las gradientes horizontales de presión en el nivel elegido, y el mapa del tiempo está listo para ser interpretado por el diestro profeta. La cooperación del aviador y el meteorologista para estudiar la geografía del nuevo mundo del aire marcará una época de proyecciones tan trascendentales en la ciencia meteorológica como lo fué el descubrimiento del barómetro por Torrecelli, y la revelación del principio del termómetro por Galileo, los cuales no fueron conocidos hasta que hubieron transcurrido veintitrés años después del desembarco de los peregrinos en Plýmouth Rock. Así explora la mente del hombre las más ocultas profundidades de los misterios de la naturaleza, elevándose con cada una de sus conquistas a los dominios superiores de la existencia.

Mediante la comparación del nivel del mar y del alto nivel del mapa será posible establecer las gradientes verticales de presión y temperatura en toda la extensión de la zona de los ciclones y anticiclones, y discutir matemáticamente por primera vez el mecanismo de las tormentas, en forma tal que la predicción del tiempo se perfeccione desde la inseguridad hasta algo que se aproxime estrechamente a exactas deducciones científicas.

En porvenir no lejano, el Weather Bureau hará más pronósticos y advertencias sobre las tempestades para los buques del aire que para los del mar, pues que la navegación del aire representará una parte cada vez más importante en las actividades futuras del universo.

La ciencia está adquiriendo tal habilidad en el sometimiento de las fuerzas de la naturaleza a los deseos del hombre y en el desarrollo de los instrumentos mecánicos, que no es aventurado anticipar que dentro de un cuarto de siglo o quizá menos los seres humanos se encontrarán en el aire en cantidad tan numerosa como los insectos, permanecerán mayor tiempo en lo alto, y se lanzarán a elevaciones inmensamente mayores. Es conveniente, por lo tanto, saber algo de los nuevos descubrimientos de la ciencia en este nuevo mundo en que el hombre se ha lanzado.

Inmediatamente después que los Estados Unidos tomaron parte en la guerra mundial, el comité nacional consultor de aeronáutica publicó en forma detallada el resultado de las investigaciones llevadas a cabo en Mount Weather y las puso en manos de los aviadores beligerantes. Estos marinos del océano atmosférico utilizaron los conocimientos de los exploradores meteorológicos que les habían precedido con las cometas, globos y meteorógrafos de Mount Weather. El ejército del frente encontró preparado un capital de información útil acerca de regiones que poco tiempo antes eran enteramente desconocidas, y en las cuales debía empeñarse un combate mortal. Las condiciones encontradas por el mayor Schróeder estaban descritas en el informe del comité de aeronáutica, exactamente como el valeroso viajero del espacio las había

descubierto. Los instrumentos llevados por los globos exploradores tenían penetrantes ojos científicos y registraban en cilindros de tiempo lo que veían. Cuando estallaban los globos, como sucedía finalmente a causa de la pérdida de densidad motivada por la elevación creciente, los instrumentos descendían suavemente a favor de paracaídas que se abrían en forma conveniente para moderar el rápido descenso. En esta publicación, los vientos, nubes, temperatura y otras condiciones estaban tabuladas y anotadas para cualquier nivel que verosímilmente pudieran alcanzar los combatientes. El piloto podía determinar de una ojeada a qué altura y en qué dirección cambiaría el viento conforme se elevaba el aparato, y recibía el prospecto aproximado de la velocidad que podía esperar.

Si los comités del congreso no me hubieran apoyado con las partidas necesarias para construir el observatorio de Mount Weather y llevar a cabo esta labor especial de investigación durante los diez años precedentes, no habría existido en la nación fuente alguna donde pudieran obtenerse tales datos, ni fuente alguna en cualquiera otra nación donde se encontrara una serie tan completa de observaciones a gran altura.

Sabemos ahora que la temperatura disminuye rápidamente conforme se asciende —un grado más o menos por cada noventa metros—hasta que se llega a la extremidad del nivel de las tempestades, a siete millas de altura, donde se produce algo maravilloso: el termómetro no baja ya cuando se eleva el globo; se mantiene casi estacionario hasta donde han alcanzado las exploraciones, esto es, a una altura mayor de diecinueve millas.

A esta zona situada sobre las tempestades hemos dado el nombre de región isoterma (de temperatura igual). Su temperatura es de cincuenta y un grados bajo cero en todas partes, y cambia únicamente cosa de cuatro grados entre invierno y verano. Debemos suponer, por de contado, que al cabo la temperatura se extingue casi por completo cuando se llega a los espacios exteriores. Fuera de los límites de la temperatura de la atmósfera de la tierra—cesando de existir el oxígeno a treinta millas aproximadamente, el nitrógeno a cincuenta, y el hidrógeno y el helio a dos millas más o menos—existe obscuridad total aun al mediodía, y muy escasa o ninguna temperatura: más de doscientos cuarenta y cinco grados bajo cero en la intensidad del frío.

Las observaciones revelan anomalías sorprendentes. A distancia de una milla y media de altura hay muy poca diferencia entre el mediodía y la media noche, con la circunstancia de que el tiempo más frío de las veinticuatro horas se produce durante el día y no durante la noche, como sería la suposición más natural. Esto representa un dato muy importante para los aviadores o pilotos de globos. Como hemos dicho anteriormente, después de ascender apenas trescientos metros en el tiempo más ardiente de la mitad del verano, se encuentra que la temperatura atmosférica ha bajado en proporción de siete grados con relación a la de la superficie de la tierra. Casi a una braza de altura sobre las calles de las grandes ciudades del continente se encuentra atmósfera fresca y saludable cuando la humanidad está deshaciéndose y muriendo de calor a nivel del suelo. Sería de desear que varias torres de Éiffel en cada sanatorio dieran asilo a sus ocupantes a mayor altura que los más elevados rascacielos modernos: a quinientos o seiscientos metros de elevación.

A la altura de diez millas sería difícil escuchar la voz humana a causa de la tenuidad del medio de transmisión, y la sombra es más profunda aun durante las horas del mediodía. A treinta millas no hay ya oxígeno; la voz humana no podría hacerse oír en absoluto, y las estrellas brillan en medio de la obscuridad aun cuando el sol alumbra radiantemente abajo. El nitrógeno se acaba a la altura de cincuenta millas aproximadamente.

El viajero de las capas exteriores de la atmósfera puede llevar consigo oxígeno y fabricar el aire necesario, pudiendo aislarse también del frío de este nuevo mundo donde no encontrará un átomo de polvo y donde indudablemente no existen bacterias ni enfermedades. Allí no hay nubes que obscurezcan su visión, ni lluvias ni nieve. No ascenderá a menudo más allá de la región donde no existen átomos de polvo para diseminar y difundir parte de los rayos solares que le den luz o por lo menos una ilu-

minación parcial. Más allá del nitrógeno sólo existen el hidrógeno y el helio, los gases más ligeros que se conocen. Estos gases se manifiestan a una distancia de doscientas millas de la tierra por los efectos de calórico en los meteoros que caen en su seno volviéndose luminosos en virtud del calor producido por la fricción.

La obscuridad del espacio exterior puede comprobarse tomando un volumen de aire encerrado, libre de átomos de polvo, de los cuales se encuentran millones en cada centímetro cúbico; si se trata de iluminar este aire, se encontrará que, por poderosa que sea la luz que se le dirige, continúa absolutamente obscuro. Cuando se mira hacia lo alto al mediodía se ve todo el universo aparentemente iluminado; pero lo cierto es que solamente la delgada capa de la atmósfera terrestre dentro de la cual vivimos está iluminada. El espacio exterior carece de luz y de calor. Los rayos del sol no se convierten en luz, calor o electricidad hasta chocar con las moléculas más densas de la atmósfera que rodea la tierra y con los invisibles átomos de polvo y partículas de nubes suspensos en el aire, mediante cuya intervención se transforman estos rayos, de etéricas vibraciones en otras formas de energía: calórico, luz, electricidad, etcétra.

Muy pocas personas conocen estos sencillos problemas de los fenómenos del aire que asumen tan gran significación en la presencia del hombre en regiones superiores a aquellas donde se desliza ordinariamente su existencia.

El viento noroeste produce siempre energía física y ligereza mental, porque tiene un elemento de moción hacia abajo que atrae el aire superior, libre de impurezas y que, en virtud de electrización intensa, cambia una cantidad considerable de su oxígeno en ozono, manteniéndose en esta condición solamente poco tiempo después de alcanzar las capas inferiores potenciales próximas a la superficie de la tierra. Mayor proporción de gente muere bajo la influencia enervante del viento del sur que bajo la influencia del viento del norte, porque el viento del sur envuelve la superficie de la tierra llenándose de impurezas y carece del estimulante de la electricidad.

Cuando la inteligencia del hombre se familiarice más con el océano al fondo del cual ha vivido por tan largo tiempo, no esperará que el viento norte le traiga los beneficios de las capas superiores: irá a buscarlas y se mantendrá en ellas todo el tiempo que desee.

El desenvolvimiento del dirigible y del aeroplano figura entre las funciones más importantes del ingeniero del futuro. El meteorologista debe establecer la climatografía de las diversas capas de atmósfera de la tierra. En lugar de que Mount Weather se vea abandonado, como ha sucedido durante la actual administración, será impulsado en mayor escala, estableciéndose instituciones análogas con idénticos fines. No se permitirá que ninguna autocrática vieja, armada de su escoba, barra hacia adentro el progreso de la ciencia en las exploraciones de la inmensidad casi ignota que rodea el globo terrestre, donde el hombre se solazará ampliamente en los futuros tiempos. Los jardines colgantes de Babilonia serán sobrepasados en altura en el siglo vigésimo y el nido del águila dejado a gran distancia por aquellos que vivan parte de su tiempo en edificios elevados cuya base descanse sobre la tierra.

Antes de que se realicen viajes frecuentes y prolongados en las capas isotermas, en la región superior a las tempestades, será preciso vencer algunas dificultades de ingeniería; pero éstas se hallan ya en vías de solución por algunos de los inventores más hábiles del mundo. En aquella región, se encuentra solamente un cuarto de atmósfera, con temperatura a cincuenta grados bajo cero; y no solamente será necesario encerrar abrigadamente y aislar a los pasajeros y pilotos, sino alimentar el carburador del motor con aire artificialmente regulado a la presión y calor proporcionado a los que empleaba el motor en capas inferiores.

¿Por qué no habrían de observarse con regularidad los eclipses y otros acontecimientos astronómicos desde grandes aeroplanos o, mejor todavía, desde gigantescas aeronaves dirigibles, cuidadosamente equipadas para la labor de observación y libres de los perturbadores efectos ópticos de las nubes, el polvo y el aire inferior de tan heterogénea temperatura? Las posibilidades de investigación y descubrimientos en el porvenir son casi ilimitadas.

HAMLIN GÁRLAND, EL CUENTISTA DEL OESTE CENTRAL

POR

EDWIN W. BOWEN

El bosquejo biográfico de Hamlin Gárland, uno de los modernos escritores típicos de los Estados Unidos, nos revela, a través de las páginas de este artículo, el vigor de la mente de Gárland para percibir la psicología de las cosas, especialmente de la vida campesina en el oeste, y su integridad absoluta para expresarlas con frescura, verdad y viveza admirables. Refiere también el autor muchos detalles interesantes de la vida privada de Gárland, y la manera en que su inspiración literaria, desprendiéndose de ajenas influencias, creció. desarrollando su estilo propio, hasta convertirle en uno de los cuentistas de nota de la escuela moderna.—LA REDACCIÓN.

HAMLIN GÁRLAND es oriundo del oeste de los Estados Unidos y revela su origen en sus escritos. Uno de sus méritos, y por cierto no el menos notable, es el de encarnar el tipo distintivo del oeste central, del mismo modo que Thomas Nelson Page o Joel Chándler Harris representan el sur, y Háwthorne simboliza la Nueva Inglaterra.

Hamlin Gárland procedía de la estirpe escocesa presbiteriana y nació en el hermoso valle de La Crosse, en Wisconsin, en septiembre de 1860. Se califica a sí mismo, en una reciente autobiografía, el "hijo de la frontera central." Sus padres, Isabel y Ríchard Gárland, le educaron en la austeridad y sencillez espartanas, acostumbrándole a trabajar y ganarse la vida con el sudor de su frente. Los antecesores inmediatos de Hamlin Gárland, tanto los McClíntock como los Gárland, fueron de aquellos primeros exploradores que vivían en la frontera occidental por el tiempo de nuestra guerra civil y viajaban en "galeras" de pradera desde una avanzada hasta otra hasta de la civilización.

Aquellos robustos exploradores eran gente creyente y valerosa, para quien las privaciones y contratiempos que les salían al paso no constituían obstáculo que les impidiera lanzarse en cualquier aventura grandiosa. Afrontaban arduas condiciones, pero a la postre veían el triunfo de su fe y valor indomables. Tales incidentes se relatan en forma interesante en *A Son of the Middle Border* (Un hijo de la frontera central), que es la propia autobiografía de Hamlin Gárland. Este libro es un documento humano de valor permanente, no sólo porque contiene la relación amena e instructiva de las luchas del autor hasta conseguir el éxito, sino también porque es una historia interesante de los días primitivos de los exploradores en nuestra frontera occidental.

Cuando el niño Hamlin contaba siete años de edad, su familia se trasladó de Wisconsin a Íowa, eligiendo el lugar de su residencia en el condado de Wínneshiek. Allí recibió el joven Hamlin aquella vívida impresión de la naturaleza que con tanto vigor y frescura reproducen sus cuentos. Nos da una descripción gráfica de su granja en Íowa en su encantadora historieta *Up the Coolly* (Arroyo arriba). La descripción comienza en esta forma:

> Una alquería en el valle. Sobre las montañas resbalan las nubes apretadas, grises, tormentosas, amenazadoras, enviando al pasar una llovizna fina y helada sobre un hombre que maneja el arado.

Pero la descripción es demasiado larga para reproducirla por completo. Cuando muchacho, Hamlin Gárland trabajaba en la granja de su padre y no era ajeno al trabajo duro y continuo. Nos habla de las muchas dificultades, contratiempos y ardua labor que demandaba la vida agrícola en aquellos días primitivos de la frontera occidental. Apenas llegado a la edad de diez años araba veintiocho hectáreas de terreno cada año, proporción que aumentó gradualmente en los años subsiguientes. Dice:

> Era yo tan chico que tenía que empinarme para alcanzar el mango del arado; pero, sin embargo, araba. Recuerdo muy bien mis impre-

siones cuando comencé el primer trabajo de arado en la primavera. Mis músculos eran tiernos en aquel tiempo, mis pies se hundían en el suelo, haciendo descansar todo el peso del cuerpo en los tobillos y en los tendones del pie. Al finalizar el día estaba a punto de desmayarme del dolor, pero tenía que continuar a la obra. Y ¡cómo me dolían los huesos, a la mañana siguiente cuando me llamaron para ir al trabajo! Trabajaba de firme, asistiendo, sin embargo, a la escuela en el invierno hasta que tuve quince años.

A pesar del incesante trabajo en la granja, el joven Hamlin encontraba tiempo para seguir estudiando en la escuela, por lo menos en el invierno. Fué en el instituto de Cédarville, en el condado de Mítchell, cerca de su casa, donde adquirió los rudimentos de su educación. Tenía allí el derecho de usar de una pequeña biblioteca, la primera que hubiera visto en su vida; y se aprovechó ansiosamente de los pocos libros que contenía. En la escuela pública del lugar se distinguió en el estudio de la composición y de la historia, tomando parte activa en las discusiones escolares. Tenía la pasión de la lectura, y en un año devoró, según relata, cerca de cien novelas, de las de a diez centavos, libritos encuadernados en rústica, llenos de historias de indios y de jinetes intrépidos, y duques y duquesas, y hombres con máscaras de hierro, y modistillas que resultaban ser hijas de la nobleza, y maravillosos policiales que llevaban una vida encantadora y siempre atrapaban a los malvados hacia el fin de la historia.

Leía todo libro que encontraba a su alcance. También leyó literatura más elevada, como el *Paradise Lost* de Milton, cuando tuvo oportunidad. Pero encontraba difícil el estilo de Milton. Añade, sin embargo, que le causaron "considerable regocijo sus maldicientes pasajes."

Parecíanle singularmente interesantes las descripciones de batallas de Milton, y acostumbraba andar por la granja declamando con tal énfasis las extraordinarias arengas de Satán que un día el tiro se asustó y escapó con el arado, labrando un surco caprichoso de muy difícil explicación.

Cierto día, rebuscando en la escasa biblioteca de la escuela, tropezó con el libro de Háwthorne, *Mosses from an Old Manse* (Musgos de una antigua alquería). Recorriólo por entero con el estremecimiento del descubridor y se sintió transportado. Su horizonte intelectual se ensanchó y engrandeció desde entonces. El gran novelista puritano había ejercido su magia sobre el joven, y pasaron muchos años antes de que el encanto se rompiera. Gárland nos dice que leyó los dos tomos de historietas románticas de Háwthorne con interés absorbente, llevándolas siempre consigo en su bolsillo como un *vademécum.* La dicción soberana de Háwthorne, la riqueza esplendente de sus imágenes, su irradiación mística: todo se unía para producir admiración reverente en el joven lector y llenarle de una profunda pasión literaria que le deslumbraba con su gloria. Cuando los cuentos de Háwthorne, *The Great Stone Face* (El gran rostro pétreo), *Drowne and His Wooden Image* (Drowne y su imagen de madera) y otros, envolvían con su hechizo al joven Gárland, caminaba durante muchos días, nos dice, en medio de una niebla encantada, casi olvidado de los alrededores, y pasaba algún tiempo antes de que se sintiera capaz de interesarse en la vida diaria. Háwthorne le servía entonces de piedra de toque literaria en la cual ensayaba la calidad de otras obras y otros escritores; y medía a los hombres por el mayor o menor aprecio que concedían al encantador romancero de la Nueva Inglaterra.

No transcurrió, sin embargo, mucho tiempo antes de que Gárland pasara el período de formación y llegara a comprender que el estilo elevado de Háwthorne no estaba exactamente de acuerdo con su propia naturaleza íntima. Nos dice que un ejemplar de la novela de Wílliam Dean Howells, *The Undiscovered Country* (La comarca desconocida), que leyó cierto día, fué lo que deshizo el encanto de Háwthorne devolviéndole su verdadera personalidad. Leyendo esta novela realista, su espíritu conservador se rebelaba y rechazaba el modernismo de Howells. Por extraña circunstancia, Gárland consiguió este libro de un amigo que lo había comprado a causa de su título seductor, creyendo que se trataba de una obra de viajes; pero al descubrir que era una novela, lleno de desilusión, quiso venderla por lo que le dieran y aun regalarla la primero que la solicitara. La delicadeza y precisión de su estilo excitaban alternativamente la admiración y el disgusto de

Gárland. El realismo de Howells irritaba sus sentimientos, porque, como lo manifestó después, los héroes de la novela le hacían el efecto de ser "bruscos o almibarados." Esta novela despertó asimismo en Gárland la convicción de que, desde su edad temprana y a despecho de su absorbente interés por Háwthorne y su admiración profunda por las obras de este autor, era en el fondo inconscientemente un realista y no un romántico.

Terminada su educación, al finalizar el año de 1880, encontróse con que debía resolver el arduo problema de la elección de una carrera. Ocurrióle primero la idea de ingresar a un despacho de abogado y prepararse para la carrera del derecho. Mas la abogacía no le ofrecía un porvenir brillante; y, en consecuencia, se decidió contra las leyes, como se había decidido antes contra la agricultura. Por aquella época se trasladó con su padre a la región de los dakotas; y es curioso anotar de paso que hasta entonces jamás había viajado en ferrocarril. Aun no estaba definida la cuestión de su profesión. Como último recurso resolvió vagamente prepararse para la enseñanza de la literatura. Pero no tenía dinero para pagar su educación universitaria. Durante aquellos días de escasez pecuniaria, en que trataba de solucionar la cuestión de su porvenir, emprendió un viaje por el lejano oeste. En este viaje, el pequeño capital de quince dólares que su padre le había facilitado se gastó muy pronto; resolviendo entonces trabajar como jornalero y ganar así el dinero necesario para regresar al hogar de su niñez. En cierta ocasión que andaba en busca de trabajo en un mundo cruel, informa al lector de que solamente seis dólares le separaban de las fauces de la miseria. Era, sin embargo, demasiado orgulloso para escribir a su padre o a su tío pidiéndoles dinero para ayudarse en esta crisis monetaria, y atúvose a sus robustos brazos para ganar como jornalero el pan de cada día. En seguida concibió el proyecto de dar una conferencia que había preparado sobre literatura, para restablecer sus medios agotados. Confió su proyecto a un joven clérigo, quien arregló bondadosamente los detalles de la conferencia en una o dos iglesias de su parroquia. El hermano de Gárland, Frank, vino también en su auxilio, y los dos hermanos arreglaron una correría por el oeste dando conferencias. Desgraciadamente la empresa resultó un fracaso, y los dos jóvenes se dirigieron a Chicago en busca de empleo. En Chicago, Hamlin Gárland tuvo ocasión de ver a Edwin Booth, aquel príncipe de la escena norteamericana, en *Hamlet;* y se sintió tan inspirado por su interpretación y personificación de este clásico personaje de Shákespeare que resolvió ir la Boston para estudiar y prepararse a a carrera literaria que constituía el sueño de su vida. Así, partiendo con muy poco dinero pero lleno de resolución, el inquieto joven emprendió el viaje a Boston pasando por las cataratas del Niágara en compañía de su hermano. Hamlin quedó encantado con el histórico Boston y sus alrededores; pero aun cuando su imaginación se inflamara, sus tirantes circunstancias impidieron la realización de sus planes literarios. Al cabo, habiendo agotado sus recursos, los hermanos se decidieron a regresar trabajando durante todo el trayecto hasta Chicago. Esta excursión a pie a través del este de los Estados Unidos les sirvió cuando menos para conocer el país mucho mejor de lo que pudieron observarlo desde el tren en el viaje de ida. Hamlin Gárland comenta en forma sugestiva sus impresiones:

> Día a día el mundo se ponía más negro y la gente del valle de Connécticut más cruel e inexorable. Llegamos ambos a comprender, si no del todo, en gran escala, la amarga rebelión del vagundo. Caminar en el polvo y sobre el polvo, rechazados por la gente opulenta; acostarse por la noche con las mofetas en un montón de grano, representa ciertamente un vasto y liberal aprendizaje en sociología.

Apenas llegado a Chicago, Hamlin Gárland emprendió viaje el oeste para solicitar una concesión en la tierra de los "rezagados," como él la define, donde el gobierno adjudicaba lotes en la dilatada extensión de las praderas. Allí, en el lejano oeste, su ambición adormecida de hacerse maestro de literatura se despertó de nuevo, y se dedicó con gran empeño al estudio de la *Encyclopædia of English Literature* de Chambers, la *Histoire de la littérature anglaise* de Taine y la *History of the English People* de Green. Pero sólo podía estudiar con intermiten-

cias, porque estaba empleado en una tienda que su padre había abierto para conveniencia de los colonos, y en consecuencia tenía que sufrir innumerables interrupciones. Sus deberes de empleado estaban en contraposición con sus labores de estudiante, de suerte que no tuvo éxito en ninguno de ambos ramos. Su padre, comentando las escasas dotes de su hijo como empleado, decía: "Hamlin no podría vender dólares de oro por noventa centavos cada uno." Cierto clérigo del estado de Maine que estuvo por azar en la tienda cierto día, oyendo hablar de la ambición de Gárland de prepararse para la enseñanza de literatura, le instó para que fuera a Boston y tomara una clase especial con el profesor de literatura de Hárvard, dándole además una carta para el director de una escuela de oratoria en aquella ciudad. Gárland aceptó entusiasmado el consejo, procediendo inmediatamente a hipotecar en doscientos dólares la concesión de su terreno; y con esta suma de dinero, y a pesar de la oposición de su padre, partió a la tierra de Émerson, Lóngfellow y Háwthorne.

En el otoño de 1884, fijó su residencia en Boston, eligiendo su morada cerca de la biblioteca pública. Modificó, sin embargo, sus proyectos respecto de las conferencias a que se proponía asistir en Hárvard, porque resultó impracticable ingresar a esta institución o siquiera a la universidad de Boston con tal objeto. Hubo de contentarse con las facilidades que ofrecía la biblioteca para educarse a sí mismo, y la biblioteca hizo las veces de universidad para él. Día tras día y noche tras noche leyó allí asiduamente su tema predilecto: la literatura inglesa. Estudió la poesía inglesa primitiva y trazó una serie de conferencias que esperaba ardientemente publicar algún día bajo el título: "Desenvolvimiento de los ideales ingleses." Mas nunca llegó a realizar este ambicioso proyecto. En sus extensas lecturas, tuvo ocasión de conocer el famoso libro de Walt Whitman, *Leaves of Grass* (Hierbecillas), que por entonces se hallaba prohibido; libro que, según afirma, transformó el mundo ante sus ojos.

> Después de la primera lectura de este libro (*Leaves of Grass*) sentí la impresión de verme elevado a gran altura, y me deslumbró la significación espiritual de los Estados Unidos.

Estudió también a los eminentes y profundos maestros de la evolución, como Darwin, Spéncer, Fiske, Hélmholtz y Háeckel. Pero sus lecturas eran más vastas que intensas, llegando a darse cuenta de que nada estudiaba a fondo, lo cual fué una fuente de pesadumbre y decepción para él.

Hamlin Gárland estimaba como muy valiosa la oportunidad que tuvo en Boston de ver y escuchar a Edwin Booth en el papel de protagonista en las cuatro tragedias principales de Shákespeare: *Hamlet*, *Lear*, *Othello* y *Macbeth*. Aquellas representaciones estimularon su imaginación convirtiéndose en poderoso incentivo para atraerlo al campo de la oratoria, la poesía y el drama. Para él, Booth encarnaba el alma de la literatura inglesa y de la música del idioma; y la representación consumada del supremo actor era al mismo tiempo una revelación de la pintura, la escultura y la música. Booth produjo impresión tan profunda sobre Gárland que éste no podía conciliar el sueño horas enteras después de haber visto al gran artista. Nos dice Gárland que cuando cerraba los ojos para dormir escuchaba todavía la elegía solemne:

> Duncan está en la tumba. Pasado el acceso febril de la vida, reposa en tranquilidad.

Bajo la influencia de estas representaciones, escribió Gárland una serie de estudios sobre el trágico en sus papeles principales.

II

Durante aquellos días inspiradores de Boston fué cuando Hamlin Gárland sintió el impulso creador dentro de su alma y resolvió darle expresión. Allí escribió su primer esbozo, *The Corn Husking* (Descascarando el maíz), y también su primera poesía, *Lost in the Norther* (Perdido en la nortada). El primero fué publicado en el *New American Magazine* y la segunda en el *Harper's Weekly*. Hamlin recibió veinticinco dólares por su poesía, dinero que apreció en mucho por ser el primer fruto de su pluma; y demuestra su desinterés y la gratitud que sentía por sus padres, el hecho de que destinara el valor del cheque recibido en pago de sus versos a comprar un vestido de seda para su madre y un ejemplar de las *Memoirs* de Grant para su padre. Por aquel tiempo entabló relaciones con Jóseph Kírkland.

Kírkland había leído algunos de los esbozos de Gárland sobre el oeste y manifestó gran interés por el novel escritor, instándole para que escribiera historietas. Gárland creía, sin embargo, carecer de aptitudes especiales para la novela, porque no podía manejar el diálogo; pero determinó hacer la prueba en todo caso. Ensayó y siguió ensayándose hasta que, a la postre y a fuerza de celosa aplicación y labor constante, llegó a tener éxito. Después de una permanencia bastante larga en Boston, Gárland decidió volver a su lugar natal y hacer una visita a sus padres. Durante esta visita su madre le refirió la historia de una anciana que hizo el viaje de regreso a su nativo estado de Nueva York después de una ausencia de treinta años en el oeste. Gárland sintióse muy impresionado con esta narración y determinó escribirla para el público, diciendo a su madre: "Esta relación es demasiado buena para que se pierda. Voy a escribirla." Y en son de broma añadió: "¡Vaya que sí! Esto me valdrá unos setenta y cinco dólares. ¡Iremos a medias!" A lo cual ella extendió la mano y dijo chanceándose: "Muy bien; dame mi parte desde ahora." "Espérate hasta que la escriba," replicó el joven. De regreso de Boston, completó la historia que su madre le había relatado y la publicó en *The Century;* y, fiel a su compromiso, envió a su madre un cheque por la mitad del precio que había recibido. Éste fué el primer cuento de Gárland, y la acogida que mereció del público fijó definitivamente su porvenir como cuentista. De tal manera su visita al oeste fué importante en el proceso de los opuestos destinos de Gárland, por cuanto marcó el principio de su carrera como escritor de historietas. A su regreso a Boston se ocupó en escribir cuentos; pero los editores no estaban en manera alguna tan dispuestos a aceptar sus historietas como él se entusiasmaba para escribirlas. De allí que muchas de aquellas historietas que Gárland enviara con prisa febril a las revistas regresaran pronto a su autor acompañadas de la nota triste y desalentadora: "Devuelta con muchas gracias." Pero Gárland tenía fe y confianza en sí mismo, y aun cuando se desanimaba algo por el momento, consolábase también con la sabia reflexión de que por lo menos recibía una opinión editorial caracterizada sobre sus cuentos, y que estas críticas elevarían inevitablemente la calidad de sus obras hasta ponerlas al fin a la altura de las mejores publicaciones. Los editores más amables acompañaban a veces el rechazado manuscrito con una nota personal alentadora. Los menos asequibles protestaban, en cambio, contra lo que llamaban "falsa interpretación de la vida en el oeste," instando al autor para que escribiera "encantadores cuentos de amor." Pero Gárland escribía por principio y, realista como era, no se dejó seducir por ninguna clase de sirenas ni cambió el estilo de sus cuentos que revelaban la vida en la forma que él la veía. Habiendo tomado sus posiciones, estaba pronto y resuelto a defenderlas con su pluma, a despecho de las convenciones literarias.

Gárland razonaba que conforme otros escritores describen la vida real de las ciudades, él también diría la verdad acerca de la vida de alquería y la rutina diaria de los corrales de la granja, cuya pintura ofrecía. A fuer de explicación citaremos sus propias palabras:

Los trabajos agrícolas no se reducen a cosechar las bayas, amontonar el heno fresco y cantar *The Old Oaken Bucket* (El viejo cubo de encina) en el portal, a la luz de la luna. El agricultor tiene que vivir en invierno y en verano. Necesita entendérselas con el estiércol tanto como con el trébol. El acto de ordeñar a las vacas, como aparece en un vaso de porcelana china, representando, a fuer de pintura, una doncella de enaguas rizadas que acaricia a una mansa vaca de Jérsey en medio de un prado cubierto de margaritas, es muy distinto de sentarse, en tiempo de moscas, al lado del humeante flanco de una hedionda novilla pintada. Introducir en una poesía la olorosa grama, y guardarla en la práctica en un granero a 37 grados de temperatura en la sombra, son cosas tan diferentes en la vida real como deberían serlo en la novela. Para mí, existe la mugre y el cieno y el sudor y el polvo. Forman todavía parte considerable de la vida de la granja, y estoy resuelto a hacerlas figurar en mis cuentos en la misma proporción en que figuran en la realidad.

Gárland tomó parte en un movimiento reformista en Boston en unión de los partidarios del impuesto único, como se llamaba a los adeptos de Henry George. Tomó también parte activa en la campaña contra

la miseria. Pero su interés por las reformas sociales no fué obstáculo para que siguiera escribiendo historietas sobre la vida en el oeste, que describía con la mayor habilidad. Preocupábase asimismo de extender sus relaciones entre los literatos. Entre los intelectuales más promientes que conoció en Boston contábase Wílliam Dean Howells, entonces en el apogeo de su carrera. Sucedía esto en la década de 1880, y debe recordarse que por aquella época las obras de Howells habían dividido al público lector de Boston en dos campos casi hostiles: los que consideraban a sus heroínas como expresión real de la vida, y los que juzgaban que eran simplemente una caricatura de la realidad. Aun cuando Gárland al principio de su carrera literaria había atacado los ideales de la escuela realista que encarnaba Howells, sufrió un cambio profundo durante cierto tiempo, terminando por fin en convertirse en el campeón público de Howells. Además, Gárland seguía en sus cuentos los métodos y principios del realismo, llegando pronto a imponerse como digno exponente de aquella escuela. Pero este cambio radical no se produjo de un golpe. Fué el resultado de un proceso paulatino que se inició con sus primeras lecturas de Walt Whitman, en seguida de Howells y últimamente de Henry James, desarrollándose después de acuerdo con su propia e independiente tendencia de pensamiento. Gárland fué alentado y apoyado en gran manera, en sus luchas de autor novel que trataba de hacerse un nombre, por las bondadosas palabras de encomio y simpatía que le prodigara Howells. Howells hízole observar cierto día que los novelistas del este, del sur y del oeste parecían trabajar de acuerdo con el gran principio que encierran estas palabras:

La literatura de los Estados Unidos para llegar a ser notable debe ser nacional, debe tratar de las condiciones peculiares a nuestro propio territorio y a nuestro propio clima. Todo escritor genuinamente norteamericano debe describir la vida que conoce más a fondo y que más le interesa. Así Jóel Chándler Harris, George W. Cable, Jóseph Kírkland, Sárah Orne Jéwett y Mary Wilkins, lo mismo que Bret Harte, no representan sino fases diversas del mismo movimiento, que nos dará una literatura realmente vigorosa y original.

El espíritu literario de Gárland se desarrolló en tendencias radicales. Su realismo hízose más y más pronunciado. Considerábase a sí mismo impresionista más que realista. Escribía sus historias con la convicción profunda de que debían describir fielmente la vida agrícola del oeste, y no hay duda de que se hallaba en lo cierto. Uno de sus primeros cuentos fué *A Prarie Heroine* (Una heroína de las praderas) y constituía el estudio de una crisis en la vida de la desesperada esposa de un agricultor. Era una historieta sombría y radical, casi trágica en su realismo o impresionismo. Produjo a su autor cien dólares y apareció en *The Arena*, periódico que publicó muchos de los primeros cuentos de Gárland. En 1890, *The Century* publicó una de las historietas de Gárland, titulada *A Spring Romance* (Romance primaveral), y pronto el nuevo autor, que pocos años antes había visto rechazar sus obras en las revistas, tuvo la satisfacción de que sus cuentos fueran muy solicitados por los editores. En 1891, cuando contaba treinta y un años, Gárland publicó su primer libro de cuentos, *Main Traveled Roads* (Los caminos más frecuentados), que contenía seis esbozos del valle del Misisipí. El pintoresco título había sido tomado de una expresión familiar en el oeste. El prólogo del libro es amargamente sardónico. Dice:

Los caminos más frecuentados en el oeste, como en todas partes, son calurosos y polvorientos en verano, y desolados y tétricos en el cieno del otoño y la primavera, mientras en invierno el viento amontona la nieve en el trayecto; pero a veces atraviesan un fértil prado donde se mezcla el canto de las alondras, los mirlos y los *bobolinks*.[1] Siguiendo la vía por tiempo suficiente es posible que conduzca a alguna curva del río donde el agua murmura eternamente risueña en las orillas. En conjunto, el camino es largo y tedioso, ostentando una pequeña y adormecida villa a uno de sus extremos, y una casa de labranza al otro. A semejanza del camino frecuentado de la vida, lo atraviesan diversas clases de gente; pero los pobres y los fatigados predominan.

El primer libro de Gárland provocó tanto elogio como censuras. Howells, E. G. Stedman, E. E. Hale, T. W. Hígginson, C. D. Wárner y otros críticos del este con-

[1] *Dolichonyk oryzivorus*—La Redacción

cedieron generoso aplauso a esta obra. Los críticos del oeste fueron casi igualmente espontáneos en la expresión de opiniones adversas. El libro tenía cierta nota de rebelión. A pesar de ser un cuento, afectaba abiertamente la índole de polémica y estaba destinado a expresar un mensaje de protesta. Se le ha descrito con mucha exactitud como un tomo de sombrío realismo. No obstante, la acogida que recibió del público en general, a despecho del adverso coro de los críticos del oeste, fué muy satisfactoria para el autor. La obra, como deseaba Gárland, revelaba el aspecto menos favorable de la vida en una granja del oeste, provocando así la crítica hostil de los habitantes de aquella zona. Los críticos sostenían que el autor debía haber descrito el lado brillante y atractivo de la vida agrícola del oeste, atenuando la parte desfavorable, que hubiera sido mejor no mencionar. Pero aquellos críticos no conocían a Hamlin Gárland.

Main Traveled Roads demostró en forma clara e inequívoca que su autor obligaría a los demás escritores de la comarca, que habían ya "surgido," a reflexionar sobre sus laureles. Del mismo modo que Édward Éggleston, autor de *The Hoosier Schoolmaster* (El maestro de escuela de Indiana), que Howe, autor de la *Story of a Country Town* (Historia de un pueblo rural), y Jóseph Kírkland, autor de *Zury*, Gárland tenía el oeste central casi enteramente de su parte, como lo decía con razón. En aquel tiempo, Wílliam Allen White, Álbert Bíglow Payne, Stéwart Édward White, George Ade, Émerson Hough, Rex Beach, Méredith Nícholson, Jack London y Booth Tárkington no se habían elevado todavía como astros en el horizonte, y naturalmente se hallaban fuera de la visión de los observadores del firmamento político y literario del oeste.

Después de la publicación de su primer libro Gárland continuó escribiendo tan asiduamente como antes, y sus cuentos eran muy solicitados. Comprendía ahora que podía confiar en la fertilidad de su pluma para las necesidades de su subsistencia. Separóse, en consecuencia, de la escuela de oratoria en Boston. Como la corriente literaria tendía vigorosamente a dirigirse a la ciudad de Nueva York, él también se trasladó a la gran metrópoli, que se convertía rápidamente en el centro literario de los Estados Unidos. Mas, según vinieron las circunstancias, se estableció allí sólo temporalmente, publicando cuentos de la vida del oeste en *The Century*, el *Harper's Magazine* y otras revistas de esta clase. Pronto se dió cuenta que un hijo de la frontera central debía vivir en la comarca de donde era oriundo, y por consiguiente se dirigió a Chicago donde estableció su residencia el año de la gran exposición. Poco después adquirió una concesión en el valle de La Crosse, para que sus ancianos padres vivieran en paz y comodidad sus últimos años.

El genio de Hamlin Gárland ha sido muy fecundo. Es autor de una larga lista de libros, incluyendo cuentos y novelas. Entre estas últimas, sin mencionarlas todas, figuran: *The Forester's Daughter* (La hija del guardabosque); *Cavanaugh; Forest Ranger* (El intendente de los bosques); *Rose of Dutcher's Coolly* (Rosa del arroyo de Dutcher); *Prairie Folks* (Gente de la pradera); *The Trail of the Goldseekers* (El camino de los buscadores de oro); *Boy Life on the Prairie* (Vida juvenil en las praderas); *Victor Ollner's Discipline* (La disciplina de Víctor Óllner); *They of the High Trails* (Los de los altos caminos); *Other Main Traveled Roads* (Otros caminos más frecuentados); *The Long Trails* (Los caminos largos); *The Moccasin Ranch;* etcétera. Muchas de esas novelas son decididamente contra las convenciones, como, por ejemplo, *A Spoil of Office* (Gajes del oficio) y *Crumbling Idols* (Ídolos que se derrumban). Gárland es un impresionista y siempre ha tenido por principio pintar la vida como la veía. Hay que reconocer que se interesaba profundamente por la vida real especialmente por la vida de la frontera central del oeste, como se observa entre los campesinos, la gente llana y sencilla. Conoce íntimamente este tipo y lo describe como es, o por lo menos como él lo comprende. Nadie puede competir con él en este terreno, que ha estudiado muy a fondo. Sus cuentos de esta índole son verdaderamente intensos, frescos y originales. Tienen el saber del suelo, y han conquisatdo a su autor un lugar distinguido entre nuestros más notables cuentistas norteamericanos.

EL CINEMATÓGRAFO: REFLEXIONES DE UN CENSOR

POR

ELLIS P. ÓBERHOLTZER

A juicio del autor de este artículo, los empresarios de películas cinematográficas que se dedican a la exhibición de temas escabrosos bajo el pretexto de educar a la juventud contra los peligros de la vida, pero en realidad, con el exclusivo objeto de aumentar sus utilidades, cometen un atentado de lesa sociedad. Pervierten la ingenua imaginación de los adolescentes y excitan a los mayores con el aliciente de la curiosidad y del fruto prohibido, presentando escenas sensuales y de efectos perniciosos sobre las costumbres. El cinematógrafo, que se adorna con los atributos del drama, que atrae a los astros de la escena a las representaciones pantomímicas y ofrece, a quien no le es dado gozarlas de otra manera, las emociones del argumento de las grandes obras teatrales o de la novela elevada, tiene razón de ser, hasta cierto punto. Sin embargo, el cinematógrafo, que penetra mejor y más ampliamente que instrumento alguno en las mentes ineducadas, tiene una misión más noble y definida: encaminar la instrucción por los senderos más saludables; aun cuando en la actualidad el gusto incipiente del público por aventuras romancescas e inverosímiles deja poco campo para que los idealistas de la película puedan hacer gran cosa en tal sentido. Es indispensable, con todo, afirma el autor, establecer, como ya se ha hecho en algunos estados y ciudades de los Estados Unidos, una comisión de censura que prohiba en absoluto la exhibición cinematográfica de ciertos temas, dejando a personas o instituciones debidamente organizadas el cuidado de ilustrar a la juventud en asuntos delicados de reforma social.—La Redacción.

AL PROTESTAR contra aquello que llamamos cinematógrafo, no me quejo de que exista, sino de que pretenda usurpar el puesto del noble ramo del arte y de la literatura que conocemos como drama. Me agrada el hecho de que una cinta interminable de celuloide, envuelta en un carrete y colocada en una máquina, proyecte sobre un bastidor las imágenes impresas en su superficie. Es, indudablemente, un maravilloso triunfo de la mecánica. Nadie disputará a su inventor los honores debidos a todo aquel que descubre ingeniosas aplicaciones de la ciencia. Ni dejará nadie de desear el mejor éxito a los que, comprendiendo su importancia, han desarrollado un sistema comercial mediante el cual ha llegado a utilizarse el cinematógrafo para sembrar ideas en la mente de la mitad o las tres cuartas partes de los habitantes de nuestro planeta y llevarles formas y modelos. Ningún novelista, orador, publicista u hombre alguno, provisto de cualquier aparato para penetrar la epidermis humana, habló jamás a tan gran número de sus semejantes.

Se dice que el año pasado salieron de los Estados Unidos a los países extranjeros películas cinematográficas en número suficiente para envolver el globo terrestre a la altura del ecuador. Nueve décimos de las cintas que se exhiben en la Gran Bretaña se hacen en Los Ángeles, California, y en Fort Lee, Nueva Jérsey, o lugares adyacentes. Charles Chaplin y Mary Píckford, Theda Bara y Wílliam Hart hablan un lenguaje universal. Llevan el beneficio de la civilización norteamericana a los más apartados confines de la tierra. Hubo un tiempo en que todos sentíamos que el mundo en general conocía muy poco de los Estados Unidos. Esto no puede ocurrir en adelante. Los productores de películas revelan gráficamente nuestra vida a los turcos, senegalenses o chinos en los términos más adecuados a su inteligencia. Todos y cada uno pueden ver la pintura vívida de nuestros trajes y costumbres. Los Estados Unidos se manifiestan en cuerpo y alma ante el estudio y apreciación mundial.

La dama cuyo honor está en salvo tan sólo porque lleva un revólver debajo de su blusa, y el galán que en la quinta parte se ve obligado a luchar a brazo partido en el salón, en traje de etiqueta, para que el villano no le arrebate su amor, se ostentan sobre el haz de la tierra como tipos elocuentes de nuestros hombres y nuestras mujeres. El vaquero y el salteador de trenes (que, según se dice, están extinguidos al igual que sus proezas) viven en la película, probando al mundo el valor de la cultura norteamericana. El payaso arroja un pastel

de natillas a la cara de una muchacha vestida de baile o recibe a su turno un martillazo en la cabeza, y el espectador más obtuso, negro o amarillo, del África o del Asia, comprende que nuestro espíritu festivo es agudo y deleitoso. Si fuera mi designio provocar una disertación moral, quizá deploraría semejante tráfico con las intimidades de nuestra vida nacional; pero, siendo muy diverso mi propósito, me abstengo de hacerlo. Simplemente me conformo con manifestar los hechos.

El cinematógrafo ha sido calificado como "el drama popular." Es posible suponer que se relaciona principalmente con el drama a causa de que muchos actores y actrices identificados con la escena se han prestado a representar pantomímicamente delante de la cámara obscura para que sus ademanes sean registrados en la cinta. Infiero que sea también a causa de que algunas obras clásicas han sido puestas en película. Los ciudadanos de Híckville frecuentan su academia de música—donde se reunía antes la facultad de maestros y se celebraban las actuaciones de repartición de premios de colegio—convertida hoy en teatro cinematográfico, para ver *Carmen* o *Salomé* o *Thais*. "Ver" es la expresión exacta, ya que es imposible que puedan escuchar la ópera mirando la reflexión de escenas presentadas por la película a través de una luz de arco. Tienen así, cuando menos, base de conversación sobre algunas obras musicales, la cual, acertadamente combinada con discos de gramófono al volver a casa, puede aceptarse quizá como primeros ensayos de una educación más amplia. Ven representaciones de *Romeo and Júliet, Sapho* o *Camille*, y se encuentran transportados al medio de la literatura dramática inglesa y francesa. Mas no puedo creer que los productores de películas tengan empeño especial en impartir educación artística, ni que los espectadores mismos se preocupen seriamente del arte, por muy sugestivo que sea el origen de la cinta. Habrá algunos a quienes gradea pensar que han visto *Romeo and Júliet* o *Carmen*, piezas de las cuales han oído hablar vagamente; pero deduzco que, después de todo, no es el espíritu literario de una famosa ópera o drama lo que ansía el productor para adaptarlo a sus fines, sino el encadenamiento de los sucesos que lo forman: el melodrama. No puede ser de otro modo, pues tenemos *La Gioconda* ofrecida en el cinematógrafo con el nombre de "La hija del diablo;" *La Tosca*, como "El canto de odio;" y *The Jewels of the Madonna* (Las joyas de la madona), como "El pecado." El otro día encontré que la *Maud* de Ténnyson estaba disfrazada con el título de "Corazones al desnudo;" *The Admirable Crichton* de Barrie, como "Varón y hembra;" y *The Bachelor* (El soltero) de Clyde Fitch, como "El virtuoso vampiro."

He oído decir a alguien que esto es un sacrilegio. No por cierto: es simplemente comercio. Si bien es posible que una persona entre diez tenga el deseo inconsciente de ver *Romeo and Júliet*, apostaría que ni una sola entre cinco o diez mil haya oído hablar tanto de *La Gioconda* o que, habiéndola oído nombrar, sea capaz de pronunciar estas sílabas extrañas. Por consiguiente, ¿no podría yo a fuer de "productor"—en caso que lo fuera—denominar la película que hubiera sacado del argumento, "La hija del diablo?" No hay razón alguna en contrario; nadie puede impedírmelo; y, en consecuencia, sigo adelante con mi labor.

Se trata del drama del pueblo, y al pueblo hay que agradar. Debe encontrar en el cinematógrafo aquello que le interesa, del mismo modo que encuentra satisfechas sus aficiones en los diarios de la mañana y de la tarde. Es el derecho de cada cual, a fuer de ciudadano de los Estados Unidos. "Yo soy lo que el público ha hecho de mí," decía una famosa actriz de cinema recientemente. Había personificado sirenas y vampiros y seductoras de hombres año tras año. No le agradaba este papel; pero era una cumplida servidora del público y respondía sin murmurar a los gustos de su tiempo y de su generación; evidentemente con gran provecho para sí y para los empresarios de sus creaciones. Jamás he oído quejarse a los autores de alguna novela que haya sido puesta en película o de algún drama que se haya "cinematografiado" de que su inspiración fuera reproducida o de que se hayan aprovechado sus ideas. Lo único que les interesaba era el cheque que les correspondía por derechos de propiedad.

La censura, si de censurar habemos, no debe dirigirse al director del cinematógrafo

ni al productor que pone en movimiento a estos títeres, sino a la inmensa y variada multitud de espectadores que frecuentan los quince mil teatros cinematográficos establecidos en todos los rincones y revueltas de los Estados Unidos. Con el incremento y extensión del comercio extranjero, podría haberse esperado alguna protesta contra la invasión de nuestras películas en Inglaterra (donde se deja notar verdadera inquietud, imagino) o en China o Abisinia; pero las temores que se hayan despertado allá no se han hecho sentir todavía entre los productores que tienen el oído en tierra en Los Ángeles y Fort Lee.

Hay que convenir entonces en que el nombre de la película significa la mitad del éxito para el que se dedica al expendio de este artículo. Hemos tenido "Esposas virtuosas," "Hombres virtuosos," "Virtuosos maridos," "El virtuoso modelo," "El valor de la virtud" y la "Ceguera" de la misma; "La joven de Hell de Morgan," "El cráter del infierno," e "Infierno" en otras cincuenta combinaciones; "Días rojos," "El camino rojo," "El pecado rojo, "La mujer roja;" "Pasión," "La llama de pasión" y "Juguetes de la pasión;" "La eterna Magdalena," "La Magdalena más pequeña" y "La Magdalena de la calle;" "El fruto prohibido," "El mal que hace la mujer," "El señuelo del sexo," "El libertino," "La serpiente," "La mujer-lobo," "La diablesa," "La bestia," "La cortesana," "La hija de Satanás" y "¿Dónde está mi hija?"

En mi experiencia de la especie humana, he encontrado muy pocas personas que por propio impulso—a no ser en el curso regular de un negocio por el dinero que produce—se dedicaran e escribir cuentos o combinar películas apropiadas a tales títulos. Estoy seguro de que quienes los preparan serían susceptibles de reforma, si el mundo les proporcionara otros medios de subsistencia. El melodrama no es necesariamente una forma nefaria de entretenimiento teatral. Hay buenos melodramas, es decir, hay algunas obras aceptables e interesantes en que los personajes principales son una oprimida heroína, un mal hombre y un hombre bueno que en el último acto, después de variadas y peligrosas aventuras, más o menos violentas y criminales, rescata a la dama del poder del villano y se casa con ella.

Es indudable que una película cinematográfica debe ser conmovedora. Es resultado de la acción en grado superlativo. El argumento hablado es poco menos que inútil al productor de películas. Necesita caracteres en acción. Si no los hay de esta clase en el cuento, el director precipita el argumento para ponerlos de relieve Pero ¿por qué, preguntará alguien, han de lanzarse al mundo los melodramas con nombres tan retumbantes? Se hace así, estamos seguros, para halagar el incipiente gusto dramático. A no ser por esto, las multitudes volverían pronto a la obscura noche en que transcurría su vida antes de que "el drama" llegara a sus puertas. Adquiriendo lecciones elementales de cultura a favor de los carretes de celuloide que vienen cada mañana a su aldea encerrados en una caja de latón, experimentarán pronto el deseo de cosas mejores. Ésta es una filosofía optimista, que acepto con entusiasmo.

A menudo me ha llamado la atención la incapacidad de los editores para vender la novela de a diez centavos que anteriormente constituía producto tan interesante; y, a decir verdad, para vender en estos tiempos número considerable de ejemplares de cualquiera clase de obras. La razón de esto se encuentra, a mi entender, en el cinematógrafo. Pretendían algunos que el público había abandonado la lectura por el automóvil, lo cual es exacto hasta cierto punto. El atropellamiento, precipitación y amontonamiento de estos vehículos, aquí y allá, a todas horas del día y de la noche, por calle y carreteras, revela positivamente que el tiempo que antes se dedicaba o podía dedicarse a leer un libro junto al hogar no se emplea ya de esta manera. Pero sin duda alguna el cinematógrafo representa influencia todavía más poderosa para explicar la desaparición de los libros "más vendibles" de hace una o dos décadas. Aquellos que en otras épocas leían *Ships that Pass in the Night* (Barcos que pasan en la noche), *Janice Meredith* o *Dorothy Vernon of Haddon Hall* adolecen ahora de falta de tiempo y de inclinación para dedicarse a este entretenimiento. La resistencia en contra de la industria literaria llega a su colmo después

de la visita nocturna al cinematógrafo. No queda un adarme de energía para abrir o leer con atención un libro. La necesidad de aventuras o romance que pueda existir en la mente de cada individuo queda satisfecha ante el bastidor cinematográfico. La capacidad literaria individual está "harta," diremos, usando un término de los cinemas de a cinco centavos, que ya no existen, por otra parte, pues que ahora necesitamos pagar once y quizá treinta y nueve centavos[1] para que nos sea permitido atravesar sus umbrales.

El trabajo que demanda la lectura es considerable. Los ojos se fatigan y se gastan. La asimilación mental es un proceso que exige nuevo esfuerzo conforme se vuelven las páginas. El libro cuesta dinero que hace falta para otros menesteres; y si no se compra, es preciso traerlo y volverlo a llevar a la biblioteca. La lectura que ocupa una semana o, por lo menos, dos o tres días, puede reemplazarse por cinco carretes que se deslizan en poco más de una hora, con acompañamiento de música, mientras uno está cómodamente sentado en un sillón al lado de un amigo. Media docena de cuentos pueden ser absorbidos en el cinematógrafo en el tiempo que se requeriría para formarse concepto de un solo libro. Tal es la causa, me inclino a pensar, de la desaparición casi total de la novela de que antes se vendían cientos y miles de ejemplares. En lugar de libros, oímos hablar de Píckfords, Baras, Chaplins y Nazimovas, cuyos precios por sus inestimables servicios hacen quebrar a los productores de películas y cuyas rentas personales asombran a los cobradores de puestos nacionales.

Mas, volviendo al novelista de cuentos de a diez centavos, se me figura que este tipo ha quedado reducido a cero. Me sorprendería oír hablar de algún ejemplar de la especie, ya sea en libertad o prisionero. La continuación de su existencia en este planeta no tiene ya razón de ser. Si hemos de creer que los lectores de las obras "más vendibles" se han trasladado al cinematógrafo, es mil veces más evidente que la juventud del país, que antes compraba y se deleitaba con los libros de "cubierta amarilla," frecuenta ahora y satisface sus gustos en aquel lugar. Por más afición que tenga un muchacho por las obras de crímenes espeluznantes, encuentra amplia satisfacción en las películas "folletín" que se ofrecen en forma de episodios continuados todos los jueves por la noche en el teatro de la aldea. La cinta se llama "La garra de acero," "El estuche rojo," o "El sombrío misterio." El héroe pasa de una aventura a otra, escapando por un pelo y desafiando toda clase de villanías que puedan caber en la imaginación humana. Ya se le ve en el aire, ya en una alcantarilla sin salida o en el tirante de una viga mientras la sierra avanza más y más hacia su trémulo cuerpo; ya en un cuñete de pólvora con la mecha encendida o afrontando una bomba de tiempo cuyas manecillas marcan las nueve y cincuenta y nueve minutos debiendo estallar a las diez; bajo la tortura de serpientes, leones; bajo un chorro de agua que sube y sube continuamente, cuando ¡oh! de pronto termina el "episodio" y ya no se sabe más hasta la semana próxima.

No protesto. Estas impresiones pueden avivar la inteligencia de algunos jóvenes y lanzarlos al mundo con más talento y habilidad para afrontar los problemas de la vida. Hago notar solamente que la novela de a diez centavos se encuentra ahora en la película. Tanto el chico que no sabe leer como el que lucha a espaldas del pajar con las letras del libro que excita su tierna inteligencia ven desarrollarse el cuento en escenas fotografiadas para su completa delectación. Su entusiasmo y gratitud se manifiestan en ruidosos aplausos, aclamaciones y otras formas de alegre emoción, como observará cualquiera que asista a tales exhibiciones. El alfabeto, la sala de clase, todo el tedioso proceso mediante el cual un chico llega a convertirse en lector con el objeto de asimilarse la herencia literaria de la raza: todo puede echárselo a la espalda. Hay un método que le facilitará el alcanzar su objeto con el menor trabajo posible para él, para sus padres y para el maestro.

Tengo ciertas opiniones definidas—aun-

[1] Los cinematógrafos, que antes los había a cinco, diez y quince centavos la entrada, han seguido el alza general de la subsistencia. Ahora cuestan por lo menos el doble, y a esto se agrega el diez por ciento de impuesto de guerra, que es a lo que se refiere el autor al inidicar precios de once y treinta y nueve centavos.

que rara vez las expongo—acerca del que divirtiendo pretende ser reformador. Dudo de su sinceridad. He tropezado en mi camino con muchos hombres de esta clase y desconfío de ellos. Sería injusto atribuir únicamente menguados motivos al individuo que reclama el título eminente de filósofo e institutor en el mundo. Pero cuando se hace una película para ilustrar un tema escabroso, del que por lo general no se habla libremente, y esta película se anuncia con gran bombo en carteles sobre las paredes, invitando a todos—hombres, mujeres y niños—a presenciarla en obsequio de su bienestar eterno, previó pago de la correspondiente entrada, el espectáculo me subleva. Alguno de aquellos caritativos sujetos hace una película destinada a dar a las jóvenes una lección sobre intervención quirúrgica ilegal, enfermedades sexuales, restricción de la natalidad o el riesgo que corren en las grandes ciudades escuchando las insinuaciones de celestinas de ambos sexos, y otras por el estilo, variando hasta el infinito. ¡Cuántas de estas cintas acuden a mi memoria! Ni un solo propietario o representante de cinematógrafo ha dejado de hablarme de su culto por el interés general. Al mismo tiempo que distraen al público desean ponerlo en guardia contra los peligros de la vida. Rara vez los tales tienen aspecto de maestros o se les asemejan en algún rasgo. Y como su defensa ante aquellos que pueden restringir sus actividades o tienen el poder de otorgar prerrogativas es tan elocuente, deduzco que su interés en el asunto que se discute no tiene nada que hacer con la educación. Se asemejan al charlatán que poseyera un museo de medicina o al dueño de un puesto de libros en alguna callejuela, que contara entre sus volúmenes un tratado sobre el proceso genital y la higiene del sexo. Buscan la clientela de la juventud curiosa, de los adolescentes y aun de personas de edad madura (que existen en gran número) ávidas por echar una ojeada al terreno generalmente prohibido.

Trátase de la eugenesia o no, estas materias deben enseñarse solamente en el lugar apropiado, que niego sea el cinematógrafo. Hay iglesias, escuelas, hogares y substitutos de hogares establecidos por sociedades organizadas. Por medio de estas sanas influencias pueden recibir los niños la información que juzguen conveniente las personas responsables de su educación. El hombre de teatro ocupa posición diferente en la comunidad. Cuando entreteje hechos de esta naturaleza en el argumento de alguna historieta que presenta en forma de película y nos la ofrece por precio determinado, es el especulador que siempre ha sido. Es una nueva treta para atraer espectadores y aumentar sus rentas. Su ardid es tan claro como la luz del día. Los hombres que hacen honradamente el negocio de cinematógrafo lo miran con desconfianza y desean verse libres de su presencia, no solamente a fuer de rival que atrapa el dinero del público que ellos desearían meter en su propio bolsillo, sino como un trampantojo moral. La energía que se ha gastado en cinco años para confeccionar tales historias y cubrirlas con un disfraz respetable para lanzarlas al mercado podría impulsar gran número de proyectos útiles y honestos. Y no se ve el término de todo esto. Continúa aún la amenaza pendiente. El futuro se presenta ensombrecido con la perspectiva de esfuerzos siempre nuevos y siempre iguales de aquellos hipócritas que trafican en indecencias, veladas a medias, en nombre del beneficio social. ¡Fuera con tales intrusos en el campo del cinematógrafo!

El honesto entusiasmo por las películas de viajes y noticias de actualidad está bastante difundido. El don de ubicuidad del fotógrafo cinematográfico, la habilidad con que reproduce los acontecimientos en todos los lugares del globo y nos trae las noticias casi con la misma rapidez que los periódicos es digna de encomio. Tenemos ante los ojos una o dos veces por semana la vívida representación de la historia del mundo contemporáneo. He oído decir a muchos que les agradaría se dedicara a estas vistas mayor tiempo del que generalmente les señala el programa de los teatros. Los quince minutos que ocupan en un espectáculo que dura dos horas parece, por lo menos a algunas personas, una proporción demasiado mezquina.

Las películas que exhiben el lado bello o agreste de la naturaleza, y la civilización de los pueblos de regiones poco conocidas del mundo; que nos hacen visitar por delegación las ciudades extranjeras, el helado nor-

te, el exuberante sur, lejanas islas y continentes; viajar por ríos extraños y altas montañas; presenciar interesantes procedimientos industriales; conocer la figura y hábitos de las aves, bestias y peces, el desarrollo de las plantas y el descogimiento de las flores, tienen gran valor educativo. Los niños de escuela y los maestros pueden muy bien resolverse a echar de lado mapas, libros y globos frente a tales películas. Y sin embargo, es tan viva nuestra repugnancia a recibir instrucción en un lugar donde venimos a buscar entretenimiento, que pocos de nosotros dejamos de considerar una especie de imposición la inserción de estas materias en los programas. Películas de esta clase se hacen sólo dentro de cierta medida. Son un mero incidente en la partida. Van a guisa de adehala con la cinta principal. Se acostumbra exhibirlas antes o después del melodrama para descanso de la mente o del espíritu que se ha sentido o ha de sentirse profundamente emocionado con las complicadas aventuras del héroe o de la heroína o con la parte sentimental. En los establecimientos donde se alquilan películas, estos rollos quedan generalmente arrinconados en los estantes: ningún parroquiano cree que le acarreará ventajas ponerlos en exhibición. Ciertos fabricantes benévolos e idealistas declaran que han puesto valerosamente punto final a este ramo de su producción. Han vuelto a las películas de gusto general.

Me he preguntado a menudo si las películas cómicas representan un desenvolvimiento natural del espíritu de este pueblo. Si es así, ¿marca ello algún progreso del genio festivo norteamericano? A todo evento, significa a las claras el avance en una nueva dirección, y hemos de creer que la tentativa ha tenido éxito. Sólo existe un medio certero para que el gracioso descubra si es divertido. Debe hacer sus gracias y observar el efecto. Si los hombres ríen, lo habrá conseguido, y ésta es la respuesta a mi pregunta sobre Chaplin, "el gordo" Árbuckle y una docena más de actores que hacen piruetas, caen, dan puntapiés y lanzan carcajadas en todo el curso de la película. Son más conocidos que todos los bufones, payasos y comediantes de las cortes, el circo o la escena, en toda la historia de la humanidad. Ningún programa de cinematógrafo es completo si carece de uno o dos rollos cómicos, estilo que desde la sentida desaparición de Sídney Drew se traduce siempre en la peculiar variedad de "bofetadas y palos," que inició Charles Chaplin, y ha llegado a su apogeo con la compañía de graciosos que dirige Mack Sénnett. Se cree comúnmente que todos los chistes están encerrados en cierto número de fórmulas incluídas en el *Joe Miller's Jest Book* (Bufonerías de Joe Míller). Mas cualquiera que haya seguido el desenvolvimiento de la película cómica convendrá en que la comicidad se ha llevado más allá de los límites que la imaginación más extravagante hubiera podido concebir hace veinte años o siquiera cinco años atrás.

Ninguna palabra o movimiento de los que se exhiben en la película cómica podría ser recomendado como ejemplo a sus hijos por el padre de conciencia más rudimentaria. Y nada digo de sus cualidades de delicadeza y elegancia. No es mi propósito, repito, lamentarme en este artículo de nuestra civilización conforme aparece en las películas. Las películas cómicas divierten indudablemente, puesto que gran número de los concurrentes, de todas clases y condiciones, ríen a más no poder con tales escenas. Siguen con delicia sus incidentes durante media hora en cada tanda y se figuran haberse divertido indeciblemente. Si nos fuera dado transportarnos por un rato a Etiopía o a Seoul, mientras se exhibe esta clase de películas ante los naturales, presenciaríamos sin duda análogas e inequívocas manifestaciones de alegría. Deduciremos, en consecuencia, que los actores de "bofetada y palo" han hecho nuevos descubrimientos y sondeado profundidades desconocidas de la naturaleza humana; y que debemos por lo tanto rectificar nuestro criterio. No podemos imaginar forma alguna de extravagancia de que no hayan hecho uso durante los años en que han estado empeñados en el problema de descubrir la cuerda sensible, primitiva y universal, de la comicidad humana; pero la tumultuosa corriente sigue su curso. Si hay un infierno en la tierra, como lo aseguran sujetos bien informados, se encuentra indudablemente en aquellas latitudes, especialmente en la California meridional, donde

los hombres se torturan el cerebro y se arrancan los cabellos en el esfuerzo de inventar nuevas situaciones cómicas. Mi concepto en esta materia es que el grupo aquel de nuestro pueblo se da demasiado trabajo en tal sentido hace largo tiempo. Como muchos otros de nuestros enérgicos y vehementes ciudadanos, no piensan en el porvenir. Han exigido mucho y casi han matado a la gallina. Es posible, sin embargo, que tengan una reserva potencial mayor de lo que suponen sus más confiados admiradores. Pero, dadas las condiciones, es de temerse que muy pronto no puedan seguir adelante sin repeticiones, o sin retroceso, que es lo mismo. Me encuentro hoy dispuesto a declarar que se ha llegado al punto culminante, y conservaré esta opinión por lo menos hasta mañana.

El empresario de cinematógrafo se ofende de la censura. La simple indicación de que debe estar sujeto a responsabilidades, cuando su ardor por la ganancia le lleva demasiado lejos y se comporta mal, lo hace tildarme de Catón o Torquemada. Refúgiase en los antiguos decretos de nuestra constitución fundamental acerca de la libertad de prensa y de palabra, y nos dice que se infringe un derecho divino cuando se le manifiesta que no es decoroso exhibir en películas una mujer desnuda o presentarla en las intimidades de la alcoba, quizá a punto de dar a luz o pocos minutos después de verificado aquel acto (asunto no desusado en escenas de cinematógrafo), o cogida para el abrazo sexual o la violación; cuando se le dice que hace mal en escoger para su "drama" argumentos que se relacionen con el aborto, la restricción de la natalidad, el tráfico inmoral de mujeres y muchas otras materias que sublevan y que se eligen como tópico contando con la bien conocida curiosidad del público ante la discusión de tales temas.

Afirmo que la libertad de palabra no debe existir para el hombre que estima en tan poco su responsabilidad social. Individuos de esta clase no juegan limpio con la sociedad. Cuando forman su consejo de censura propio y confieren certificado de mérito a su propio estudio, a su película propia, simplemente para extraviar y confundir a las personas que se inquietan de tales asuntos, no hacen sino confirmar su mal comportamiento. Quieren hacernos creer que lo que se solicita del estado es superfluo, pues que ya está haciéndose por un grupo de voluntarios por propia elección. Se aproxima el tiempo en que tales manejos no desviarán la conciencia pública. Todo el Canadá se ha armado de la protección de la ley contra películas nocivas; cuatro de los cuarenta y ocho estados de la Unión—Pensilvania, Ohío, Kansas y Máryland—y la ciudad de Chicago sostienen comisiones para inspeccionar los millones de metros de cinta de celuloide que transmiten cada año sus impresiones a la mente de los norteamericanos. Necesitaría aumentarse inmediatamente el número de estados dispuestos a intervenir en el asunto; pero en la capital de todos ellos, donde naturalmente la sugestión se impone con más fuerza, un activo e ingenioso grupo de hombres y mujeres, empleados por el productor de películas, lucha por dominar las energías de aquellos que se esfuerzan por establecer esta medida indispensable para la reforma social.

Cuando en vez de cuatro populosos estados sean veinte los que hayan nombrado comisiones de esta índole, trabajando por un fin común, habremos secado la fuente del mal. Se verá y se comprenderá que el provecho pecuniario no puede acrecentarse a favor de películas de escenas lascivas. La vulgaridad podrá seguir exhibiéndose, pero ni fabricantes ni vendedores harán dinero con indecencias; si su película es de esta índole, encontrará mercado muy restringido, en caso que llegue a ser aceptada. El empresario de películas tendrá que convertirse en ciudadano moral y correcto, como debió serlo por propio impulso obedeciendo desde el principio a los dictados del corazón.



INGLATERRA A COLUMBIA[1]

POR

MÁRGARET PRÉSCOTT MÓNTAGUE

Una de las situaciones más patéticas que la guerra pudiera crear es la imaginada por la autora como argumento de esta historieta, en el curso de cuya lectura arrastra al interesado lector, casi tan perplejo como el héroe mismo, hasta un desenlace de estoicismo y abnegación admirables en obsequio de ideales de una vieja y renovada amistad.—LA REDACCIÓN.

"DIOS mío, pero ¡qué extraños son los ingleses!"

Tal era la exclamación, llena de perplejidad, que el joven teniente Skípworth Cary de Virginia profería muy a menudo *in mente* durante su estancia en Dévonshire. ¿Había sido, por ventura, un loco confiado, se preguntaba, al aceptar tan ingenuamente la invitación de Chev Shérwood a pasar con su familia parte siquiera de su licencia en Bíshopsthorpe? Mas ¿por qué había de prever dificultades allí, en aquel rincón de Inglaterra, donde nacieron sus antepasados, cuando siempre se había llevado en tan buenos términos con sus camaradas ingleses en el frente? Ahora, sin embargo, aunque todos eran muy bondadosos para con él—por lo menos, estaba seguro de que intentaban serlo—tenía la sensación de encontrarse siempre en el aire; de algo que no podía percibir, pero que le hacía sentirse como un ciego que anduviera a tientas en un lugar extraño, o, peor todavía, como un toro en medio de un almacén de porcelanas. Estaba suficientemente preparado a encontrar diferencias de opinión entre ingleses y norteamericanos. Pero aquello que le vejaba no parecía originarse allí: era algo más profundo, algo más definido, estaba cierto; y, sin embargo, ¿qué era? Lo peor del caso era que sentía la bizarra impresión de que todos, esto es, Lady Shérwood y Gérald—Sir Charles no tanto—trataban de protegerle contra sí mismo, de evitar sus salidas, como él lo interpretaba. Esta situación le lastimaba y disgustaba, y hería su vanidad. ¿Era, acaso, algún pazguato social, y no se podía confiar en las maneras de un caballero de Virginia, sin que alguien le sugiriera el tono en Inglaterra?

Había estado en el frente durante varios meses con el Royal Flying Corps (real cuerpo de aviación); y cuando obtuvo su licencia, el jefe del cuerpo, capitán Chéviot Shérwood, descubriendo que intentaba pasarla en Inglaterra, donde apenas conocía a un alma, le había manifestado que su familia tendría mucho gusto en recibirle allá en Dévonshire; y Skípworth Cary, sabiendo muy bien que si las circunstancias hubieran sido a la inversa, su familia de Virginia se habría complacido enormemente en atender al capitán Shérwood, aceptó sin vacilar. La invitación había sido secundada por una carta de Lady Shérwood, madre de Chev; de suerte que, después de pasear en Londres algunos días, se dirigió a Bíshopsthorpe, muy ansioso de conocer a la familia de su amigo, a quien profesaba gran afecto. "Shérwood es el caballero más cumplido que jamás haya pertenecido a la aviación," había escrito a su casa; y con gran decepción de su familia, sus cartas hablaban mucho más de Chev Shérwood de lo que decían acerca de Skípworth Cary.

Y ahora que estaba allí, deseaba encontrarse muy lejos; llegaba hasta desear hallarse de nuevo en el frente bajo las órdenes de Chev. En el frente, sabía uno por lo menos lo que tenía que afrontar. Las tareas del frente podían ser rudas, pero siquiera no eran extrañas ni enigmáticas, ni afectaban internas corrientes ocultas que uno no podía adivinar. Parecíale que había tropezado con aquel irritante senti-

[1]El título en inglés es "England to America," mas, como se refiere en el cuento a los Estados Unidos y no a toda la América, tenemos a bien concretar la idea en los Estados Unidos, y, puesto que, desde el tiempo de Byron, se ha usado el vocablo *Columbia* como sobrenombre poético para los Estados Unidos, así lo empleamos aquí.—LA REDACCIÓN

miento de reserva desde el momento en que se presentó en el dintel del comedor donde hizo su primera aparición.

Tuvo al entrar la sensación de que habían estado aguardándole en tensa expectación, y de que a su llegada endosaron máscaras invisibles y comenzaron a representar una comedia. "Pero los ingleses no tienen el don de la escena," comentaba para sí, recordando más tarde lo acontecido.

Lady Shérwood se adelantó a saludarle en forma que habría sido muy agradable, si él no hubiera tenido la íntima percepción de que era forzada. Mas quizá era únicamente por efecto de la rigidez inglesa.

Luego, volviéndose hacia su marido, que se hallaba de pie contemplando fijamente la chimenea, a pesar de que por ser el mes de junio no había fuego que contemplar.

—Charles,—habíale dicho,—aquí está el teniente Cary;—con cierta entonación de la voz que él y su hermana Nancy tenían costumbre de designar en su casa como "el tono de mamá cuando quiere que papá tenga cuidado con lo que se hace."

A las palabras de su mujer, el anciano (y Cary se impresionó al observar cuán viejo y quebrantado parecía) se volvió en redondo de un golpe y le tendió la mano.

—¿Cómo está usted?—dijo bruscamente, —¿cómo está usted?—dándole luego la espalda de repente para mirar al hogar.

—¡Caramba! ¿Qué quiere decir esto? ¡No le he caído bien al viejo!—fué el rápido y alarmado comentario que Cary hizo parasí.

Sorprendióle a tal punto la mirada que el otro le arrojó, que involuntariamente buscó con la vista un gran espejo que había al frente para ver si tenía algo mal puesto en su uniforme. Pero no; todo parecía correcto. Entonces se trataba de él mismo o quizá de su país; probablemente el singular anciano no experimentaba simpatía por los norteamericanos.

—Y éste es Gérald,—continuó Lady Shérwood, con aquella entonación baja y remota que hacía al virginiano sentirse muy alejado.

Con genuino placer, aunque mezclado con cierta sorpresa, Cary se volvió a saludar a Gérald Shérwood, hermano menor de Chev, que según contaban las crónicas había sido aviador tan bizarro e intrépido como su hermano, hasta que fué herido en el rostro hacía cinco meses.

—Tengo muchísimo gusto de conocerle, —dijo amablemente Cary, con su voz meridional, velada y agradable, estrechando la mano que el otro le tendía y mirando con respeto el rostro surcado de cicatrices y los ojos sin luz.

Gérald rió ligeramente, pero su risa era de simpatía y su apretón de manos fué amistoso.

—Eso es muy norteamericano, ¿no es verdad? Debería hacerlo recordado y haberlo dicho primero. Dispénseme usted.—

Skípworth rió también.

—Sí;—aceptó;—generalmente expresamos el gusto de conocer a las personas en mi país, y no nos preocupamos de quién lo dice primero. Pero,—añadió,—no esperaba la suerte de encontrarlo a usted aquí.—

Recordaba que Chev se había lamentado de que probablemente su amigo no podría ver a Gérald, que por entonces se hallaba en Saint Dunstan, donde se ocupaban en la reeducación de los soldados ciegos.

El otro vaciló un momento, y luego dijo con cierto desmayo:

—¡Oh! Estoy en casa por poco tiempo. A decir verdad, sólo he llegado esta mañana.—

Skípworth advirtió la vacilación. ¿Acaso aquella antigua familia se había asustado a la idea de recibir a un salvaje de Virginia y había enviado a Gérald una señal de peligro y de solicitud de socorro? preguntábase.

—Estamos muy complacidos de que le fuera posible venir a vernos—dijo Lady Shérwood con cierta precipitación. Y otra vez tuvo Cary ocasión de observar que trataba de estimular a su marido.

Éste se volvió con dificultad, diciendo: —Sí, sí; muy complacidos. Bienvenido sea usted a Bíshopsthorpe, hijo mío,—como si su mujer hubiera tirado una cuerda, y él hablara automáticamente, sin saber lo que decía. Luego, como sus ojos se detuvieran un instante sobre su huésped, pareció a punto de lanzarse fuera de la habitación. Pudo dominarse, sin embargo, y dando vueltas en torno de la chimenea, continuó murmurando vagamente: "Sí, sí, sí;" como el lirón del cuento que se quedó dormido repitiendo: "Pestañea, pestañea,

pestañea," según Cary no pudo menos de pensar para sus adentros.

Pero, después de todo, aquello no era divertido, sino patético. ¡Vaya si estaba trémulo el pobre anciano! Skípworth pensó, con repentina contracción del corazón, que la guerra estaba acabando también con la gente que se quedaba en la patria. ¿Estaría su propio padre tan quebrantado como este anciano, y la alegre vivacidad de su madre se habría convertido en aquel concentrado alejamiento de Lady Shérwood? ¡No había que pensarlo, por cierto! Los Cary no habían sufrido como aquellos infortunados Shérwood, que perdieron a su hijo menor Curtin en los primeros días de la guerra, y contemplaban ahora al pobre Gérald tan trágicamente mutilado. ¡Dios mío, ocurrióle, cómo deben adorar a Chev! Y naturalmente les agradaría oír hablar de él.

—Dejé a Chev más fuerte que nunca, y me encargó cien mil cosas para ustedes,—dijo, juzgando más discreto transmitir en esta vaga forma el mensaje de Chev que repetir sus palabras llenas de jovial aturdimiento: "¡Oh! diles que estoy tan alegre como una campana."

Mas evidentemente había algo impropio en sus palabras, porque experimentó al punto aquella curiosa sensación de reserva de parte de sus huéspedes. Rememorándolas apresuradamente, decidió que debía obedecer a que les habían parecido demasiado familiares partiendo de un extraño tan joven como él. Ocurrióle que no les agradaba que hubiese nombrado a su amigo por su nombre de pila. ¡Caramba, con la tiesura! ¡Su familia—la de Cary—su padre, su madre y Nancy, habrían saltado de gusto ante cualquier recado suyo, aun cuando se transmitiera algo desmañadamente! Cediendo, sin embargo, al criterio de la familia, añadió:—Pero, por supuesto, ustedes habrán recibido noticias posteriores del capitán Shérwood.—

A lo cual respondió Lady Shérwood, tras ligera pausa:—¡Oh, sí¡—con aquella voz suya remota e incolora que podía significar muchas cosas o carecer en absoluto de significación.

En este momento se anunció que la mesa estaba servida.

Lady Shérwood separó a su marido del apagado hogar, y Gérald deslizó su brazo bajo el del virginiano, diciendo jovialmente:

—Estoy aprendiendo a manejarme solo bastante bien en Saint Dunstan, pero he de confesar que todavía me agrada contar con un piloto.—

La contemplación del bien formado joven que llevaba de su brazo, cuyo rostro mutilado conservaba ciertas reminiscencias de las hermosas e intactas facciones de Chev, que había gozado de la libertad inmensa del aire y que ahora debía aprender a manejarse en la obscuridad, impulsó a Cary a ofrecerle su generoso homenaje.

—Sepa usted que el decir que tenía gusto de conocerle no era simplemente una acostumbrada cortesía de los Estados Unidos,—dijo con cierta cortedad, pero lleno de efusión.—Es inglés puro, y es la pura verdad. Deseaba inmensamente conocerle. Los veteranos nos cuentan siempre a los novatos las gloriosas hazañas realizadas por usted. Withers no se cansa de referir el combate que usted sostuvo con cuatro aeroplanos enemigos. Y además,—prosiguió lleno de entusiasmo, —me siento feliz de encontrar la oportunidad de decir al hermano de Chev, al hermano del capitán Shérwood, quiero decir, lo que pienso de su hermano. Sólo que no puedo,—dijo, interrumpiéndose con una risotada,—no puedo encontrar exactamente las palabras que quisiera decir en su alabanza; pero le aseguro a usted que yo seguiría a ese hombre aunque fuera al infierno y al otro lado del infierno; o iría yo solo si él me lo pidiera. ¡Es el mozo más cumplido que jamás se haya visto en la aviación!—

Y de pronto sintió como si una ducha de agua fría le hubiera caído en el rostro, porque, después de un momento de pausa, el otro replicó:—Es muy amable de su parte,—con voz tan distante y tan seria que el virginiano estuvo a punto de darse de bofetadas. ¡Qué estúpido era de entusiasmarse en forma tan insensata con un inglés! Sin duda imaginaba que era de mal tono mostrarse complacido por las alabanzas a algún miembro de su familia. ¡Santo Padre! ¡Si Chev recibiera la Cruz de Victoria, quizá pensaría que era terrible hacer alusión a ello! Sin embargo, podría haberse creído que agradara a Gérald escuchar algunos elogios de su hermano. Mas luego, mi-

rando de reojo a su compañero, sorprendió en su semblante una expresión tan extraña de sufrimiento que le ocurrió de golpe que debía ser a causa de que ya él no podía volar; de que se encontraba en el umbral de la vida con incontables días de obscuridad ante sí. ¡Gran Dios¡ ¡Cuán cruel había sido de arrojarle al rostro a Chev! Lleno de remordimientos y con el deseo de enmendar su falta, tartamudeó:—Pero los viejos camaradas tienen siempre grandes discusiones acerca de quién era el mejor: usted o su hermano. Withers sostiene que usted valía más.

—¡Withers falta a la verdad!—exclamó el otro.—Nunca he llegado a la altura de Chev; nunca pude mantenerme dentro de una milla de sus operaciones, y nunca habría podido hacerlo.—

Habían llegado entretanto cerca de su asiento en el comedor, y el joven Cary se encontraba perplejo y desasosegado. Si bien Gérald no había apreciado los elogios tributados a Chev, había apreciado menos aún, al parecer, los que a él fueron dedicados.

La comida no resultó precisamente una fiesta. El virginiano observó que si era cuestión de hablar, sobre él caía todo el peso de la conversación; y ¡caramba! parece que el silencio no les estorba por estos mundos, comentaba desesperadamente para sus adentros, pensando en qué forma tan diversa se llevaban las cosas en los Estados Unidos. ¡Vaya que si en su tierra se producía un silencio, pasaba lo que en un gallinero con un huevo acabado de poner: todo el mundo se echaba a meter ruido al mismo tiempo, y en un instante quedaba dominado. Pero aquí la conversación decaía constantemente, y parecía que él fuera el único que tuviera el cargo de animarla. Sus tentativas para elogiar a Chev no habían sido coronadas por el éxito, y nuestro joven no podía comprender la razón de que ellos no quisieran oír hablar de guerra ni de aviación en presencia de Gérald.

Al cabo, en su desesperación, se lanzó a hacer descripciones de los Estados Unidos, encontrando para su consuelo que a la postre había dado con la nota conveniente. Todos se mostraban complacidos de escuchar anécdotas de su país, y Lady Shérwood inquirió cortésmente si los indios ocasionaban aún muchas dificultades; y cuando él aseguró que en Virginia, con excepción de la tribu de Pocahontas, las demás estaban medianamente sometidas, la dama aceptó la información con entera ingenuidad. Y él se sintió tan satisfecho de haber encontrado un tema que el auditorio recibía con evidente cordialidad, que se dejó arrastrar por completo, y terminó invitando a todos a visitar a su familia en Ríchmond tan pronto como la guerra hubiera concluído.

Gérald aceptó inmediatamente con visible entusiasmo; Lady Shérwood dejó escuchar ciertos murmullos corteses, sonriéndole de manera efusiva y casi maternal, a decir verdad. Aun el mismo Sir Charles, que había estado en contemplación ante su plato, como si no supiera qué hacer de su contenido, salió a la superficie por tiempo suficiente para murmurar:—Ciertamente, ciertamente, una idea magnífica. Los pueblos deben mezclarse, ¿no es así?—

Pero éste fué el único triunfo de toda la velada; y cuando el virginiano se retiró a su aposento, para lo cual pidió permiso al poco tiempo, estaba tan perplejo y desalentado que cayó en un agudo acceso de nostalgia.

—¡Cielos!—pensaba, al tumbarse en su lecho—supongamos que esto fuera la pequeña y antigua ciudad de Ríchmond, Virginia, Estados Unidos de América, en vez de ser Bíshopsthorpe, Ávery Cross, cerca de Wick, y todo lo demás!—Y a esta idea, se echó a reír. Inglaterra no era ciertamente una comarca tan extensa para suponer que los ingleses necesitaran ponerse rótulos inmensos por temor de extraviarse; ¿podría imaginarse cosa semejante?—Bien; de todos modos, supongamos que esto es Ríchmond y que el tren entra justamente a la estación de la calle de Byrd.—Se estiró muellemente y dejó que su imaginación reviviera las escenas habituales. El viento soplaba levemente, de manera que se difundía en las calles el blando y familiar perfume del tabaco, en tanto que multitud de gente en todo el largo del camino lo detenía tendiéndole las manos y exclamando: "¡Hola, Skip Cary! ¿Cuándo regresaste?" "¡Bienvenido a la tierra, muchacho!" "¡Toma! Mira lo que ha traído el gato!" Y llegaba así hasta el propio umbral de su casa, y entrando de frente, sorprendía a toda la

familia tomando el desayuno; y luego, ¡demonio! ¡pues no era domingo, y estaban tomando barquillos! En seguida su dócil fantasía le llevaba a la calle de Franklin, atravesando el parque de Monroe, y continuando hasta la casa de Miss Sallie Bérkeley. Antes de entrar estaba profundamente dormido; pero en su sueño, ella vino, ligera como un pajarillo, a recibirlo al pie de la amplia escalera, y luego. . . .

Mas cuando despertó al día siguiente encontróse con que no estaba en Virginia sino en Dévonshire, y que contemplaba, indeciblemente atónito, a una camarera blanca que levantaba las cortinas y murmuraba algo acerca de su baño. Y aun cuando pretendió estar dormido como un plomo, se daba cuenta perfectamente que la gente no se pone en sueños roja como un ladrillo. Y de nuevo erguíase ante su mente el problema de la conducta de la familia de Shérwood.

II

—Están empenados en un juego,—díjose a sí mismo, pasados algunos días. —Es decir, Lady Shérwood y Gérald; porque al pobre Sir Charles no le resulta. El juego es hacerme creer que están inmensamente satisfechos de mi visita, cuando en realidad hay algo en mi persona o en mis actos que los lastima.—

Casi estaba decidido a inventar alguna excusa y escapar; pero esto no era muy fácil, a pesar de todo. Recordaba que en las novelas inglesas viene siempre un telegrama de Londres; pero, ¡condenación! los Shérwood sabían muy bien que a nadie en Londres se le importaba de él un comino.

Lo que más le sacaba de sus casillas, decíase para sus adentros, era que aparentemente no les agradaba su amistad con Chev. Por lo menos, no les agradaba que él hablara de su amigo; y cuando quiera que intentaba expresar su efusiva gratitud por lo que Chev había hecho en su obsequio, sentía instantáneamente que se encerraban tras un muro de reserva, manteniéndose fuera de su alcance. Aquello le ponía perplejo, y le lastimaba y hería su dignidad. Concluyó por pensar que ellos juzgaban un atrevimiento de su parte el que siendo tan joven imaginara que un hombre como Chev podía ser su amigo; y si en realidad era esto lo que sentían, comprendió el joven que lo mejor que podía hacer era callarse.

Mas sea lo que fuere aquello que les desagradaba, tenían el deseo inequívoco de que la pasara alegremente. Él y la satisfacción de sus gustos parecían por el momento constituir su mayor preocupación. Y pasados los primeros días, comenzó efectivamente a sentirse en extremo complacido. De un lado, llegó a encariñarse con el ambiente antiguo del lugar y de la comarca adyacente, que él y Gérald exploraban juntos. Agradábale pensar que sus antepasados habían sido dueños de aquellos verdes prados y de las deleitosas y maduras sementeras. Y luego, que después de los primeros días no pudo dejar de notar que comenzaban a tenerle afecto, lo cual era tranquilizador naturalmente, y estimulaba la efusión de su amistad siempre pronta a desbordar. Además, tuvo casualmente un indicio acerca de lo que podía motivar aquella desazón. Pasaba delante de la puerta entreabierta del saloncito privado de Lady Shérwood cuando escuchó exclamar con voz destrozada a Sir Charles:

—¡Santo Dios, Elízabeth, no sé cómo puedes resistir esta situación! Cuando le contemplo tan hermoso y erguido, tan intacto, al lado de nuestro pobre hijo, y pienso . . . y pienso. . . .—

Skípworth escapó fuera del alcance del oído, comprendiendo ahora aquella expresión de odio que tanto le había impresionado al principio en los ojos del anciano. Naturalmente que debía ser aborrecible para el pobre viejo el mirarle al lado de Gérald. En cuanto al mismo Gérald, se entendía con él perfectamente. Era un compañero encantador, al tanto de las anécdotas e historia de la comarca, que había explorado evidentemente palmo a palmo en los viejos días con Chev y con Curtin, el hermano menor. Pero aun con Gérald sentía Cary en ocasiones aquella reserva y alejamiento y aquel aire de protección que todos afectaban a su respecto. Por ejemplo, una tarde hallábanse ambos tendidos en el césped del parque. El virginiano, con su espontaneidad acostumbrada, habíase lanzado sin darse cuenta a describir uno de los atrevidos vuelos de Chev, cuando notó de pronto que Gérald se había dado vuelta sobre la hierba, enterrando el rostro entre las

manos; e interrumpiéndose desmañadamente:

—Pero, de seguro,—dijo,—él les habrá escrito acerca de este incidente.

—No; o en caso que lo hiciera, no ha llegado a mi conocimiento. Continúe usted, — respondió Gérald con voz ahogada.

Una enorme oleada de compasión y remordimiento envolvió a Skípworth, quien exclamó con tono penitente:—¡Qué estúpido soy! ¡Continuamente me olvido y vuelvo al tema de la aviación, cuando sé que eso debe lastimarle a usted endemoniadamente!—

El otro respiró con dificultad.

—Sí;—admitió;—lo que usted refiere me hace sufrir en cierto sentido . . . en un sentido que usted no puede comprender. Pero, con todo, me agrada escucharlo. Siga contándome las proezas de Chev.—

De manera que Skípworth continuó su narración, resumiendo:

—No creo que exista otro hombre en el servicio que hubiera podido realizarlo; pero le digo a usted que su hermano era uno entre un millón.

—¡Dios Santo! ¡Lo sé perfectamente!—profirió el otro.—Los tres hermanos éramos los camaradas más alegres que se pudiera encontrar;— continuando luego con voz ahogada:—Chev, el menor, y yo; y ahora. . . .—

No terminó la frase, pero Cary adivinó su significado. Ahora el más joven, Curtin había muerto, y el mismo Gérald estaba inutilizado. Pero ¡cielos! pensaba el virginiano, ¿si creerá Gérald que Chev ha de quererle menos a causa de su ceguera? ¡Vaya! ¡Apostaría a que eso no sucederá!

—¡Chev lo quiere a usted inmensamente! —exclamó, en ardiente defensa de la lealtad de su amigo.—Muchísimas veces que hemos estado divirtiéndonos juntos, daba él cualquier excusa y se retiraba, y Withers me decía que era porque sufría terriblemente por la desgracia de usted. Withers refería haberle oído decir que preferiría con mucho que le hubiera tocado a él. ¡Puede usted confiar eternamente en su cariño!—

Gérald lanzó un terrible sollozo ahogado. —Sé muy bien . . . sé muy bien que él sentiría de ese modo,—profirió.—Siempre nos hemos querido muchísimo.—Y luego hundió el rostro más y más entre la hierba, y su largo cuerpo se estremeció de arriba abajo. Pero esto no se prolongó mucho tiempo. Pasado un momento, recobró el tenaz dominio de sí mismo, murmurando:—Bien, tenemos que seguir adelante, suceda lo que quiera;—y dió excusas incoherentes:—¡Me juzgará usted loco de remate! Y . . . y todo esto no es muy agradable para usted, compañero.—Diciendo así, se sentó bruscamente y, poniendo de lado el tema, dijo:—Estamos frente al antiguo foso, ¿no es verdad? Se cuenta acerca de esto una interesante leyenda que quiero relatarle.—

Y así son las cosas, pensaba Cary; por mucho que Gérald sufra a causa de su desgracia, tiene que seguir adelante y procurar que su huésped la pase entretenido. Aquello hacía al virginiano sentirse como un extraño y como muy joven, puesto que sus huéspedes no le consideraban de edad suficiente para dar expansión a sus verdaderos sentimientos en su presencia.

Había notado también que la familia no parecía desear presentarlo a otras personas. Jamás le indicaban que les acompañara a sus visitas, y si alguien llegaba a la casa, demostraban un temor que casi se traducía en alarma hasta que conseguían eliminarlo. Aquello también afectaba su orgullo. ¡En nombre del cielo! ¿Qué era pues lo que tenían que reprocharle?

III

El último día de su permanencia en Bíshopsthorpe, sin embargo, díjose para sus adentros, con cierta risa lastimera, que sus maneras debían haber mejorado algo, porque le llevaron consigo a tomar el te en casa del rector de la parroquia.

Sentíase particularmente contento de ir allá porque, con motivo de ciertas bromas de Withers, que conocía a los Shérwood desde la infancia, había sacado en limpio que Chev y la hija del rector estaban comprometidos. Y precisamente como a él le habría gustado que Chev conociera a Sallie Bérkeley, deseaba él ser presentado a Miss Sýbil Gáylord.

Alimentaba muy pocas esperanzas de que se presentara la ocasión de tener con ella un *tête-à-tête;* pero, sin embargo, según

vinieron las cosas, aquello se realizó. Hallábanse todos reunidos en el jardín de la casa parroquial: Gérald y el rector, algo más atrás que Miss Gáylord y Cary, daban un paseo por una larga senda bordeada de altos setos. Al lado opuesto del vallado, Lady Shérwood y la esposa del rector conversaban sentadas todavía a la mesa del te; y entonces fué que Cary oyó que Mrs. Gáylord decía distintamente:

—Temo que el esfuerzo haya sido demasiado grande para ustedes . . . deberían haberlo dejado con nosotros.—

A lo cual Lady Shérwood respondió con precipitación:

—¡Oh, de ninguna manera! Eso habría sido imposible con. . . .

—Venga usted . . . venga usted de este lado. . . . Quiero mostrarle el paisaje desde la glorieta,—exclamó Miss Gáylord casi sin aliento; y poniendo la mano sobre el brazo del joven, volvióse bruscamente hacia un sendero transversal.

Dirigiéndole una mirada, el virginiano no pudo menos que notar el temor y la angustia que revelaba su semblante. Era tan evidente que las palabras sorprendidas se referían a él, y se sintió tan perplejo ante la situación, que exclamó impulsivamente:

—Pero, ¡vamos! ¿qué tienen que reprocharme? ¿Por qué me encuentran tan difícil de sobrellevar? ¿Es que cometo yo alguna incorrección, o que no les agradan los norteamericanos? Realmente, desearía que usted me lo explicara.—

Ella quedó mirándole, con sus azules ojos llenos de tristeza y de inquietud.

—¡Oh, lo siento tanto!—exclamó.—¡Se sentirán tan afligidos de que piense usted cosas semejantes!

—Pero, ¿de qué se trata?—insistió.—¿No les gustan los norteamericanos?

—¡Oh, no; no es eso! ¡Todo lo contrario!—replicó ansiosamente.

—Entonces, ¿hay algo en mí que no les agrada?

—¡Oh, no, no! Eso menos que nada. ¡No piense usted que es eso!—suplicó la joven.

—Pero, ¿qué he de pensar, entonces?

—No piense usted nada todavía,—rogó ella.—Aguarde un poco, y después comprenderá.—

Estaba tan visiblemente mortificada que él no se atrevió a insistir más; y temiendo que ella le juzgara desagradecido, repuso:

—Bien, sea lo que quiera, eso no me ha impedido el pasar muy bonitos días. Se han esmerado en este sentido y han hecho todo lo posible por hacerme la temporada agradable.—

Ella levantó los ojos prontamente, y por esta vez comprendió el teniente con satisfacción que había dicho las palabras que se esperaban.

—¿En realidad, ha estado usted contento?—preguntó con ansiedad.

—Absolutamente,—respondió él con efusión.—Recordaré siempre la licencia tan alegre que me han proporcionado.—

La joven lanzó un pequeño suspiro de satisfacción:

—¡Oh, qué gusto tengo!—dijo.—Ellos querían que gozara usted de su licencia . . . eso era lo que todos queríamos.—

El teniente la miró con gratitud, pensando cuán linda aparecía en su rubia hermosura de inglesa, y cuán bondadosa era de preocuparse por que él gozara de su licencia.¡ Cuán diferente era de Sallie Bérkeley! ¡Vaya! ¡De ella podrían salir dos como su pequeña prometida! ¡Y qué tranquila! Sallie Bérkeley, vivaz y ligera, habría dado vueltas en torno suyo una y otra vez antes de que Sýbil hubiera tenido tiempo de pronunciar cuatro palabras. Y sin embargo, estaba seguro de que habrían sido amigas, tanto como lo eran él y Chev. Quizá llegarían a serlo después de la guerra. Y en seguida principió a hablar de Chev, con la certidumbre de que si la situación hubiera sido a la inversa, Sallie Bérkeley se habría sentido muy feliz de tener noticias de su novio. Instantáneamente percibió cierta inmovilidad tensa de la joven al escucharle. Aquello le complacía. Bien; la joven se interesaba muchísimo por su viejo amigo, pensaba; y aunque ella no daba respuesta alguna y evadía el semblante hiriendo nerviosamente las hojas del seto mientras avanzaban con lentitud, él continuó dejando desbordar su entusiasta admiración por el amigo.

Al cabo fueron a sentarse en una glorieta desde donde se divisaba un paisaje verde y encantador. Era aquel un pequeño paraje aislado y propicio a la intimidad. ¡Ah! ¡Si Sallie Bérkeley estuviera allí,

sentada a su lado! Y al pensar en esto ocurrióle picarescamente que con toda probabilidad Sýbil estaría echando de menos a Chev, conforme él extrañaba a Sallie.

Sentándose en el banco al lado de la joven, se inclinó, y dijo con sonrisa de inteligencia amistosa, casi fraternal:

—Estoy seguro de que usted desearía que estuviera sentado a su lado el capitán Shérwood en vez del teniente Cary.—

Tan pronto como estas impulsivas palabras hubieron brotado de sus labios, comprendió que había cometido un disparate, que había sido torpe e inexcusablemente indiscreto. Ella lanzó una exclamación ahogada, mirándole de hito en hito con sus azules ojos abiertos y despavoridos. ¡Santo cielo, qué efecto tan terrible había producido! ¡No era de admirar que los Shérwood no confiaran en su comportamiento en sociedad! No podía ofrecer excusas de palabra; mas pensó que por lo menos le demostraría que si había cometido una intrusión en sus secretos, estaba dispuesto a compartir con ella el suyo. Con torpe precipitación metió la mano al bolsillo del pecho y sacó el retrato de Sallie Bérkeley que siempre llevaba consigo.

—Ésta es la chiquilla de mis pensamientos,—dijo, ruborizándose hasta el extremo, pero infantilmente resuelto a dar satisfacciones, y orgulloso también de los encantos de su novia.—Me gustaría muchísimo que ustedes fueran amigas.—

Ella tomó el retrato en silencio, y durante un largo momento contempló el lindo y dulce rostro, tan intrépido, tan alegre y confiado, que le sonreía de manera tan insinuante. Luego hizo algo asombroso, algo que a él le pareció absolutamente fuera de la psicología inglesa; pero algo, sin embargo, que juzgó como el acto más delicioso que hubiera presenciado en su vida. Rodeando la fotografía con sus robustas manos, con un sentimiento de íntima protección, la alzó hasta sus labios, besándola ligeramente.

—¡Oh,chiquilla!—exclamó.—¡Espero que seas muy feliz!—

Aquel acto involuntario, tan tierno, tan fraternal, tan espontáneo, conmovió profundamente al virginiano.

—Un millón de gracias,—dijo, balbuciente.—Ella apreciará esto con el alma, lo mismo que yo; y estoy cierto de que ella desea para usted igual felicidad.—

Sýbil no contestó; pero cuando le devolvió el retrato; pudo él observar que sus manos temblaban; y sintió la convicción repentina de que si hubiera sido Sallie Bérkeley, habría tenido los ojos llenos de lágrimas. Pero como era Sýbil Gáylord, a todo evento, no había lágrimas en sus ojos; solamente una mirada cuya expresión jamás pudo él olvidar: la expresión de alguien mucho mayor, una expresión protectora, casi maternal; como si estuviera mirándolos hacia atrás a él y a Sallie Bérkeley desde un largo trecho en avance del camino de la vida. Ocurrióle que aquél debía ser el sentimiento general entre los ingleses en los últimos tiempos. Lo había sorprendido con tanta frecuencia en el rostro de los que le rodeaban que no pudo impedirse de aludir a esta circunstancia.

—Ustedes nos consideran terriblemente jóvenes e inconscientes a los norteamericanos, ¿no es así?

—¡Oh, no, nada de eso!—dijo ella en tono deprecatorio.—Jóvenes quizá, para estos días, sí; pero hay algo más: es que ustedes . . . y su patria . . . están tan intactos . ¡Y nosotros no quisiéramos que a ustedes les toque el sufrimiento!—añadió prontamente.

¡Sí; eso era! Ahora lo comprendía, y ¡cielos, qué hermoso era! La vieja Inglaterra había recibido heridas profundas, muy profundas. Era demasiado orgullosa para mostrar sus sufrimientos; pero de allí había nacido un gran cariño maternal por la recién venida. Sí; era muy hermoso; y esperaba que su patria lo comprendería.

Miss Gáylord se levantó.

—Allí están Gérald y mi padre en busca de usted,—dijo,—y yo tengo que retirarme. —Le tendió la mano.—Gracias por haberme enseñado el retrato de su novia, y por todo lo que ha dicho usted del capitán Shérwood; por *todo*, recuérdelo usted. Quiero que usted lo recuerde.—

Con una ligera presión de los dedos, se retiró, deslizándose entre los arbustos, y no volvió a verla más.

IV

Llegó así la última mañana de su permanencia en Bíshopsthorpe; y mientras se

vestía, pensaba que habría deseado que las cosas marcharan de otro modo; porque no podía definir hasta entonces aquel insuperable muro de reserva que se levantaba entre la familia de Chev y él, por la cual, a despecho de todo, había llegado a sentir verdadero afecto.

Encontró a todos reunidos en el comedor; y su última comida juntos parecía tan tirante y difícil como cualquiera de las anteriores. Terminó por último, sin embargo, y dentro de algunos minutos tendría lugar la partida.

—Nunca podré agradecer a ustedes debidamente los días tan agradables que he pasado en su compañía,—dijo, levantándose para despedirse.—Mañana veré a Chev, y le daré todos los pormenores de mi estadía acá.—

Luego se detuvo de golpe. Lanzando una ahogada exclamación el viejo Sir Charles se puso en pie desatinadamente, tropezando con la silla, y se precipitó a ciegas fuera de la habitación; mientras Gérald decía,—*¡Madre !*—con voz llena de súplica dolorosa.

Como si fuera una señal convenida de antemano, Lady Shérwood retiró un poco su silla de la mesa, cruzando con laxitud sus delicados dedos sobre las rodillas; suspiró luego débilmente, como si un pesado manto cayera de sus hombros, y mirando al joven que tenía ante sí, dijo, con el fino y pálido semblante iluminado por una especie de aureola:

—No, hijo mío; no. No podrá usted decírselo jamás a Chev, porque él ya no existe.

—¡Que no existe!—exclamó.

—Sí; —respondió ella casi en un murmullo, bajando la cabeza; y entonces tembló su rostro, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—¿No ha *muerto !*—gritó.—¡No Chev, . . . eso no! ¡Oh, Dios mío, Gérald, *eso* no!

—Sí;—replicó Gérald.—Le mataron dos días después que usted salió.—

Era aquello tan abrumador, tan inesperado y doloroso y, sobre todo, tan terrible, que el amigo a quien tanto amaba y admiraba hubiera desaparecido de la vida para siempre, que el joven Cary se dejó caer de nuevo sobre el asiento, y acurrucado allí, escondió el rostro entre las manos, lanzando grandes y extraños sollozos convulsivos al tratar de dominar sus sentimientos.

Gérald, rozando el borde de la mesa, avanzó apresuradamente hasta donde él se hallaba, y rodeó con su brazo el cuello del joven.

—¡Valor, querido camarada, valor!—díjole, aunque su propia voz desfallecía.

—¿Cuándo lo supieron?—pudo Cary preguntar al cabo.

—Recibimos el parte oficial precisamente la víspera de que usted llegara . . . y después hemos tenido detalles por Withers.

—¡Y me dejaron ustedes venir, a pesar de todo! ¡Y vivir aquí, cuando cada una de mis palabras debe haber sido . . . debe haber sido una verdadera *crucifixión* para cada uno de ustedes! ¡Oh, perdón! ¡Perdón!—exclamó desesperadamente.

¡Todo lo veía claro ahora! ¡Comprendía al fin! No era a causa de Gérald que no podían oír hablar de aviación ni de Chev; era que su corazón sangraba por el mismo Chev.—¡Oh, perdón!—balbuceó otra vez.

—Querido hijo, nada tenemos que perdonarle,—replicó Lady Shérwood.—No podíamos menos que conmovernos ante las generosas alabanzas que prodigaba usted a nuestro querido Chev. Nos agradaba oírle y le amábamos a usted por su cariño a su amigo; queríamos saberlo todo, pero teníamos miedo. Teníamos miedo de no poder dominarnos y de que usted lo supiera.—

Las lágrimas corrían aún por sus mejillas. Ahora no las enjugaba; parecía satisfecha de dejarlas por fin correr en libertad.

Cayendo de rodillas, el joven le cogió las manos.

—¿Por qué me ha dejado hacer una cosa tan horrible?—exclamó.—¿No podían confiar en que yo comprendería la situación? ¿No comprendían ustedes que yo le amaba tanto como ustedes mismos? . . . ¡No, no!—se interrumpió a sí mismo—Naturalmente no podía amarle lo mismo que su familia. Pero ustedes deben haber visto cuánto le amaba, cuánto le admiraba, cómo le habría seguido a cualquier parte; y por supuesto, si lo hubiera sabido, me habría despedido inmediatamente.

—Eso era precisamente lo que no queríamos que sucediera. Teníamos miedo de

que usted se despidiera y fuera a pasar por cualquier lado sus días de licencia en el aislamiento. Y hoy por hoy los días de licencia de un joven son cosa tan preciosa que nada debe intervenir para echárselos a perder . . . *nada*—repitió; y sus lágrimas cayeron sobre las manos del teniente como una bendición.—Pero creo que, a pesar de todo, no lo hicimos muy bien—continuó con afable contrición.—Usted era demasiado perspicaz y penetrante; adivinaba que había algo extraño en el fondo de las cosas. Siento mucho que no pudiéramos manejarnos mejor,—dijo, excusándose.

—¡Oh, qué gente más admirable, más maravillosa son ustedes!—profirió. —Preocupándose de mis placeres y de mi comodidad, mientras todo el tiempo . . . todo el tiempo. . . .—

Su voz se apagó bruscamente, porque su imaginación volaba de una a otra escena: el largo cuerpo de Gérald estremeciéndose sobre la hierba; Sýbil Gáylord deseando felicidad a Sallie Bérkeley desde el fondo de su propia tragedia; y la expresión remota del semblante de Lady Shérwood. Parecíanle ser ellos mismos, y encarnar al mismo tiempo una personalidad mayor aún que la suya propia: parecíanle manchas brillantes en el mosaico de una gran nación. Acudían a su mente frases familiares e inconexas: "Éstos son los que salen de la gran tribulación, y lavaron sus ropas." Nada había de sorprendente en que aparentaran ser de más edad.

—No habríamos podido hacer cosa semejante en los Estados Unidos,—dijo humildemente.

Tenía el deseo desesperado de encontrarse a solas; de esconder el rostro entre sus brazos y dar libertad a las lágrimas que le ahogaban; de sollozar por el amigo perdido y por aquel heroísmo noble y desgarrador de los suyos.

—Pero, ¿por qué hicieron eso?—insistía. ¿Acaso porque era yo su amigo?

—¡Oh! tratábase de algo de mayor significación—dijo Gérald prontamente.—Era cuestión de los dos países. Naturalmente, comprendíamos muy bien que ustedes no estaban por nosotros, ni querían estarlo; pero no podíamos evitarnos de sentir el deseo de que estuvieran de nuestro lado. Y cuando los Estados Unidos participaron al cabo en la guerra, y ustedes los jóvenes comenzaron a llegar, nos parecía que éramos nosotros mismos que regresábamos después de muchos años, y,—añadió, tras un sollozo que interrumpió sus palabras,—nos sentíamos muy felices de verlos en nuestra patria; anhelábamos la oportunidad de demostrarles los sentimientos de Inglaterra.—

Skípworth Cary se puso de pie. Las lágrimas derramadas por la pérdida de su amigo humedecían aún sus pestañas. Adelantóse y, tomando entre las suyas las manos de Lady Shérwood, las levantó hasta sus labios.

—Jamás olvidaré estas palabras, por mucho que viva,—dijo.—Muchos de entre nosostros han visto también manifestarse estos sentimientos de diferentes maneras. ¡Esté usted segura de que los Estados Unidos tampoco lo olvidarán!—

Ella contempló su radiante e intacta juventud con sus ojos tristes y hermosos, con la luz de la exaltación brillando todavía en medio de sus lágrimas.

—Sí;—dijo,—era, como usted ve (no sé cómo expresarlo con exactitud), era el sentimiento de Inglaterra hacia los Estados Unidos.



EL TRABAJO ORGANIZADO Y EL PÚBLICO

POR

ÁRTHUR RÍCHMOND MARSH

En las disidencias surgidas en los últimos tiempos entre el capital y el trabajo, el público ha desempeñado un papel pasivo de espectador desinteresado. Sin embargo, era el llamado a sufrir las consecuencias de la contienda industrial y de sus resultados. Va despertando al fin a la conciencia de sus derechos y de la fuerza potencial que encarna, y comienza a hacer ensayos para solucionar tales disidencias en forma equitativa, mediante un tribunal industrial recientemente creado en Kansas ante el cual se expondrán las diferencias que afecten la producción y distribución de artículos de primera necesidad, fallando el gobierno como legal representante del público. Las discusiones promovidas con motivo del establecimiento de esta institución son muy interesantes, pues que dan la medida del concepto de la clase obrera con relación a sus derechos y prerrogativas, y marcan a la vez el giro incipiente de la opinión pública en el sentido de que las cuestiones que afectan el bienestar del público general son de su propia incumbencia y le asiste el derecho de solucionarlas por medios legales. El autor trata estos puntos en el artículo siguiente con espíritu recto e imparcial.—LA REDACCIÓN.

Las cosas y las acciones son como son, y las consecuencias serân las que hayan de ser. ¿Por qué aspirar entonces a ser engañados?—*Bishop Butler's Sermons at the Rolls.*

ES UNA idea moderna aquella de que el trabajo industrial organizado y militante se presente ante el público considerándole su jefe supremo y el árbitro de sus destinos en última instancia. Hasta hace muy poco tiempo—a decir verdad, hasta mucho después de la terminación de la guerra europea y del establecimiento aparente de la clase obrera industrial en una posición de dominio indisputable en la sociedad, en virtud de la importancia que se atribuía a dicho gremio durante el período de la guerra y después de su terminación—el trabajo industrial y sus jefes de este y otros países imagináronse destinados a tratar únicamente con aquello llamado capital, limitando su significado a los propietarios y directores inmediatos de los recursos industriales del capital. Contra el capital exclusivamente, a fuer de propietario, se dirigía la lucha persistente de la clase obrera por el mejoramiento tanto absoluto como relativo de sus condiciones; y todos los esfuerzos para asegurarse salarios mayores, menos horas de labor, condiciones más favorables para el trabajo y otras ventajas en su posición social y económica se interpretaban en términos de un conflicto, una batalla con el renuente y antagónico capital. Puede decirse con exactitud que la terminología entera de lo que se conoce comúnmente como el movimiento de la clase obrera refleja y supone conflicto incesante entre el trabajo y el capital. Y esta terminología expresa ideas de carácter análogo, la principal de las cuales es que el fin y el objeto supremo del trabajo es alcanzar la victoria sobre el capital, ya sea en discusiones particulares o en una campaña general. Esto es tan positivo que se buscaría en vano en los discursos de los jefes y representantes de la clase obrera industrial, en las columnas de los diarios y publicaciones que defienden su causa, en los libros escritos para sostener sus intereses, la prueba de una percepción siquiera imperfecta por parte de los oradores y escritores de que nadie, ni siquiera los contendientes principales, el capital y el trabajo, se preocupan en lo menor de lo que pasa en uno y otro lado. Al público en general se le permite apenas colocar una palabra o una idea en los argumentos y discusiones sobre el tema de los derechos del trabajo y los deberes del capital, asumiéndose tácitamente que las funciones del público se reducen a una paciente aquiescencia y aceptación de las determinaciones alcanzadas por el trabajo y el capital después que estas entidades hayan arreglado entre sí sus diferencias.

Puede convenirse quizá que en el pasado había ciertas razones para esta parte en cierto modo innoble que se asigna al público, por cuanto jamás se reveló contra esta situación ni la rechazó por impulso propio. Ha demostrado, por el contrario, una disposición constante a considerar el conflicto entre el trabajo y el capital como asunto que no era de su incumbencia, con tal que no avanzaran los contendientes hasta la violencia material extrema poniendo en peligro la tranquilidad pública. Indudablemente cuando esta real batalla se desarrollaba en forma de huelga o paro, dejábanse oír en uno y otro lado ciertos vagos rumores acerca de la importancia de contar con el favor de la opinión pública en la controversia; pero la opinión pública a que se aludía no era en modo alguno la opinión pública en general con relación a sus propios intereses independientes y a sus derechos incontestables. No se suponía que el público general tuviera opinión alguna, como tampoco se suponía que tuviera intereses ni derechos algunos. Naturalmente, al cabo es el público quien paga la cuenta, provenga de dondequiera; pero más allá de esto no se le concedía participación eficaz alguna en los procedimientos; y hasta los últimos tiempos tampoco el público la demandaba.

Sin embargo, un cambio manifiesto se ha presentado recientemente en la actitud mental de la masa general del público a este respecto. Da indicios inequívocos de descontento ante el papel pasivo que se le ha adjudicado. Comienza a reflexionar sobre algunas de sus propias costas, pérdidas y sufrimientos cuando el trabajo y el capital están empeñados en una guerra industrial, y sobre las molestias e inconveniencias a que se le sujeta cuando la cuenta le es presentada, y necesita pagarla. Gradualmente se da cuenta de que tiene también intereses y derechos inabrogables que debe afirmar y defender tanto contra el trabajo como contra el capital; y trata de encontrar el medio y forma más conveniente de hacer eficaces estos derechos y estosi ntereses. Comienza a revelarse poco a poco contra el principio de que no tiene otro recurso que morir de hambre, de frío, sufrir que sus negocios se interrumpan y quizá se arruinen, soportar daños irreparables en su vida y sus asuntos, porque en esta o aquella industria de alcance nacional y relacionada con las necesidades de la existencia, el trabajo y el capital se han venido a las manos y se proponen continuar la lucha hasta el punto extremo de la victoria completa para un lado o para el otro. Y al moverse para proteger sus intereses y sus derechos el público, de acuerdo con sus nuevas ideas, se inclina muy poco a dejarse restringir por tradicionales fórmulas políticas, sociales y económicas, por grande que sea el elemento de verdad y de justicia que reconozca en tales fórmulas cuando están convenientemente limitadas en su aplicación. Aun cuando todavía se dirige ciega y confusamente en cierto modo hacia su objetivo, el público está determinado, no obstante, a encontrar alguna manera de arreglar las disputas industriales más importantes, de manera que a la vez que permita preservar la esencia de las fórmulas tradicionales, establezca una justicia más amplia que incluya al público y sus derechos e intereses incontestables.

El curso del debate sostenido en Nueva York en la noche del viernes de la semana pasada entre Mr. Samuel Gompers, presidente de la American Federation of Labor, y el gobernador de Kansas, Henry J. Allen, demuestra en forma patente cuán extremadamente desconcertante es esta nueva tendencia de la mente pública con respecto a las controversias entre el trabajo y el capital, para los hasta hoy confiados y seguros de sí mismos directores de la clase obrera industrial organizada en este país.

El tema inmediato de la discusión era el famoso—o infame, como Mr. Gompers y otros directores de la clase obrera lo llamarían—tribunal industrial de Kansas, de cuya creación por la legislatura de Kansas es responsable en gran parte el gobernador Allen. Los propósitos de este tribunal, según lo explican aquellos que lo concibieron y establecieron, es atender a las controversias industriales que afecten la producción y distribución de los artículos necesarios para la vida, alejándolas del terreno del conflicto entre el trabajo y el capital—conflicto que en última instancia se verifica a expensas del público—y solu-

cionarlas, no a favor de los métodos a menudo ilusorios e ineficaces de conciliación y arbitraje, sino sujetándolas a los procedimientos de la justicia administrada por el gobierno mismo, como representante del público. Mr. Gompers, como quizá era de esperarse, se manifiesta en completa rebelión contra la mera concepción de un tribunal industrial de esta naturaleza y contra el ejercicio de las funciones que se le adjudican, sosteniendo que destruye los derechos fundamentales más preciosos y las prerrogativas de los trabajadores industriales; que arruina el programa entero de la clase obrera sobre el mejoramiento progresivo económico y social; y que restringe por completo los ideales hacia cuya realización los obreros han encaminado y dirigido sus esfuerzos. El objeto de esta discusión era, a decir verdad, proporcionar a Mr. Gompers la oportunidad de expresarse ampliamente en esta materia, a la vez que abrir campo de otro lado al gobernador Allen para que sometiera las contenciones y argumentos de Mr. Gompers al análisis crítico sugerido por un nuevo punto de vista en relación con el asunto.

Los informes del debate revelan que Mr. Gompers, en sus ataques al tribunal de Kansas, se apoyaba casi exclusivamente en la aserción e insistencia sobre los principios generales, que no solamente creía fundamentales en la vida del pueblo libre norteamericano, sino que también debían aplicarse sin discreción ni limitación. No admitía, por ejemplo, reserva alguna con respecto al principio de libertad completa de acción para el obrero industrial individualmente. "Un hombre libre puede dejar de trabajar cuando le agrade," decía; "y las consecuencias a nadie incumben sino a él mismo." Y después: "¿Qué es la libertad? El derecho de gobernarse a sí mismo, la propiedad del hombre sobre sí mismo. El esclavo debe trabajar cuando su dueño quiere y se lo ordena. El hombre libre puede dejar de trabajar cuando quiera, y cualesquiera que sean las consecuencias y sufrimientos que ello implique son sus propias penas y no las penas de otro alguno."

La quinta esencia de la réplica del gobernador Allen a esta afirmación doctrinaria que Mr. Gompers hacía de principios inapropiados e ilimitados y sus implicaciones se encontrará en la pregunta que el primero propuso repetidas veces a Mr. Gompers, pero que éste se excusó de responder declarándola "poco honrada," "insidiosa" y otras cosas semejantes. La pregunta era la siguiente:

"Cuando cualquiera disidencia entre el capital y el trabajo provoca una huelga que afecta la producción o distribución de artículos necesarios para la vida, amenazando así la tranquilidad pública y poniendo en peligro la salud pública, ¿tiene el público derecho de mezclarse en la controversia, o es una cuestión privada entre el capital y el trabajo? Y si contesta usted por la afirmativa, ¿cómo protegería usted los derechos del público?"

Mr. Gompers no respondió a esta pregunta; pero era evidente que se encontraba lastimosamente perplejo. Desde su punto de vista, no podía responderse, a decir verdad. Lo más importante, sin embargo, es que la cuestión se propuso, y fué propuesta por una eminente personalidad pública que se encuentra en este momento desempeñando un puesto público, con la certidumbre de que refleja un nuevo punto de vista de la masa general del público, dentro o fuera del estado de Kansas, con respecto a las controversias industriales y a lo que sea posible hacer para solucionarlas. El tribunal industrial de Kansas puede representar o no un medio adecuado de realizar lo que este nuevo punto de vista implica; pero si este medio no da resultados, se encontrarán otros más eficaces.



EL PROBLEMA DEL ORO

POR

JOHN CLAUSEN

El problema del oro presenta dos aspectos, a juicio del autor de este artículo: en primer lugar, el relativo al mantenimiento del patrón de oro en el futuro; en segundo lugar, el relativo a la producción y abastecimiento de aquel metal precioso en la proporción que requerirán las condiciones económicas venideras. ¿Debe mantenerse el patrón de oro, universalmente adoptado hasta hoy? El autor opina que sí, pues las transacciones del crédito internacional se realizan actualmente teniendo por norma la unidad de valor del oro, y toda alteración vendría sólo a crear nuevas confusiones. Si el patrón de oro se abandonara, no habría en reemplazo producto que inspirara igual confianza y desempeñara su papel en forma más práctica. Respecto del abastecimiento del metal amarillo, la producción no marcha parejas con el incremento de las riquezas mundiales. El desarrollo económico futuro demandará existencias mucho mayores de oro; por consiguiente la producción, que hoy decae, debe estimularse hasta una máxima capacidad, dedicándose por entero al establecimiento de una sólida base para el crédito internacional.—LA REDACCIÓN.

UN GRAN hombre dijo cierta vez: "La necesidad abre nuestros ojos a las ventajas de principios nuevos;" y, a mi juicio, tal es el estado en que ahora se encuentran esta y otras naciones. La más formidable de las guerras ha alterado las condiciones de tal modo que métodos y usos diferentes de los conocidos o empleados hasta hoy deben necesariamente reemplazar a los antiguos a fin de marchar parejas con el nuevo orden de cosas. Entre las cuestiones más importantes, figura la de saber si la futura norma de valor en el mundo será el oro o una combinación de oro y plata; y en este último caso, qué efecto tendrá el cambio en el poder comercial de las naciones. Es obvio que si se adoptara un patrón bimetálico como medio circulante, la cuestión del valor entre los metales mismos adquiriría vital interés. También puede ser que, para las necesidades prácticas del público, sobrevenga la escasez del oro que circula con fines comerciales, o que la escasez afecte la posición de gobiernos y bancos respecto de las facilidades de obtener aquel precioso metal en proporción al pasivo.

Este importante asunto puede mirarse bajo muchos aspectos interesantes; pero creemos de utilidad general relatar aquí lo que ocurrió en este país durante la guerra civil y después del conflicto.

Como resultado inevitable de la política gubernativa que impuso a los bancos una carga demasiado pesada, las instituciones financieras de Nueva York y otras partes se vieron obligadas a suspender los pagos en metálico durante la guerra civil, lo cual ocasionó, subsiguientemente, la suspensión de la tesorería nacional.

A principios de 1862, se presentó un proyecto de ley con el objeto de dar carácter de moneda legal a los títulos públicos, y aunque la medida se consideró inconstitucional, quedó convertida en ley en febrero del mismo año. Después de algunas reformas introducidas en la ley, se autorizó la emisión de papel moneda pagadero al portador, y por un máximum de cuatrocientos millones de dólares. Cuando se emitió el papel moneda, creyóse que circularía a la par con el dólar de oro, el cual contiene 1.50 gramos de metal fino; pero un año después de aprobada la ley sobre moneda legal, el papel moneda tenía sólo un valor de conversión equivalente a 94 centigramos de oro. El valor se elevó en agosto de 1863 a 1.19 gramos; pero disminuyó en julio de 1864 a 57 centigramos, el punto más bajo alcanzado. El premio de que entonces gozaba el oro era tal que un dólar en papel moneda no representaba más de treinta y seis centavos en oro acuñado.

El ejemplo más notable de especulación ilícita durante aquel período fué la llamada "conspiración del viernes negro," el 24 de septiembre de 1869. Un grupo de especuladores acaparó gran cantidad de oro, creando una escasez artificial, de modo que sólo podía obtenerse metálico de aquel grupo y en condiciones ruinosas. Esto originó muchas quiebras, y para reprimir el juego del oro y reducir el premio, se aprobó la

ley contra aquella especulación; pero como no produjo considerable baja del premio, la ley fué pronto abrogada.

En junio de 1862, el congreso autorizó el uso de "sellos y otros timbres de los Estados Unidos" como dinero, a causa de la demanda de moneda pequeña, sin embargo de que circulaban los billetes menudos, llamados *shinplasters*[1] por valores de cinco, diez, veinte, veinticinco y cincuenta centavos.

En algunos de los estados occidentales, se trató de continuar efectuando los pagos en dinero contante cuando éstos habían sido suspendidos en los estados orientales; pero sólo a California cupo la distinción de mantenerse sobre sólido fundamento metálico durante la guerra civil. En Nueva York algunos de los bancos se creyeron capaces de continuar realizando pagos en metálico; pero, si las memorias son completas, ninguno lo hizo a excepción del Chemical National Bank. Es digno de recordarse que este banco no suspendió sus pagos en dinero contante ni durante el pánico de 1857 ni en el desastre general de 1861, y que continuó empleando oro para cumplir sus obligaciones durante doce años después de que el gobierno comenzara a rechazar los billetes nacionales convertibles a demanda. No fué hasta 1876 que el oro se vendió a la par en los Estados Unidos.

Desde aquel período, el acontecimiento más notable ha sido el pánico de 1893, al que siguió una depresión general en todo el país dando por resultado la exportación de una fuerte suma de oro a Europa. Las reservas de la tesorería bajaron tanto en noviembre de 1893 que se recurrió a la venta de cédulas públicas; en realidad, las existencias de moneda acuñada se redujeron hasta grado tal que los billetes por oro en circulación excedían la moneda acuñada, y parte de los títulos estaba representada por metal en barras. Nuevamente, en febrero de 1895 así como en julio del siguiente año, fuertes sindicatos encabezados por banqueros prominentes de Nueva York realizaron la difícil tarea de alentar las finanzas públicas, y se debió principalmente a sus gestiones el mantenimiento del patrón de oro en los Estados Unidos. El buen resultado de esas gestiones tuvo profunda influencia en los negocios, y al comprenderse que el oro obtenido en el extranjero no iba a perderse inmediatamente como había ocurrido en anteriores ventas de títulos, revivió la confianza, y la posición financiera de los Estados Unidos mejoró tanto a ojos de Europa que se pudieron poner en circulación importantes sumas de valores norteamericanos en el exterior.

En agosto de 1914, el cambio exterior quedó quebrantado, y para remediar el mal realizóse una combinación de los recursos de oro: bancos y banqueros influyentes en todo el país celebraron un arreglo comprometiéndose a efectuar transferencias postales y telegráficas a Europa, en lugar de exportar oro; lo cual contribuyó a restaurar el orden y la confianza.

Durante algunos años antes de la declaratoria de guerra en Europa, Francia, Rusia y Alemania especialmente habían estado empeñadas en reñida competencia para obtener oro; y ello ocasionó un rápido aumento en las existencias de sus grandes instituciones oficiales. Por esta razón, al estallido de las hostilidades, encontramos a dichos países en la cúspide del incremento de sus reservas de oro.

El embargo, universalmente adoptado, puso de manifiesto con claridad el deseo de todas las naciones comerciales de fiscalizar y retener sus existencias en oro. En cuanto a los Estados Unidos, aparte de la necesidad de obtener licencia del gobierno para exportar oro acuñado o en barras, la circulación de metálico no ha sufrido restricciones en el país, si bien bancos y particulares han encaminado sus esfuerzos para cooperar armónicamente con el gobierno a fin de concentrar las existencias nacionales en los bancos de la reserva federal.

Uno de los rasgos económicos más curiosos de la situación actual es el de haber demostrado claramente que resulta posible tener demasiado de una cosa buena, aunque se trate del oro. Así lo comprueba elocuentemente la posición financiera de las naciones escandinavas, donde la ley ha ido

[1]Expresión familiar y festiva en los Estados Unidos para designar una especie de pagaré impreso que se puso en circulación por la escasez de moneda menuda durante el pánico financiero que comenzó en 1837, y en el primer período de la guerra civil de 1861. La verdadera traducción de *shinplaster* es "parche para la espinilla," aplicándose tal nombre a cierta clase de sinapismo con que la gente pobre acostumbra curarse los dolores de piernas.—LA REDACCIÓN.

hasta el extremo de relevar a los bancos oficiales de la obligación constitucional de comprar oro y acuñar el que recibieran con tal propósito. Esto, naturalmente, impidió a países que comercian con Escandinavia pagar sus compras en oro, y el cambio de mercaderías fué el único camino abierto para llevar a cabo transacciones comerciales.

Recientemente se ha dicho que el mundo está dividido en dos clases de naciones: las que se niegan a aceptar oro, y las que rehusan enajenarlo. Pregúntase a veces cómo es posible que haya quien no consienta en recibir un pago en oro; pero ello se explica recordando que el oro en tejos o en moneda extranjera no es en todas partes moneda legal. A nadie podrá inducirse en Escandinavia, por ejemplo, a recibir barras de oro o águilas norteamericanas en pago de mercaderías y para hacer frente a otro pago que sea forzoso efectuar en la moneda legal circulante en Dinamarca, Noruega o Suecia.

La emisión y circulación de créditos en papel, en las naciones más poderosas del mundo, ha excedido considerablemente la proporción normal de sus existencias de oro, y tal estado de cosas ha producido una inflación de magnitud alarmante. Sin embargo, la idea de que naciones europeas puedan repudiar parte de las deudas que contrajeron en la guerra, a fin de reducir la suma del medio en circulación pendiente contra cédulas o títulos públicos, carece evidentemente de fundamento. Las finanzas se han vuelto asunto internacional, en lugar de nacional, y la historia monetaria de cada país tiende cada vez más a fusionarse con la de todo el mundo civilizado.

El crédito internacional está firmemente establecido sobre el patrón de oro, y ningún país tiene interés en alterar la norma actual, aun cuando se arguye que, a pesar de un gran incremento en la producción de oro, ello no constituye necesariamente una garantía de que el patrón universal de oro prevalecerá, porque sólo representa una gota en el vaso de nuestras necesidades futuras. Por consiguiente, si se quiere que el crédito mundial continúe basándose en el oro, se requerirá hasta la última onza de la producción como fundamento sobre el cual se levanten las finanzas nacionales e internacionales.

La producción de oro es una industria vitalmente esencial que, por obvias razones, debiera fomentarse hasta máxima capacidad. Sin embargo, a nadie se oculta que, teniendo un valor fijo el metal amarillo y subiendo rápidamente el costo de materiales, los salarios y el transporte, aquella industria se encuentra seriamente afectada en sus condiciones actuales, y parece inevitable que muchas de las minas productoras se verán compelidas a suspender el trabajo, si no reciben en alguna forma la ayuda oficial.

En una carta dirigida a Mr. Charles A. Súlser sobre las condiciones actuales de la producción de oro en Alaska, el ministro de hacienda expresó claramente la actitud del gobierno de los Estados Unidos al decir:

> Comprendo muy bien que, encareciendo las materias primas, subiendo los salarios y teniendo su producto un valor fijo, los mineros de oro afrontan condiciones difíciles. No obstante, lamentaría que por esta razón hubiera desaliento en el esfuerzo para producir oro. En ninguna época ha requerido este país tanto como ahora la mayor producción possible de oro. . . .
>
> . . . Con el objeto de colocar la enorme suma de títulos públicos requerida para sufragar nuestros gastos bélicos, tendrá inevitablemente que erigirse un gran edificio de crédito sobre nuestras reservas de oro; y es necesario que esas reservas, cimiento del edificio, descansen sobre la base más amplia.

Hay quienes arguyen que si el gobierno aprobara un plan para aumentar el valor del oro, de $20.67 a $30.00 ó $40.00 la onza fina, por ejemplo, sería posible pagar títulos públicos con sólo la mitad del metálico requerido en otra forma para amortizar créditos de papel pendientes. Esta medida, radical para decir lo menos, tendría efecto desastroso en todos los créditos y se reflejaría especialmente en el costo de la vida, el cual subiría con toda probabilidad a límites inaccesibles para la persona de ordinarios recursos. Aumentando el valor del oro o fijándole un premio no se le confiere necesariamente un mayor poder adquisitivo, sino que, en el arreglo final, se perturba seriamente la base del crédito internacional.

Cuando la paz se restablezca al fin, el mundo entero afrontará un período de gran incertidumbre financiera e industrial, y la tarea de atravesarlo con buen éxito de-

mandará todos los recursos del arte de gobernar que la civilización ofrece. Aumentar esa incertidumbre alterando la norma de pago internacional sería medida absolutamente fútil para resolver la situación y sólo crearía una confusión mayor.

Las principales naciones del mundo han adoptado el oro como base de su sistema monetario. El precio de este metal es el mismo en todas partes e igualmente estable el tipo de $20.67 por onza fina. Bien puede ser anómalo que la civilización dependa del abastecimiento de cierto metal como medio de pago; pero se requerirá gran habilidad para encontrar un substituto práctico del oro que gane el favor y la confianza conquistados por aquel metal precioso. El mero hecho de haber sido elegido por las naciones comerciales más avanzadas demuestra que es el mejor producto para empleo práctico como tipo.

La distribución desproporcionada del oro entre las naciones atrae la atención hacia el estudio del papel que este metal juega y el papel que jugará en el futuro en los asuntos económicos del mundo. Para el observador prolijo, es evidente que el aumento de la producción de oro no marcha parejas con el aumento de valor de las riquezas mundiales.

Las grandes sumas de títulos acumuladas por las naciones, las enormes emisiones de papel moneda, la consolidación de deudas y la reanudación de los pagos en metálico, figuran entre los más urgentes y difíciles problemas que hoy afronta el mundo. Esto viene sólo a comprobar que el oro es una necesidad para el crédito y la unidad financiera de las naciones; y para sostener ese sistema juzgamos esencial establecer una base adecuada de oro.

Uno de los primeros actos del gobierno británico, después de verse la Gran Bretaña impelida a la guerra, fué asegurar la salvaguardia del oro producido en sus minas, tomando medidas para depositar al crédito del banco de Inglaterra las nuevas existencias que se produjeran en el Canadá, África del Sur y Australia. Este arreglo ofreció muchas ventajas, tendiendo a facilitar muchísimo la concentración del metal donde más se necesitaba para el pago de deudas, y la Gran Bretaña ha empleado liberalmente en esta forma sus existencias en oro para atender obligaciones inmediatas.

El enorme incremento en créditos y papel moneda circulantes en todos los países del globo reacciona profundamente en el abastecimiento actual y futuro de oro, y parece oportuno examinar brevemente la influencia relativa de aquel aumento en los precios en general, que en tiempos normales oscilan adaptándose a la oferta y la demanda de crédito y oro. Si precios y salarios aumentan, por ejemplo, en tanto que se paguen en oro, se requerirá una suma proporcionada de dinero para hacer frente al encarecimiento de costos. De ahí se deduce lógicamente que se necesita mayor suma de dinero circulante para satisfacer la demanda. Así como la cantidad de oro disponible como dinero ejerce influencia en el alza o abaratamiento de los precios, parecería igualmente cierto que a medida que el comercio internacional progresa y el sistema de crédito se ensancha, un incremento en la provisión mundial de oro es asunto de vital importancia.

Verdad que en la práctica se balancean muchas transacciones de compra y de venta unas contra otras; pero sin base monetaria ningún sistema financiero es posible en país alguno que observe el patrón de oro.

La tendencia a un alza constante en los precios, que probablemente continuará por algunos años; el encarecimiento de la vida y la importancia de adaptar los salarios a los precios; las deudas crecientes de las naciones, que se extienden por largos períodos; el problema de una norma universal de valores; el desarrollo del comercio y la banca; el crecimiento de la población y las riquezas: todas son cuestiones cuya importancia crece con los tiempos. Con el descenso en la producción de oro y un alza considerable en los precios del oro, se presenta un serio estado de cosas, susceptible de afectar la posición económica internacional de todos los pueblos.

Asistimos al alba de un futuro financiero y comercial más grande, y si bien la situación está llena de graves dificultades, debemos arrostrar las condiciones como se presentan, llegando a una solución práctica y segura mediante franca y libre discusión.

COOPERACIÓN ENTRE LA INDUSTRIA Y LAS UNIVERSIDADES

POR

HOLLIS GÓDFREY

Las universidades y la indusrtia, que tan brillante papel han desempeñado en los azarosos días de la guerra, tienen ahora frente a sí una importante misión en las labores del tiempo de paz. El autor ha estudiado a fondo y presenta a la consideración del público un plan de acción cooperativa y conjunta de la industria y las universidades, plan que ha encontrado ya el apoyo de muchas empresas industriales y de eminentes instituciones educadoras, a fin de que éstas, de acuerdo con la industria, consagren su atención a la preparación de hombres capaces de dirigir, administrar y propender al adelanto de las industrias, mejorando así las condiciones anormales y difíciles de la vida actual.—La Redacción.

LA CONVENIENCIA de establecer una cooperación eficaz entre la industria y las universidades se desprende de tres requisitos esenciales a la humanidad en la época presente: primero, la necesidad de impulsar hasta donde sea posible la capacidad actual de producción y distribución para contrarrestar la escasez de productos que ha producido el alto costo de la subsistencia, el desasosiego social y la confusión industrial; segundo, la necesidad de desarrollar rápidamente nuevos métodos de producción y distribución para hacer frente a la escasez y las demandas del futuro; y tercero, la necesidad de preparar hombres idóneos para el manejo de los negocios (nos referimos a trabajadores industriales, desde el capataz hasta el presidente de la negociación), educación esencial para utilizar en forma completa los recursos industriales con que contamos al presente y para el pronto desenvolvimiento de nuevas capacidades en tal sentido. La solución satisfactoria de las dos primeras necesidades depende en gran manera de la eficacia y rapidez con que se consiga atender a la tercera. Los hombres convenientemente instruídos en las industrias no sólo prestarán ayuda directa en cuanto se refiere a los procedimientos de producción y distribución, sino que contribuirán de manera indirecta a aliviar la severa tensión que las condiciones anormales han hecho pesar sobre los jefes y obreros de las industrias. En el presente artículo, nos proponemos trazar un plan para la preparación de hombres idóneos para la administración de las industrias, mediante la cooperación entre la industria y las universidades.

I

Es verdaderamente alarmante el escaso número de hombres educados para la administración de los negocios. La afluencia normal de esta clase de hombres, proveniente de diversas fuentes, las universidades, las industrias y el extranjero, disminuyó considerablemente a causa de la gran guerra. Esta disminución asume carácter especialmente grave porque las condiciones industriales han sufrido notables cambios durante la guerra. Subsisten todos los antiguos problemas; y de otro lado, con la carencia general de operarios, el elevado costo de los productos en proceso de fabricación, el uso cada vez más extendido de aparatos técnicos y maquinarias especiales, una multitud de nuevos problemas han surgido para agregarse a los antiguos. Para satisfacer las demandas del progreso normal del comercio nacional y la anormal extensión del comercio extranjero, estos problemas deben solucionarse, y solucionarse en la forma conveniente. Sólo podrá alcanzarse este resultado atendiendo a la urgente demanda de hombres aptos para la administración, de hombres cuyos conocimientos y experiencia los hagan capaces de resolver los problemas de la industria.

Todo programa de enseñanza administrativa, para ser verdaderamente útil en las críticas circunstancias actuales, debe comprender ciertas teorías de organización y educación industrial. Las más importantes de estas teorías son las siguientes:

primera, que ningún administrador es verdaderamente eficiente sin instrucción ni experiencia; segundo, que la educación administrativa es más eficaz mientras mejor se coordinan la instrucción y la experiencia escolar con la instrucción y experiencia del taller; tercero, que esta coordinación puede obtenerse más fácilmente mediante la clasificación de los trabajos, del tipo de hombres requerido para tales trabajos y del proceso educativo más adecuado para formar tales hombres, debiendo cambiarse estas informaciones sin reserva entre la industria y las escuelas; cuarta, que si bien la industria se compone de hombres, materiales y dinero, la producción depende en su mayor parte de los hombres, porque los materiales y el dinero son cosas inertes hasta que los hombres las ponen en operación; quinta, que en la industria los hombres deben ser calificados en tres grupos: administradores (la cabeza dirigente), operarios (los brazos), y accionistas (los tenedores del capital derivado de previa labor mental y material), y que ninguna industria puede progresar sin la acción conjunta de estos tres grupos; y sexta, que los directores adiestrados en la escuela o en el taller, o en ambos, deben iniciar el primer paso en todo progreso industrial, debiendo estar supeditada a la suya la acción de las otras dos agrupaciones.

De la exposición de los hechos y las necesidades enunciadas, parece desprenderse que las poco satisfactorias condiciones actuales de la industria proceden en gran parte de la escasez de hombres competentes para la administración. De ser así, el remedio para estas condiciones, que afectan vitalmente el público bienestar, se encuentra en la formación de directores idóneos. Esto es factible. El primer deber social de la industria y las universidades es propender al aumento y competencia del personal administrativo mediante el desarrollo cooperativo de la educación en este sentido, a fin de asegurar mayor producción, eficaz distribución, menor esfuerzo ejecutivo y estabilidad de condiciones. Sobre esta base descansa el plan de cooperación entre la industria y las universidades.

Este plan cooperativo, reconociendo la necesidad de la ciencia y el arte de la administración industrial, propone especialmente la creación de un curso de enseñanza destinado a impartir los conocimientos indispensables para la dirección de los diferentes ramos de la industria. Con este fin propone utilizar las instituciones y recursos educativos existentes en la actualidad, tanto en la industria como en las universidades, y estimular el desarrollo de todos los nuevos recursos que puedan juzgarse necesarios. Propone que se redacte por ambas corporaciones y se mantenga al día una lista de los diferentes ramos del trabajo y de la instrucción requerida, indicando la industria el número y la clase de administradores que necesite, y dejando a las universidades la tarea de desarrollar el proceso educativo que deba aprontar el número suficiente de hombres preparados en la forma solicitada. Como se observa, en circunstancias ordinarias de cooperación, la industria asume el papel de consumidor, y las universidades el de productor. Partiendo del conocimiento mutuo de las necesidades industriales y de los recursos educativos, la producción y el consumo operan en forma razonada, coordinada, complementaria. Un programa formulado separadamente por cualquiera de ambas instituciones resultaría inútil y poco satisfactorio. Las ventajas de su formulación en conjunto se desprenden claramente, demostrando la íntima relación que existe entre la industria y la educación. Esto significa un gran paso hacia adelante.

Con el objeto de inducir a la industria y las universidades a marchar de acuerdo hacia un fin determinado, propone el plan la formación de un cuerpo combinado, industrial y educativo, como organización cooperativa. En esta obra de cooperación, la educación estaría representada por el consejo de educación de los Estados Unidos: única institución existente que representa los colegios de instrucción superior donde se educa a los alumnos para la administración comercial. La industria podría estar representada por una agencia análoga al consejo de educación. El principio de esta agencia industrial existe ya en un grupo de sociedades industriales nacionales que actúan provisionalmente de acuerdo con este plan, bajo el título de Consejo de Educación Administrativa. No parece ya exageración sostener que la importancia de este plan para el porvenir de la industria nor-

teamericana, para la educación, y para el progreso del estado puede difícilmente apreciarse en toda su extensión. Ninguna junta directiva de compañía alguna responsable por el dinero de los accionistas, ni junta alguna de síndicos de cualquiera universidad deseosa de que su institución preste verdaderos servicios a la comunidad, dejará seguramente de otorgar la consideración debida a este plan.

II

Una breve relación del génesis de este plan puede ser conducente a los fines de este artículo. La importancia de la cooperación entre la industria y las universidades se presentó por primera vez a la mente del escritor hace veinte años, al estudiar la instrucción en sus relaciones con la producción. La necesidad de esta cooperación le impresionó también vigorosamente en los seis años últimos, cuando se dedicaba al estudio de la educación cooperativa en el Dréxel Institute, como también frente a los diversos problemas de la producción que debía resolver el consejo de la defensa nacional. El tiempo dedicado al desenvolvimiento de este plan ha sido aproximadamente año y medio. El material coleccionado en relación con este asunto era tan considerable que se necesitaron tres meses para organizarlo en forma debida. Al cabo de este tiempo se llevó a efecto una inspección personal de los lugares, sobre la base de los trabajos realizados. La inspección ocupó seis semanas, durante las cuales se visitaron un grupo de grandes industrias y un grupo de universidades en el este, el oeste central, el sudoeste y el sur de los Estados Unidos. En abril de 1919, se formuló el proyecto de redactar conjuntamente las calificaciones especiales requeridas, conforme lo explicamos arriba, y fué sometido para su aprobación a un grupo de directores de universidades, a la consideración de la mesa directiva del Dréxel Institute, y por último, al rector McLaurin y al consejo de graduados de los clubs asociados del Massachusetts Institute of Technology. Estos diversos grupos aprobaron el plan y coadyuvaron a su progreso ofreciendo valiosas indicaciones. Formulado el plan por escrito, fué presentado en junio de 1919 a un grupo de directores de industrias y de universidades. Recibiéronse de todos lados indicaciones tan valiosas y juicios tan dignos de tenerse en cuenta, en número tal, que no es posible consignar detalladamente su procedencia en este artículo. Indicaremos solamente que el período preliminar de un año y cuatro meses terminó con una asamblea de los clubs asociados de tecnología, celebrada en el Dréxel Institute de Filadelfia, en la cual se presentaron las calificaciones redactadas conjuntamente por las autoridades de la industria y de las universidades allí representadas. En dichas calificaciones se habían considerado las diversas categorías de producto, proceso de manufactura y recursos, conforme lo hemos expresado anteriormente. Las calificaciones, finalmente revisadas, fueron sometidas a la aprobación de la asamblea, aprobadas, y se hallan ahora en vías de publicación. Ciento veintidós grandes compañías de los Estados Unidos, representando entre todas de siete mil a ocho mil millones de dólares de capital, habían consagrado su tiempo, su dinero y su energía a la preparación conjunta de estas calificaciones. Habíase consultado a más de cien directores de universidades acerca de este plan, y más de treinta directores de universidades y de setenta directores de industrias trabajaron personalmente en la lista de dichas calificaciones. El consejo de educación de los Estados Unidos había nombrado una comisión con este objeto antes de que se verificara la asamblea. Ambas comisiones se reunieron antes de que tuviera lugar la asamblea oficial, para discutir los resultados generales obtenidos y la norma que debía adoptarse en el futuro.

III

Aun cuando las calificaciones en detalle no estarán listas para publicarse hasta dentro de algún tiempo, creemos que sería oportuno consignar aquí ciertos hechos generales que se desprenden de los estudios e investigaciones realizadas hasta el presente. Casi todos los directores de industrias dividen su labor en tres grandes categorías: ingeniería, producción y comercio. La ingeniería, comprendiéndose el dibujo, construcción, conservación y nuevos desenvolvimientos de la instalación, maquinaria y fuerza motriz, es la división que aplica la

ciencia a las necesidades de la industria con el objeto de proveer los instrumentos materiales del trabajo. La producción, que comprende la transformación de las materias primas en el producto acabado, es la división que tiene a su cargo el espacio, las máquinarias, materiales y medios de transporte, valiéndose de la fuerza material, el dinero y los brazos, con el fin de obtener el producto elaborado. El comercio, que comprende los ramos de mercados, capitales y contabilidad, es la división que se ocupa en distribuir los productos, hacer los pagos de los gastos en todas las divisiones y consignar todas las transacciones realizadas, con el propósito de satisfacer las necesidades humanas y proveer nuevos capitales dedicados a nuevos desenvolvimientos de la industria.

Todos los directores desean contar con individuos preparados para desempeñar las tres labores principales de la administración: solucionar problemas, formular planes y enseñar; pero desean también que sean especialistas en alguna de las tres divisiones de la industria—ingeniería, producción o comercio—sin desconocer los métodos de las otras dos. Un administrador modelo debería conocer el comercio, en primer lugar, y secundariamente la producción y la ingeniería; de manera que sepa no sólo combinar los trabajos de su división con los de las otras, sino también proveer a las necesidades de las demás divisiones que tiene a su cargo. Por otra parte, los directores de industrias que han tomado parte en este plan han manifestado dos aspiraciones generales y significativas. Una de ellas se refiere a la conveniencia de que el administrador tenga cierto conocimiento de las leyes que regulan las relaciones humanas, de la parte que corresponde al hombre en lo que concierne a la salud y a la sociedad. La otra es que conozca algo de las leyes que rigen al estado donde vive, y de las facilidades y restricciones gubernativas, cuyos procedimientos están al presente tan estrechamente relacionados con la industria. A este respecto conviene observar que la industria en conjunto desea particularmente admitir en su campo de acción tanto al graduado en profesiones liberales como al ingeniero o al graduado en comercio, y conviene en que los doctores en medicina pueden pertenecer al personal de las industrias en calidad de médicos de la negociación, y los abogados como consultores de la empresa. En una palabra, las múltiples necesidades de la industria actual requieren individuos que hayan recibido cualquier género de instrucción, en cualquier centro de enseñanza; pero son más solicitados los hombres con amplitud de miras y sólida educación que aquellos que se distinguen únicamente en campo estrecho y determinado. Las autoridades docentes convienen en que podrían organizarse en tal forma los recursos de la industria y de las universidades que se obtuviera este tipo de educación en un lapso de tiempo razonable. Esto en cuanto se refiere al resultado.

Con respecto al proceso se reveló, por lo menos en sentido general, un nuevo e interesante desenvolvimiento. Cada uno de los grupos de industria general que se estudiaron aceptaba la responsabilidad de una parte de la obra, especialmente en lo que atañe a la práctica y al aumento de la producción. Propusieron, en consecuencia, cursos cooperativos durante las vacaciones del verano, o cursos cooperativos de ingeniería en el transcurso del año; y casi todos trazaron un curso regular progresivo en sus instalaciones, proporcionando a los estudiantes la oportunidad de aunar la teoría a la práctica. El hecho de que tales facilidades estuvieran al alcance de los estudiantes de arte constituye una fase especialmente interesante del proyecto.

Tanto las industrias como las universidades reconocieron que los métodos de enseñanza escolar debían decidirse en las universidades, y la instrucción que se juzgara conveniente en las instalaciones industriales sería decidida por los industriales; conviniendo, sin embargo, en que siempre que se proyectara en los colegios cierta clase de cursos en que fuera conveniente recibir indicaciones de la industria, se trazarían dichos cursos conjuntamente por la universidad y su respectivo cuerpo constituyente, o por la instalación industrial y su propia división de enseñanza, y no por grupos de negociaciones industriales con grupos de universidades. Mejor dicho, se ha reconocido que existe la relación general de las universidades en conjunto con todos los departamentos de la industria; la relación

de cada universidad con su propio constituyente; y la relación de cada instalación con la labor educativa de su propia negociación. El proyecto presentado aquí se limita, por consiguiente, a llevar a efecto el propósito general de establecer relaciones entre todas las industrias agrupadas en asociaciones y reunidas en consejo común, y todas las altas instituciones educadoras reunidas en el consejo de educación de los Estados Unidos.

En cuanto a recursos, tanto la industria como las universidades están deseosas de manifestarse mutuamente las facilidades que pueden ofrecer a la causa común de la educación administrativa. Nuevo e interesante punto surgido de este acuerdo fué el deseo de las industrias de referir la historia de su desarrollo a los hombres que iban a atravesar sus puertas: es interesante el que se haya reconocido la historia de una industria como parte de la educación. Si se escribiera la historia del desarrollo de ciertas industrias, contribuiría eficazmente a ensanchar los conocimientos generales. Estaban asimismo dispuestas las diferentes industrias a ayudar a los universitarios en la elección de aquella que satisfaciera mejor sus inclinaciones.

IV

En la asamblea celebrada en el Dréxel Institute, el grupo de industrias representado en este movimiento decidió establecer un consejo central industrial mediante el cual pudiera llevarse a efecto la cooperación con las universidades. La creación de esta nueva agencia se verificaría únicamente en el caso de que no existiera alguna otra de la misma clase capaz de realizar la obra proyectada. Una investigación minuciosa reveló que no existía por el momento ninguna organización cuyos propósitos pudieran encaminarse a la cooperación eficaz con todas las universidades, tanto subvencionadas por el estado o por donaciones particulares. Los únicos grupos industriales con quienes las universidades acordaron entrar en relaciones fueron sociedades nacionales como The Boot and Shoe Associations, The Cotton Finishers' Association, The Paper and Pulp Association y otras semejantes. Estas organizaciones no tenían esfera de acción suficientemente amplia y se encontraban, de otro lado, demasiado preocupadas con sus propios y múltiples problemas. Comprendíase que la organización industrial que hubiera de cooperar a la preparación de hombres capaces de asumir la dirección administrativa debía dedicarse exclusivamente a solucionar este problema. Encontraron de otro lado que, aun cuando el gobierno podía ofrecer facilidades de gran importancia, no existía agencia alguna gubernativa que pudiera actuar en favor de la industria. Discutiendo el punto extensamente y tras minuciosa investigación se resolvió que sería necesario crear un consejo de educación administrativa.

Solamente un cuerpo institucional, el consejo de educación de los Estados Unidos, representa a todas las instituciones preparadas para impartir la enseñanza de la administración, y este cuerpo funciona únicamente en beneficio de la educación, y no de la industria. Sus propósitos están definidos en el artículo segundo de sus estatutos, que reza como sigue:

> El propósito general del consejo es promover y llevar a efecto la acción cooperativa en asuntos de interés común a todas las asociaciones que representa. Se da por sentado que tales asuntos han de relacionarse principalmente con la labor de universidades y colegios o trabajos escolares de orden análogo. El consejo ha sido organizado para responder a las necesidades nacionales en tiempos de guerra, y procurará siempre prestar servicios a la patria. Se propone estimular asimismo la cooperación internacional en materia de educación.

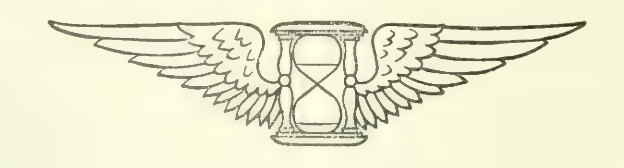
La labor del consejo de educación administrativa será, por consiguiente, determinar las necesidades de la industria en cuanto se refiere al número y condiciones de aquellos que se dediquen a estudiar el campo de la administración industrial para cada grupo de las industrias representadas en este movimiento; de mantener estos requisitos año por año de acuerdo con la norma exigida; determinar el tipo de educación que corresponde a las universidades; y coadyuvar al perfeccionamiento de los métodos e incrementar las facilidades para la preparación de los hombres necesarios. El consejo de educación administrativa determinará asimismo y hará publicar las facilidades que sea posible ofrecer a los es-

tudiantes aun no graduados mediante cursos cooperativos de verano. Tomará a su cargo también el informar a los graduados de las coyunturas favorables que se presenten en el campo industrial para prepararse a la labor de administración. En general, estas funciones se verificarán por intermedio de la comisión cooperativa, la cual, como hemos dicho, se compone de miembros del consejo industrial y del consejo de educación de los Estados Unidos.

Por otra parte, el consejo de educación de los Estados Unidos está preparado a inclinar la opinión de los institutores hacia los problemas educativos que acomete esta gran empresa, y a servir como instrumento de comunicación entre las universidades y la industria. No deberá inmiscuirse en ningún caso en la labor señalada al consejo de educación administrativa, puesto que aquello demanda un conocimiento profundo de las condiciones industriales y de las facilidades que puedan presentarse: conocimiento que el consejo de educación no pretende poseer.

Las funciones de la comisión cooperativa serán las de un banco de liquidaciones, donde se rectificarán y perfeccionarán las calificaciones de hombres y puestos. Decidirá también acerca de los métodos preferibles para la realización de fines determinados. En una palabra, revisará y coordinará el trabajo cooperativo llevado a efecto por las mencionadas organizaciones. Ninguna de las funciones de cualquiera de estos tres cuerpos interviene con la actuación de los otros: cada una es esencial para el armonioso funcionamiento del todo.

Finalmente, podemos afirmar que pocas asambleas celebradas en los últimos años han tenido concurrencia mayor ni han despertado atención más profunda de parte de los representantes de grandes empresas y de las universidades más importantes, que la reciente asamblea de los clubs asociados de tecnología. En lo que respecta al futuro del plan cooperativo entre la industria y las universidades, discutido y aprobado en dicha reunión, puede asegurarse que para que una idea sea llevada a la práctica con buenos resultados se requieren tres condiciones: método, recursos y organización. Por lo menos existe el principio de todas ellas; y el plan de cooperación entre la industria y las instituciones educadoras puede continuarse sobre las líneas trazadas. Es indudable que proyectos de esta naturaleza sólo se llevan a efecto mediante una contribución constante de ideas y sugestiones oportunas. Es tan urgente la necesidad de una cooperación como la propuesta, y el tiempo para satisfacerla es tan corto, que todo el impulso que se le preste nunca será demasiado. Una vez más, la industria y la educación se hallan frente a un problema de gran significación, no un problema de guerra, sino un problema de los tiempos de paz. Ambas correspondieron en forma brillante a las exigencias de la guerra; esperemos que responderán no menos espléndidamente a las demandas de la paz.



JÉFFERSON Y EL DERECHO DE LAS NACIONES

POR

LOUIS MARTIN SEARS

Jéfferson es una figura sobresaliente en derecho internacional, expresa el autor. Su concepto fundamental de este derecho estaba basado en la teoría del pacto y en el principio de que el estado natural del hombre es un estado pacífico. De este concepto pacifista y de la necesidad de una fuerza coercitiva que prestara valor a la sanción moral de las naciones, se originó la ley del embargo, aprobada en 1807, y cuyo objeto era prevenir las guerras mediante el boicoteo comercial impuesto a la nación transgresora de los derechos de los demás pueblos.

En el sistema de derecho internacional que se descubre entre la multiplicidad de ideas del gran estadista, se destacan con vigor de actualidad las líneas principales, constituídas por la teoría básica de los derechos de los neutrales, la negación del contrabando, y el principio de que los buques libres hacen cargamento libre; en tanto que en el lado espiritual alumbraba ya desde entonces la esperanza de una liga de naciones y de un esfuerzo cooperativo en el futuro. La ley del embargo, que debía prestar fuerza material al veredicto de las naciones, fué el gran experimento de Jéfferson en favor del pacifismo. Si fracasó en aquella época, quizá está destinada ahora a producir frutos sazonados por los sufrimientos y la dura experiencia de los últimos años.—La Redacción.

EL EMBARGO sobre el comercio, decretado por el congreso en 1807 a proposición del presidente Jéfferson, fué algo más que un experimento en política práctica. Fué el ensayo en vasta escala de una teoría sobre derecho internacional que por largo tiempo había madurado en la mente del presidente, a la vez que la contribución adecuada de una joven nación a la doctrina de la colectividad que debía su restablecimiento, ya que no su iniciativa, a la necesidad de dominar la anarquía internacional que surgía a la par del progreso en los estados modernos. El derecho de las naciones fué un nuevo desenvolvimiento de esta doctrina. Menos de dos siglos habían transcurrido desde que Grotius publicó la primera de las obras en tal sentido, *De jure belli ac pacis*, en 1625. El intervalo entre la publicación de este libro y la dación del decreto de embargo fué, a decir verdad, el período clásico del derecho internacional. Los trabajos de Léibnitz, Wolff, Vattel y Býnkershoek crearon un sistema adoptado no solamente entre doctrinarios y filósofos sino aun entre déspotas ilustrados en sus momentos subjetivos. A la terminación del siglo décimoctavo, el derecho de las naciones había adquirido el prestigio que era posible esperar careciendo del apoyo de ejércitos y armadas. Constituía la suprema expresión política de una época que creía en el perfeccionamiento de las relaciones humanas mediante la influencia intelectual. Y si bien sus dictados no llegaron en ocasiones a gobernar la actuación de cortes y gabinetes, la infracción de sus leyes no era asunto de poca monta. Indudablemente que las naciones infringieron tratados; pero no lo hicieron calificándolos de "pedazos de papel."

El derecho internacional ha tenido, en realidad, desde Grotius dos épocas notables, y entra ahora en la tercera. La primera alcanzó su punto culminante entre 1758 y la revolución francesa, cuando la obra de Vattel, *Le Droit des gens, ou principes de la loi naturelle appliqués à la conduite et aux affaires des nations et des souverains* gozó durante una generación entera de un favor que pocos libros han alcanzado en el mundo.[1] Las guerras napoleónicas derogaron este antiguo derecho de las naciones al mismo tiempo que sometían a los pueblos que lo habían formulado. Entre los escombros y ruinas del derecho internacional, inició Jéfferson su ley de embargo. La segunda etapa del derecho moderno se marca en el siglo transcurrido entre el congreso de Viena y la celebración de las conferencias de la Haya en 1907. Ésta fué esencialmente una época de decep-

[1] Como interesante estudio de Vattel, véase el artículo de Charles G. Fénwick, "The Authority of Vattel" en *The American Political Science Rieviw*, volumen VII (1913), páginas 395-410. Thomas Wílling Balch escribe también, en la *Pennsylvania Law Review* de 1916, sobre el interés de Jéfferson por el derecho de las naciones.

ciones. La cordura había sucumbido ante la insensatez de gran parte de la humanidad, y las visiones de mejoramiento immediat opalidecían y se esfumaban ante el concepto darwiniano de una evolución imperceptible. El derecho internacional, a fuer de expresión de un mundo pragmático y escéptico, se conformó entonces con un sistema de equilibrio de las potencias, tan eficaz como podía serlo dadas las condiciones, y trató en dos asambleas mundiales de fijar un límite al uso bélico de los instrumentos creados por la industria moderna. En la tragedia que acaba de terminar, el derecho internacional de Gládstone, Bísmarck, Nicolás II y Bryan ha sido derrocado tan completamente como el antiguo sistema de los "padres de la patria."

En la moderna reconstrucción, el derecho internacional trata de obtener sanción más eficaz. Y la liga de naciones, en caso de que su autoridad llegue a ser reconocida, encuentra su paralelo en el imperio romano, cuando una sola ley gobernaba al mundo y cuando York y Bizancio eran afines.

En esta síntesis más amplia del derecho internacional, es interesante observar particularmente el conocimiento que Jéfferson tenía de la opinión de las autoridades en esta materia[2] y el concepto que abrigaba de su propio entendimiento del derecho. Jéfferson había estudiado toda su vida las teorías políticas, y los autores a quienes se refiere en ciertas ocasiones y cuya lectura recomienda a sus amigos constituyen una galería de los sabios políticos de su época. El concepto fundamental del pensamiento político en el siglo dieciocho estaba encarnado en la teoría del pacto; y, como muchos de sus contemporáneos, Jéfferson aceptaba el principio de convenios conforme se había desarrollado en Inglaterra por medio de Hooker y Milton en teología, de Hobbes y Locke en política,[3] y conforme se había popularizado en Francia con las ideas de Montesquieu y de Rousseau. Su propia declaración de independencia expresa la manifestación más hermosa que se conozca en inglés de esta teoría.

Hasta 1776 Jéfferson había meditado sobre la teoría del pacto en un aspecto en cierto modo limitado, como explicación del origen individual de sociedades y gobiernos. Pero las exigencias prácticas de la administración, que debió afrontar como secretario de estado primero y más tarde como jefe ejecutivo, atrajeron su atención hacia una fase general de la teoría que a menudo se había pasado por alto. La explicación usual del principio de acuerdo presuponía un estado natural desde el cual pasaba el hombre a formar parte de la sociedad organizada en virtud de un convenio oficial y definido.[4] Sobre todos los puntos no especificados en este acuerdo se consideraba todavía al hombre en el estado natural primitivo. Y la significación de este concepto, en cuanto se refiriese al derecho de las naciones, era que el estado natural es un estado pacífico.[5] Ninguna escuela de pensamiento que profese las doctrinas de Nietzsche se ha levantado hasta el presente a glorificar la guerra como el estado natural del hombre. Para los pensadores del siglo dieciocho, la guerra era un estado anormal y contra naturaleza; y el estado natural que gobernaba tanto a individuos como a naciones, a menos que estuviera modificado por leyes o tratados especiales, era un estado pacífico. Vattel procuró el texto;[6] Wáshington y sus

[2]Cita entre otros: *The Writings of James Madison* (edición de Hunt), volumen II, página 43, Mádison a Thomas Jéfferson, marzo 16 de 1784, "Los pamfletos de Býnkershoek, que usted menciona; *The Works of Thomas Jefferson* (edición federal, 1904-1905), volumen IV, página 29; Púffendorf, volumen IV, página 248; Býnkershoek, volumen VI, página 53; Ádam Smith; y también a Montesquieu, Locke, Burke, de Lolme, Hume, Molloy, Beccaria y Vattel.

[3]Un resumen del lugar que ocupaba la teoría del pacto en la opinión de los Estados Unidos puede encontrarse en el trabajo de L. M. Sears, "The Puritan and his Anglican Allegiance," en la *Bibliotheca Sacra* del mes de octubre de 1917.

[4]Vattel (Carnegie Institution, 1916), Introducción por A. de Lapradelle, página xviii: "Dans l'école du droit de la nature et des gens, à laquelle appartient Vattel, le contrat joue un grand rôle. De même qu'il est à la base de l'État, dans le droit public interne, sous le nom de pacte social, il est encore à la base du droit international public, sous le nom de traité. Par le pacte, l'État se forme. Par le traité, il s'assure les droits nécessaires à son développement."

[5]Véase J. S. Reeves, "The Influence of the Law of Nature upon International Law in the United States," etcétera, en el *American Journal of International Law*, volumen III (1909), página 559. Véase también *The Works of Thomas Jefferson*, volumen VII, página 400.

[6]Vattel (Carnegie Institution, 1916), Introducción por A. de Lapradelle, página xxiv; "Vattel, le premier, déclare que l'impartialité n'est pas obtenue par l'éga-

consejeros, el sermón. La neutralidad que los Estados Unidos perseguían en 1793 constituyó un progreso definido en el derecho internacional, pues que se basaba en el concepto del pacifismo fundamental del estado natural, incluído en la teoría del pacto.[7]

La neutralidad estaba dictada, en efecto, por necesidad evidente; pero Jéfferson encontró autoridad jurídica en que apoyarse, y era satisfactorio permitirse aquello que Genêt calificaba de "aforismos" de Vattel.[8] Esta misma neutralidad continuó bajo la administración de Adams, a despecho de la inminencia de la guerra en 1798, y siguió constituyendo la política definida de Jéfferson. Representó una fuente dorada para el comercio, que seguía su curso en un mundo beligerante, porque hasta el momento en que los decretos y regulaciones de los adversarios principales cerraron los mares a nuestra navegación, la neutralidad produjo buenos resultados tanto en sentido financiero como moral. Pero después de 1805, la intransigencia creciente de los beligerantes puso de nuevo la cuestión sobre el tapete, debiendo reconocerse que la decisión de mantener la neutralidad fué debida en su mayor parte más a la imposibilidad práctica de atacar a cualquiera de los transgresores que a la teoría de que nuestro estado natural era el estado de paz. Casi todas las alusiones de Jéfferson a Vattel y otras autoridades se encuentran en la correspondencia de 1793. Otros diez años de conflicto vinieron a demostrar la futilidad de apelar a libros de texto contra la fuerza que Napoleón y Cánning confundieron con el derecho. A pesar de ser teórico por naturaleza, el destino inexorable hizo de Jéfferson un realista. Con todo, su devoción a los ideales constituye su rasgo característico; y sus declaraciones acerca del derecho de las naciones y de quienes lo formularon asumen interés único para un mundo que se ve compelido a poner nuevamente en vigencia no sólo la práctica sino la teoría de tal principio. Aun cuando las páginas siguientes traten de muchas materias además del embargo, éste debe considerarse, no obstante, el resultado práctico de múltiples teorías.

A menudo las citas de Jéfferson son puramente incidentales. Por ejemplo, el derecho que tiene una asamblea de determinar su propio quórum le recuerda a Púffendorf.[9] Luego dice, refiriéndose a las obras de Býnkershoek:

> Es interesante estudiar por lo menos una cuarta parte de estas obras. Son las series siguientes: *Quaestiones juris publici; De lege Rhodeâ; De dominio maris; Du Juge compétent des ambassadeurs;* habiendo sido ésta última, si no todas, traducida al francés con notas de Barneyrac.[10]

Más importantes todavía, a causa del tema que abordan, son sus observaciones acerca de *The Wealth of Nations* (La riqueza de las naciones):

> Creo que *The Wealth of Nations* de Smith es el mejor libro de economía política que se conoce con respecto a la ciencia de gobierno que el espíritu del derecho de Montesquieu recomienda generalmente. Contiene, en efecto, gran número de verdades políticas, aunque también número igual de herejías; de manera que el lector debe mantenerse constantemente sobre la guardia. . . . La obrita de Locke sobre gobierno es perfecta en su clase. Descendiendo de la teoría a la práctica, no existe libro mejor que el *Federalist*. Las disquisiciones políticas de Burgh son también buenas, especialmente después de haber leído a de Lolme. Algunos de los ensayos políticos de Hume son interesantes. Hay libros excelentes sobre teoría, escritos por Turgot y otros economistas de Francia. En

lité des secours, mais par l'absence, de secours.—Ne point donner de secours, quand on n'y est pas obligé; ne fournir librement ni troupes, ni armes, ni munitions, ni rien de ce qui sert directement à la guerre . . . ne point donner de secours et non pas en donner également—telle est sa formule," etc. Véase también ibídem, página xxxvi.

[7]Véase J. J. Burlamaquí, *The Principles of Natural Law* (quinta edición, Dublin, 1791), página 164: ". . . . observemos que el estado natural de las naciones, en sus relaciones recíprocas, es el estado social y pacífico." Vattel (Carnegie Institution), Introducción por A. de Lapradelle, página XXIII: "Machiavel donnait aux princes le conseil d'épouser les querelles les uns des autres, en vue de partager, avec le vainqueur, les dépouilles du vaincu. Diplomate de l'école de Jean-Jacques, Vattel, au contraire, les engage à rester spectateurs. Pour la première fois le nom de *neutralité* pénètre dans un traité de droit de gens."

[8]*The Works of Thomas Jefferson*, volumen VII, página 485, Jéfferson a Goúverneur Morris, 16 de agosto de 1793.

[9]Ibídem, volumen IV, página 29.

[10]Ibídem, página 248.

cuanto a información parlamentaria, el libro de Lex es el mejor.[11]

Jéfferson considera indispensables para la práctica legal algunas de las obras arriba mencionadas; y recomienda a su joven primo una lista de lecturas que deben estudiarse diariamente de doce a dos de la tarde y que incluyen *De jure maritimo*, de Molloy; *On Government*, de Locke; *L'Esprit des lois*, de Montesquieu; *The Wealth of Nations* de Smith; Beccaria; *Moral Essays*, de Kaim; y *Droit de gens*, de Vattel.[12]

Mas el derecho de las naciones significaba para Jéfferson mucho más que un aditamento elegante a la educación en jurisprudencia. Era una realidad que la diplomacia podía poner en acción en caso dado. En 1792, el caso fué España. Durante la revolución, España se había apoderado de algún territorio en Georgia; pero el tratado de paz no reconoció aquellas adquisiciones, y vióse precisada a devolver aquel territorio. Según los términos del tratado, esta devolución podía hacerse directamente a Georgia o, bajo el supuesto de que la soberanía británica imperaba todavía cuando se realizaron los ataques, la restitución podía hacerse primeramente a la Gran Bretaña para que esta nación la transfiriera a los Estados Unidos. En apoyo de arreglos directos entre España y los Estados Unidos, invocaba Jéfferson la doctrina del derecho natural por ser esta nación el verdadero propietario del territorio conquistado, y en apoyo del derecho natural citaba a Vattel.[13] El caso era muy simple. Si el territorio pertenecía a la Gran Bretaña, era positivo que esta nación jamás había cedido sus derechos a España. Si los Estados Unidos eran los posesores originales y legales, la situación tocaba en el absurdo, porque los Estados Unidos y España eran aliados en la época precisa en que se verificó la captura. El sentido común bastaba para sostener la contención de los Estados Unidos, pero Jéfferson invocó toda una batería de apoyo jurídico. "Véase," urge, "en esta materia a Grotius, libro 3, capítulo 6, sección 26; Púffendorf, libro 8, capítulo 17, sección 23; Vattel, libro 3, sección 197, 198."[14]

El derecho de las naciones podía invocarse igualmente en favor del derecho de los Estados Unidos para la navegación en el Misisipí. Jéfferson pregunta:

> ¿Qué sentimiento se marca en caracteres más profundos que la convicción de que el ocíano es libre para todos los hombres y los ríos son francos para quienes viven en sus riberas ?[15]

La obstrucción de la navegación fluvial ha constituído siempre un acto de fuerza, y cuando se ha aceptado, ha sido a consecuencia de tratados, y no de acuerdo con el derecho natural. Ni aun el dominio exclusivo de las aguas inferiores de un río dispensaba a sus propietarios de la ley general. Y en el caso que se discutía, España estaba en posesión de faja tan estrecha de territorio que el río "podía en justicia considerarse un brazo de mar."[16]

A este respecto, como en el caso de las reclamaciones de Georgia, cita Jéfferson diversas autoridades:

> Grotius, libro 2, capítulo 2, secciones 11, 12, 13; capítulo 3, secciones 7, 8, 12; Púffendorf, libro 3, capítulo 3, secciones 3, 4, 5, 6; *Institutiones* de Wolf, secciones 310, 311, 312; Vattel, libro 1, sección 292; libro 2, secciones 123 a 139.[17]

Concedido el derecho de navegación, el de anclar buques en las costas y aun el de desembarcar cuando fuere necesario era corolario inevitable. Y para que no exista la menor duda de esta sencilla verdad, Jéfferson invoca como testigos:

> Grotius, libro 2, capítulo 2, sección 15; Púffendorf, libro 3, capítulo 3, sección 8; Vattel, libro 2, sección 129.[18]

Si todo esto no fuera convincente, había además el arsenal del derecho romano. Los romanos colocaban la navegación fluvial entre las prerrogativas del derecho

[11] Ibídem, volumen VI, página 63, Jéfferson a Thomas Mann Rándolph, 30 de mayo de 1790.

[12] Ibídem, página 72, Jéfferson a John Gárland Jéfferson, 11 de junio de 1790. Para un comentario sobre Beccaria, véase ibídem, volumen I, página 71.

[13] *American State Papers*, Relaciones Exteriores, volumen I, página 252, 18 de marzo de 1792. Véase Vattel, libro 3, página 122.

[14] *American State Papers*, Relaciones Exteriores, volumen I, página 252, 18 de marzo de 1792.

[15] Ibídem, página 253.

[16] Ibídem, página 254.

[17] Ibídem, página 254.

[18] Ibídem, página 254.

natural—"(*flumina publica sunt, hoc est populi Romani: Institutiones,* libro 2, tomo 1, sección 2)"[19]— derivando un derecho incidental respecto del uso de las costas. (Ibídem, secciones 1, 3, 4, 5).[20]

Este privilegio de las costas se extendía automáticamente en casos fortuitos hasta permitir que atracara al muelle algún buque averiado, cuando el mantenerse al ancla no resultara suficientemente seguro. Aquí cita Jéfferson ampliamente las *Institutiones,* libro 2, tomo 1, secciones 4.[21]

Aparece, en consecuencia, que todos los legistas, tanto antiguos como modernos, sostenían los derechos de los Estados Unidos sobre el Misisipí. No es de admirar entonces que la causa se ganara finalmente.

Entretanto, dificultades todavía más perentorias con la Gran Bretaña exigían inmediata solución. La paz de París había sido violada por ambos lados. La Gran Bretaña continuaba todavía en posesión de los fuertes occidentales;[22] los Estados Unidos eran todavía deudores a la corona. En apoyo de la actitud de los Estados Unidos, Jéfferson empleó como premisa mayor la validez del *status quo,* conforme a los términos en que se había definido al tiempo de firmar la paz.[23] Manifestó en seguida que el tratado se puso en vigencia únicamente cuando se hubo publicado en todo el país.[24] En el momento en que se proclamaba el tratado, muchas propiedades británicas se hallaban en posesión de los Estados Unidos, debido a los azares de la guerra. El título de propiedad permanente de estas confiscaciones habría sido valedero sin la costumbre, que por entonces se generalizaba en Europa, de devolver a los individuos sus propiedades particulares.[25] Los Estados Unidos se habrían complacido en observar igual cortesía, si la guerra hubiera sido de carácter normal; pero estaba muy lejos de que éste fuera el caso. Nuestros recursos estaban demasiado agotados para permitirnos amenidades. De otro lado, la Gran Bretaña nos había presentado como rebeldes ante la autoridad del derecho internacional.

No admitía siquiera la Gran Bretaña nuestro título a los *derechos estrictos* de las guerras ordinarias, por cuanto no podía hacer protestas de *liberalidad;* sin embargo, la confiscación de la propiedad estaba muy lejos de ser general, y lo era mucho menos todavía la confiscación del crédito.[26]

Aun admitiendo la justicia de ciertas reclamaciones británicas, la razón y la ley se aunaban para aconsejar la demora en el pago.[27] Según la propia fórmula de Jéfferson:

El tiempo y la consideración son favorables a la causa justa; la precipitación favorece a las injustas.[28]

Y en cuanto a los intereses, preocuparse de ello era absurdo, aun tomando como norma los precedentes británicos.[29] Tratándose de un caso en que tanto el deudor como el acreedor resultaban damnificados, el tribunal no había de duplicar las pérdidas de uno de los contendientes para disminuir las del otro. Tanto en el derecho natural como en el derecho nacional, en cuestiones de *damno evitando melior est conditio possidentis.*[30] Con mucho mayor razón cuando era el acreedor quien infligía el daño.[31]

Volviendo a las faltas de la Gran Bre-

---

[19]Ibídem, página 254.

[20]Ibídem, página 254.

[21]Ibídem, página 254, 22 de marzo de 1792.

[22]Véase *The Works of Thomas Jefferson,* volumen I, página 210, con respecto a represalias comerciales en esta materia.

[23]*American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, página 201, 29 de mayo de 1792, donde se cita a "Vattel, libro 4, sección 21," y a "Wolf, sección 1222."

[24]*American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, página 201, citando a "Vattel, libro 4, sección 24" y sección 25; y a "Wolf, sección 1229."

[25]*American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, páginas 201-202, 29 de mayo de 1792, donde se cita a Býnkershoek, "Quaestionum juris publici, libro 1. capítulo 7."

[26]*American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, página 202, 29 de mayo de 1792.

[27]Ibídem, páginas 208-209, citando a "Vattel, libro 4, sección 51" y a "Býnkershoek, libro 2, capítulo 10." Véase también Býnkershoek, libro 1, capítulo 7.

[28]*American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, página 211, sección 45.

[29]Ibídem, página 213. Cita aquí a Lord Mánsfield, "Dougl. 753 y 376."

[30]*American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, página 213. Véase también *The Works of Thomas Jefferson,* volumen VII, páginas 84-85.

[31]Véase, a este respecto, *American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, página 214, donde se cita a "Wolf, sección 29" y sección 1224, y "Grotius, libro 3, capítulo 20, sección 22.'

taña, Jéfferson cita el compromiso del tratado respecto de *"retirarse con la rapidez conveniente,"*[32] invocando a Vatt el para demostrar que aquello significaba, en realidad, "tan pronto como sea posible."[33] El ministro británico negaba en su respuesta encontrarse autorizado para entregar las posiciones, y la conferencia no dió resultado alguno en cuanto a su objeto principal.

A pesar de todo, un desenvolvimiento verdaderamente constructivo se produjo a consecuencia de las negociaciones diplomáticas en lo que se refería a créditos y a fuertes. Hámmond expresaba el sentimiento de que no existiera un estado intermedio entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Temía que se produjeran disturbios entre los cuerpos de ejército situados a ambos lados de la frontera. A este respecto sugería Jéfferson que ambos lados restringieran sus fuerzas a un mínimum, que debería fijarse por mutuo acuerdo. Y el choque de inteligencias entre Jéfferson y Hámmond generó la chispa de una idea más benéfica para la humanidad que muchos tratados de paz. Acogiendo la idea de Jéfferson de una limitación de armamentos, Hámmond avanzó más aún, instando por la abolición de todos los puestos militares, que deberían ser convertidos en estaciones comerciales. Jéfferson adoptó esta sugestión. Refiere:

> Díjele que la idea de que se abolieran los puestos militares en ambos lados era nueva para mí, y que jamás se había mencionado entre los miembros del ejecutivo; que, por consiguiente, solamente podía hablar en mi propio nombre al manifestar que, *primâ facie*, esta idea se avenía muy bien con dos de mis concepciones favoritas: dejar libertad al comercio y no mantener un solo soldado innecesario; pero que al hablar de que se suprimieran los puestos militares en ambos lados, podría suscitarse alguna discusión acerca de la distancia a que hubieran de establecerse los puestos más próximos.[34]

Una gran guerra debía tener lugar antes de que llegara a realizarse la abolición de las fortificaciones en la frontera canadiense. Pero tanto Jéfferson como Hámmond son acreedores a la gratitud general por haber lanzado el germen de un verdadero pacifismo y de las buenas relaciones internacionales entre pueblos limítrofes. Aun cuando se le haya prestado menos atención que a los períodos intensos de su vida, esta conversación de Jéfferson con Hámmond es memorable por haber sido el génesis de una gran idea, que le hace destacar como el portador de antorcha en la senda del derecho internacional.

En tanto que Wáshington y su gabinete luchaban por solucionar estos problemas en los Estados Unidos, las nubes de la guerra en Europa amenazaban envolver a todos los neutrales.[35] El encuentro mortal entre Inglaterra y Francia, que continuó con breve intervalo desde 1793 hasta 1815, hizo surgir desde el principio graves cuestiones acerca del derecho internacional y los derechos de los neutrales, provocando importantes declaraciones de principios de parte de nuestro departamento de estado. Cuando la Gran Bretaña amenazó por primera vez con el bloqueo del papel, Jéfferson manifestó a Pínckney, ministro de los Estados Unidos en Londres, que era inaudita una infracción semejante de los derechos de los neutrales.[36] El derecho de las naciones estaba demasiado infiltrado en las prácticas civilizadas, como lo atestiguaba el reciente tratado de los Estados Unidos con Prusia, que llegó hasta negar que existiera contrabando,

> porque a la verdad, en el actual perfeccionamiento del estado de las artes, cuando todas las naciones tienen amplios medios de procurarse armas en el interior y en el exterior, las regulaciones del contrabando no producirán otro resultado que arrastrar a la guerra a los demás pueblos. Sin embargo, como las naciones no han sancionado esta decisión, la llevaremos adelante únicamente con Prusia.[37]

---

[32] *American State Papers*, Relaciones Exteriores, volumen I, página 206, 29 de mayo de 1792.

[33] Ibídem, página 206, citando a "Vattel, libro 4, capítulo 26."

[34] *The Works of Thomas Jefferson*, volumen I, página 227, documentos de Anas, 1792.

[35] En realidad, las nubes de la guerra comenzaban a amontonarse desde 1787, antes todavía de que estallara la revolución francesa, y Jéfferson pronosticó entonces nuestra posible neutralidad (véase *The Works of Thomas Jefferson*, volumen I, página 114), procurando demostrar las ventajas de esta actitud para ambos beligerantes.

[36] *The Works of Thomas Jefferson*, volumen VII, página 314, 7 de mayo de 1793.

[37] Ibídem, páginas 314-315, 7 de mayo de 1793.

Este concepto del contrabando no patrocinaba, naturalmente, la oposición de la Gran Bretaña a que se enviaran cargamentos bélicos por cuenta de Francia, afirmando Jéfferson, por el contrario, con gran energía el derecho que asistía a nuestros ciudadanos para traficar en municiones de guerra: derecho ampliamente sostenido por la ley de las naciones que calificaba de contrabando las municiones tan sólo en caso de que cayeran en poder del enemigo.[38] Lo que se refería al cargamento, aplicábase de igual manera a los buques. La ley de las naciones aseguraba su derecho de navegar sin ser atacados,

No debiendo arrogarse nadie el derecho de preguntar dónde ha sido construído un buque, sino simplemente a quién pertenece.[39]

Era esencial afirmar este derecho, pues el creciente tráfico comercial de los Estados Unidos requería espacio adicional para la carga, y los buques, una vez comprados, gozaban de protección en casos de específicos tratados; si éstos no existían, podían acogerse a la ley general de las naciones.[40]

Las cuestiones de navegación, contrabando, bloqueo y captura eran, naturalmente, fundamentales. De su solución dependía la posibilidad que tuvieran los Estados Unidos para mantenerse apartados de la conflagración general. Pero más molestas fueron por el momento las exigencias de los representantes franceses en suelo norteamericano. Aquellos advenedizos de la diplomacia ultrajaban todos los cánones del antiguo régimen con sus insolentes demandas, ceder a las cuales habría sido suicidarse, y rechazarlas habría sido brutal. Era difícil conservar el equilibrio entre la gratitud y el interés nacional; y se acudía al derecho de las naciones en apoyo de una neutralidad más razonable que romántica.

El más agresivo de todos aquellos representantes franceses, el girondino Genêt, a pesar de haber violado todas las leyes de la hospitalidad por su conducta en Chárleston y Filadelfia, buscaba la forma de poner en guardia al gobierno de los Estados Unidos. Jéfferson le explicó nuestro punto de vista con paciencia casi angelical, encontrando amplia justificación para la neutralidad en las páginas de Vattel y Wolf. Citando largamente a Vattel, decía:[41]

Tant qu'un peuple neutre veut jouir sûrement de cet état, il doit montrer en toutes choses une exacte impartialité entre ceux que se font la guerre. Car s'il favorise l'un au préjudice de l'autre, il ne pourra pas se plaindre, quand celui-ci le traitera comme adherent et associé de son ennemi. Sa neutralité seroit une neutralité frauduleuse, dont personne ne veut être la dupe. Voyons donc en quoi consiste cette impartialité qu'un peuple neutre doit garder.

Elle se rapport uniquement à la guerre, et comprend deux choses: première, ne point donner de secours quand on n'y est pas obligé; ne fournir librement ni troupes ni armes, ni munitions, ni rien de ce que sert directement à la guerre. Je ne dis ne point donner de secours et non pas en donner également; car il seroit absurde qu'un état secourut en même temps deux ennemis. Et puis il seroit impossible de le faire avec égalité; les mêmes choses, le même nombre de troupes, la même quantité d'armes, de munitions, etc. fournies en des circonstances differentes, ne forment plus de secours équivalens, et cætera.

Si las potencias neutrales no pudieran, a causa de su neutralidad, procurar hombres a ninguno de los contendientes para apoyarlos en la guerra, tampoco podrían inscribirlos para el servicio militar en territorio neutral, de acuerdo con el derecho de las naciones. Wolf dice en la sección 1174:

Puisque le droit de lever des soldats est un droit de majesté qui ne peut être violé par une nation étrangère, il n'est pas permis de lever des soldats sur le territoire d'autrui sans le consentement du maître du territoire.

Y Vattel, antes citado, libro 3, sección 15:

Le droit de lever des soldats appartenant uniquement a la nation ou au souverain, personne ne peut en enroller en pays étranger sans la permission du souverain, et en général quiconque débauche les sujets d'autrui viole un des droits les plus sacrés du prince et de la nation. C'est le crime qu'on appele plaigiat *ou vol d'homme. Il n'est aucun état policé que ne le punise trés sévèrement.*

. . . El testimonio de este y otros escri-

[38]Ibídem, página 326, 15 de mayo de 1793. Véase también ibídem, páginas 84-85; y *American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, páginas 147 y 188, 30 de noviembre de 1793.

[39]*The Works of Thomas Jefferson,* volumen VII, páginas 386-387, Jéfferson a Goúverneur Morris, ministro de los Estados Unidos en París, 13 de junio de 1793.

[40]Ibídem, volumen VII, página 416, Jéfferson a James Monroe, 28 de junio de 1793.

[41]*American State Papers,* Relaciones Exteriores, volumen I, páginas 154-155, Jéfferson a Genêt, 17 de junio de 1793, citando a "Vattel, libro 3, sección 104."

tores sobre los derechos y usos de las naciones, agregado a vuestras propias reflexiones sobre la materia, os demostrarán que los Estados Unidos, al prohibir a las potencias beligerantes el equipar, armar y tripular buques de guerra en sus puertos, han ejercido un derecho y un deber con entera justicia y gran moderación.

Jéfferson continuó este curso en el derecho de las naciones, recordando a Genêt, su indisciplinado alumno, el principio de que el cargamento pacífico en buques enemigos es franco, en tanto que el cargamento hostil en buques amigos constituye botín de guerra. Hubo, es verdad, excepciones a esta regla; pero los Estados Unidos se esforzaron en convertir la excepción en regla y establecer el principio de que los buques libres hacen cargamento libre.[42] Pero esta admisión constituía en cada caso asunto para un tratado especial, y donde este tratado no había llegado a definirse prevalecían aún los estatutos generales del derecho de las naciones. Desgraciadamente no teníamos tratados de esta índole con Inglaterra, España, Austria ni Portugal. De manera que en aquel tiempo, si bien tales estatutos parecían sentar un precedente contra Francia, exponiendo sus artículos encontrados en nuestros buques a ser capturados por las dichas naciones—Inglaterra, España, Austria y Portugal—había de otro lado la compensación de que podrían apoderarse de nuestros artículos cuando quiera que se encontrasen a bordo de los buques de aquellas potencias enemigas de Francia. Los Estados Unidos, como explicaba Jéfferson, eran los verdaderos damnificados por el principio que trataban de establecer, y continuarían perjudicándose en tanto que la aceptación de este principio fuera únicamente parcial. Las ventajas se apreciarían tan sólo cuando el principio de que buques libres hacen cargamento libre llegara a ser reconocido como ley universal de las naciones. Entonces mejoraría en gran manera nuestra situación de cordialidad neutral, encontrándonos exentos de pesquisas.

A esta situación tratamos de llegar; pero, como ello depende de la voluntad de otras naciones tanto como de la nuestra, sólo alcanzaremos este resultado cuando las demás naciones estén dispuestas a prestar su cooperación.[43]

La neutralidad que Jéfferson explicaba tan celosamente a Genêt implicaba igual cautela para mantener nuestros derechos en contra de la Gran Bretaña.[44] Jéfferson protestaba especialmente contra el decreto naval británico del 8 de junio de 1793, destinado a evitar que los cereales de los Estados Unidos llegaran a los países enemigos. Insistía Jéfferson en que el grano no era contrabando y que la sumisión de los Estados Unidos en este punto constituiría un acto contra la neutralidad, equivalente a declarar la guerra a Francia. Declaraba:

La Gran Bretaña puede, en verdad, tener el plan de bloquear por hambre a una nación enemiga; pero no tiene derecho de hacerlo con perjuicio nuestro ni convirtiéndonos en su instrumento.[45]

Explicaba además a Hámmond que estaba dentro de nuestros derechos acordar a Francia ciertas facilidades especiales, como la admisión de su botín y sus corsarios en nuestros puertos, y aun de sus buques de guerra regulares en casos fortuitos—tempestades, piratas y enemigos—[46] no obstante de que Inglaterra poseyera iguales derechos que Francia y las demás naciones[47] para usar nuestras aguas más allá del límite de tres millas de distancia de nuestras costas.[48]

---

[42] Véase *The Works of Thomas Jefferson*, volumen I, página 96, donde se menciona con anterioridad este principio.

[43] *American State Papers*, Relaciones Exteriores, volumen I, páginas 166-167, Jéfferson a Genêt, 24 de julio de 1793. Se encontrará la misma idea en ibídem, página 170, Jéfferson a Goúverneur Morris, 17 de agosto de 1793.

[44] Ibídem, página 170, con relación a la neutralidad. Véase también *The Works of Thomas Jefferson*, volumen VII, páginas 302, 309, 387, 415.

[45] Ibídem, volumen VII, página 28, Jéfferson a Thomas Pínckney, 7 de septiembre de 1793. Véase asimismo *American State Papers*, Relaciones Exteriores, volumen I, página 239. También *British Foreign Policy in Europe to the End of the 19th Century* de H. E. Egerton, páginas 374-375. Lord Grénville, por su parte, apelaba del mismo modo a Vattel para probar el derecho de Inglaterra a embargar los cereales: *American State Papers*, Relaciones Exteriores, volumen I, página 241, 5 de julio de 1793.

[46] Ibídem, página 176, 9 de septiembre de 1793. Véase también *The Works of Thomas Jefferson*, volumen I, páginas 271, 273, 289-290.

[47] *American State Papers*, Relaciones Exteriores, volumen I, página 183, 8 de noviembre de 1793.

[48] Ibídem, página 176.

Las simpatías de Jéfferson eran abiertamente francesas,[49] en medio de todas las crisis de gabinete provocadas por Genêt. Permaneció fiel a estos sentimientos hasta donde lo permitían los intereses de los Estados Unidos, y no perdió de vista los intereses de Francia, que la conducta de un ministro poco cuerdo había puesto en grave peligro, ni aun en el momento en que llegaba a su colmo la indignación contra Genêt. Encontrar el rumbo firme y equitativo no era asunto tan sencillo. Entablar negociaciones con los rojos del 93 era sumamente delicado. Sólo el estadista que se vea obligado a celebrar tratados con los bolshevistas comprenderá las dificultades de la situación. Además de tolerar los extravíos de un antiguo amigo, los Estados Unidos no podían cerrar los ojos al efecto que produciría en la política interna el otorgar a Genêt la corona del martirio. Aun cuando no fuera por otra razón, el departamento de estado pudo considerarse afortunado de proceder bajo la dirección de un devoto del derecho internacional, que era al mismo tiempo amigo de Francia.

Jéfferson abandonó el gabinete el primero de enero de 1794, cuando todavía estaba pendiente la suerte de Genêt. Pero había ya realizado grandes cosas. Habíase mostrado firme aunque no inflexible tanto acerca de la entrega de los puestos militares como de las relaciones británicas en la frontera. Su política con respecto al Misisipí fué inspirada por la doble necesidad de mantener la paz con España sin arrebatar el oeste a los estados más antiguos; y su decisión por Francia había subsistido a pesar de las vejaciones de un gobierno inexperimentado e irresponsable. No parece aventurado atribuir esta firmeza a la influencia del conjunto general de principios comprendidos en el derecho de las naciones. Jéfferson sentía indudablemente la fuerza de tales principios.

El concepto fundamental de una ley internacional genuina que gozara no solamente de sanción moral, sino también de la material, parece así haber formado parte de los planes de Jéfferson. Era, sin embargo, jurisconsulto demasiado eminente y estadista demasiado experimentado para considerar sus ideas como una completa revelación de lo alto, y cooperó en forma valiosa tanto a la teoría como a la práctica. Una de sus contribuciones principales fué la insistencia sobre el principio de que los buques libres hacen cargamento libre. Hemos hecho ya referencia a este punto.[50] La segunda, que hoy asume interés especial, fué nada menos que la apelación por una liga de naciones. La aconsejó con instancia por primera vez en 1786, cuando era ministro de los Estados Unidos en París; y aun cuando esta idea no se puso en práctica en su tiempo, Jéfferson jamás la abandonó por completo. El propósito común de una liga, en la forma propuesta por Jéfferson, consistía en la acción combinada contra los piratas de Berbería.[51] Pedíase a todas las potencias interesadas en el comercio del Mediterráneo que colocaran un contingente de buques bajo la dirección de una comisión internacional con sede en París. Creía Jéfferson que el esfuerzo cooperativo bajo un mando unificado haría desaparecer la piratería. Pero el proyecto no tuvo acogida; en parte por ser prematuro y en parte porque el gobierno de la confederación no era suficientemente fuerte para vincular a los Estados Unidos en el pacto.

Elemento esencial del plan de Jéfferson con respecto al derecho internacional era su labor en obsequio de los neutrales. Sus ideas sobre la libertad de los mares y el contrabando sucumbieron ante el estallido de una gran guerra europea. Los únicos derechos que contaban para los neutrales eran aquellos que se sostenían mediante la fuerza. Pero esta fuerza podía ser activa o pasiva. La fuerza activa era la fuerza de las armas, y una nación en armas dejaba de ser neutral. Mas existe cierto poder en la resistencia pasiva, que muchos tiranos han aprendido a respetar; y Jéfferson resolvió usar de este poder para trazar la política extranjera de la Estados Unidos en los azarosos años de 1805 a 1809. La solución que encontró era el embargo.

El embargo de 1807 no fué un expediente

[49] *The Works of Thomas Jefferson*, volumen I, páginas 259, 271-273, 326-328, etcétera.

[50] Véase también ibídem, página 390.

[51] Ibídem, 1786, páginas 104-105, informe de Thomas Jéfferson sobre el comercio del Mediterráneo, 3 de enero de 1791. También ibídem, página 134, 7 de marzo de 1792. Véase asimismo *The Works of Thomas Jefferson*, volumen IX, página 265, 11 de junio de 1801.

del momento. Jéfferson lo había estudiado en detalle hacía más de treinta años. La resolución del condado de Álbemarle, presentada en julio de 1774, fué redactada por él mismo.[52] Declarábase por el embargo positivo, proponiendo:

Que se pusiera término inmediato a todas las importaciones de la *Gran Bretana:* algodón, lino, moletón, medicinas, pólvora, plomo, libros e impresos, exceptuando por tiempo limitado los instrumentos y útiles necesarios para las artes manuales y la fabricación; y a todas las exportaciones a aquella nación, desde el primero de *octubre* del año de gracia de mil setecientos setenta y cinco; interrumpiendo inmediamente todo intercambio comercial con cualquier dominio del imperio *británico* que no cortara en forma análoga sus relaciones comerciales con la *Gran Bretaña.*[53]

El informe sobre el comercio, preparado cuando Jéfferson era secretario de estado, es menos definido en cuanto se refiere al embargo; pero advoca represalias contra las potencias europeas culpables de establecer distinciones perjudiciales a nuestro comercio. El remedio indicado era un sistema de contraprohibiciones, impuestos y regulaciones.[54]

En 1794, después de su retiro del gabinete, Jéfferson se pronunció de nuevo a favor de las represalias comerciales como substituto eficaz de la guerra. La desventaja de la guerra era que resultaba tan onerosa para el justiciero como para el culpable.

Soy partidario, en consecuencia, de la proposición de Mr. Clark en lo que respecta a cortar toda comunicación con el estado que se ha conducido de manera tan alevosa.[55]

Respondía a la objeción de que tal actitud pudiera provocar la guerra, diciendo que si la guerra estallaba, la afrontaríamos; si no, el experimento valdría la pena. Por lo menos la tentativa revelaría cierta dosis de cordura, puesto que la única esperanza de obtener justicia del gobierno británico residía en ejercer sobre el gobierno la presión del pueblo mismo, y esto puede hacerse únicamente desorganizando su comercio[56]

Como vicepresidente, Jéfferson fué más crítico que estadista. Aferrábase al concepto de que la guerra era inútil, especialmente aquella que estuvo a punto de producirse en 1798, y aunque sus referencias al comercio no son muy numerosas, creía que el comercio era el instrumento más eficaz para imponer la justicia. En este sentido su actitud era la de: "Ya os lo había prevenido." En conformidad, declara:

Si las regulaciones comerciales que esta legislatura propuso en cierta ocasión hubieran sido adoptadas, nos encontraríamos en este momento en situación tan firme y respetable como nunca se volverá a presentar. Mas, habiéndonos apartado de este camino, deberíamos ahora tratar de retroceder con la menor pérdida posible; y, cuando la paz se haya restablecido en el mundo, arreglar en tal forma nuestros estatutos *comerciales* que la justicia se produzca en las demás naciones como resultado mecánico.[57]

Pronosticaba que tan pronto como la Gran Bretaña y Francia hubieran arreglado diferencias, se unirían para eliminar de los mares a los Estados Unidos

a favor de medios tan pacíficos como les fuere posible emplear.[58]

Y en sus momentos de depresión parece haber pensado que toda resistencia era inútil.

¡Qué contraste tan glorioso sería si pudiéramos persuadir a nuestros compatriotas a que dedicaran sus capitales al comercio interno del país, excluyendo a los forasteros y dejándoles en cambio el comercio exterior; si aboliéramos las instituciones diplomáticas y jamás permitiéramos

[52]La resolución del condado de Álbemarle debe recordarse en conexión con la declaración de independencia de Mécklenburg como una de las de la serie de protestas económicas y políticas que se produjeron en toda la frontera occidental, desde Pensilvania hasta las Carolinas. Consideradas en conjunto, indican una conciencia de zona que se marcó en el oeste, unido no solamente contra la madre patria sino contra corrientes opuestas en los condados y en el antiguo este. Aislado de los mercados europeos, el oeste podía juzgar con más serenidad que los centros comerciales de la costa los efectos del embargo.

[53]*The Works of Thomas Jefferson*, volumen II, páginas 43-44.

[54]*The Writings of George Washington*, (edición de Ford), volumen XII, página 414, nota.

[55]*The Works of Thomas Jefferson*, volumen VIII, páginas 147-148, Jéfferson a Tenche Coxe, primero de mayo de 1794.

[56]Ibídem, página 150, Jéfferson a George Wáshington, 14 de mayo de 1794.

[57]Ibídem, página 293, Jéfferson a Thomas Pínckney, 29 de mayo de 1797.

[58]Ibídem, página 374, Jéfferson a James Mádison, 22 de febrero de 1798.

que buque armado de nación alguna penetre en nuestros puertos![59]

Mas esto no podía considerarse seriamente. Era un salto a la utopía, que Jéfferson trataba de alcanzar por medios más prácticos cuando se encontraba con ánimo tranquilo.

Durante los primeros meses de su administración presidencial, Jéfferson trazó la política que había de seguir por ocho años. Insistió en que se restableciera la libertad de los mares, pero se opuso a que la nación se levantara en armas con tal objeto.[60] Reiteró su definición del contrabando en forma absoluta, todo o nada, haciéndola extensiva al comercio. O era legal todo tráfico con los beligerantes o cualquier tráfico era ilegal.[61] Debían sostenerse los derechos de los neutrales. Sin embargo, no estábamos en condiciones de provocar una guerra en su obsequio[62] y

aquella clase de coerción pacífica que está al alcance de todas las naciones, si se procura ejercerla en concierto y en tiempos de paz, puede producir con mejores resultados el efecto deseado.[63]

Ya desde el tiempo de estas declaraciones es fácil percibir ciertas reminiscencias de la idea de una liga de naciones en 1786, el entendimiento de que el derecho internacional tenía por entonces muy poca fuerza, y el plan de embargo que Jéfferson debía poner temporalmente en acción.

En cuanto se refiere al comercio en general, Jéfferson continuó sustentando el principio de que buques libres hacen cargamento libre,[64] aun cuando reconociera que carecería de gran valor en tanto que la Gran Bretaña no prestara su asentimiento a dicha proposición. Y la Gran Bretaña no cedería en este punto ni había manera de obligarla a ceder.[65]

A pesar de la persistencia de Inglaterra en abusar de su poder marítimo, Jéfferson era demasiado clarividente para desear su destrucción. La Gran Bretaña debía agradecer al mundo la indiferencia que mostraba ante su actitud.[66] Habría sido un error, con todo, desear que Inglaterra o Francia quedaran eliminadas del equilibrio del poder.[67] Y de vez en cuando observamos ciertos actos que se asemejaban a las prácticas de Inglaterra, como, por ejemplo, el de conducir el botín al puerto neutral más cercano:

proceder que beneficia a tal punto a las naciones débiles, que deberíamos prestarle la autoridad de nuestro ejemplo.[68]

Algunas otras cláusulas del derecho de las naciones eran menos deseables, y Jéfferson las condenaba en su quinto mensaje anual al congreso a causa de

carecer de base alguna de justicia o fundarse en manera alguna en los usos o reconocimiento de las naciones.[69]

Nunca perdió Jéfferson de vista el interés de los Estados Unidos en el derecho de las naciones, convencido siempre de que el comercio era el arma mejor para la defensa de estos derechos: arma cuya eficacia no debía comprometerse por acto alguno de beligerancia y cuya ventaja principal consistía en

estimular a los demás para que declararan y garantizaran los derechos de los neutrales, excluyendo de todo intercambio comercial a la nación que en cualquiera forma los afectara.[70]

Jéfferson creyó encontrar un alma gemela

---

[59] Ibídem, volumen IX, páginas 65-66, Jéfferson a Édmund Péndleton, 22 de abril de 1799. En cuanto a pesimismo análogo, véase ibídem, volumen VIII, páginas 286-287, 13 de mayo de 1797; asimismo ibídem, volumen IX, página 95, 18 de enero de 1800.

[60] Ibídem, página 219, Jéfferson al doctor George Logan, 21 de marzo de 1801.

[61] Ibídem, página 299. Jéfferson a Róbert R. Lívingston, 9 de septiembre de 1801.

[62] Ibídem, páginas 300-301.

[63] Ibídem, página 300.

[64] Véase John Táylor: "Curtius, a Defense of the Measures of the Administration of Jefferson," 1804, páginas 111-118.

[65] *The Works of Thomas Jefferson*, volumen X, página 27, Jéfferson a James Mádison, secretario de estado, 31 de julio de 1803.

[66] Ibídem, página 67, Jéfferson a James Monroe, 8 de enero de 1804; y página 77, Jéfferson a James Mádison, 23 de abril de 1804.

[67] Ibídem, página 67. Prefería, sin embargo, Inglaterra a Francia: ibídem, páginas 263-264, 4 de mayo de 1806.

[68] Ibídem, página 118, Jéfferson a James Mádison, 18 de noviembre de 1804.

[69] Ibídem, página 118, 3 de diciembre de 1805.

[70] Ibídem, páginas 247-248, Jéfferson a Thomas Paine, 25 de marzo de 1806.

en el emperador Alejandro, y es sumamente interesante la carta que escribió el jefe de los demócratas al zar de todas las Rusias en 1806, acerca de los derechos de los neutrales. En dicha carta, insta Jéfferson al emperador a lanzar todo el peso de su influencia en favor de

> una definición correcta de los derechos de los neutrales en los altos mares,

sugiriendo que

> excluir de todo comercio con las demás naciones a los transgresores de los derechos de los neutrales sería una sanción eficaz, adecuada y, al mismo tiempo, preferible a la guerra.[71]

La posibilidad de mantener la paz, que inspiró esta carta dirigida al emperador Alejandro, no llegó a realizarse. Por el contrario, la guerra entró en una fase todavía más intensa; y el bloqueo de Napoleón por la escuadra británica aumentó la demanda por buques y estimuló la leva de marinos norteamericanos para tripularlos. El reclutamiento, a fuer de abuso clamoroso, complicó las numerosas infracciones del derecho internacional que los Estados Unidos se vieron en el caso de soportar o evitar.[72] Las negociaciones con la Gran Bretaña continuaron por algún tiempo con escaso resultado; y en marzo de 1907 Jéfferson hubo de prevenir a Monroe, quien por aquel entonces se encontraba en Londres con Pínckney, que sería imposible ratificar tratado alguno que evadiera tomar en consideración el asunto de la leva.[73] De otro lado, Jéfferson alimentaba muy pocas esperanzas de que pudiera llegarse a un arreglo. Y en caso de que fracasaran los arreglos, quedaba la vieja arma del embargo, forjada en 1774, y que jamás había sido enteramente puesta a prueba.[74]

A pesar de todo, el embargo estuvo a punto de que jamás se le sometiera a la prueba, porque el incidente del *Chesapeake*, en el verano de 1807, casi precipitó la guerra que el embargo estaba llamado a evitar.[75] El sentimiento patriótico se excitó en gran manera en los Estados Unidos a consecuencia del insulto que significaba la detención y registro de nuestro buque, y el mismo Jéfferson compartió el entusiasmo del momento.[76] Consejos más tranquilos prevalecieron, sin embargo;[77] y la violación más flagrante del derecho internacional a que hubieran sido sometidos los Estados Unidos desde que se ratificó la constitución quedó allanada con excusas tardías de la Gran Bretaña. En la excitación de aquellos días, nuestra marina había sido convocada,[78] circunstancia que facilitó la ejecución del embargo cuando se aprobó al cabo en diciembre de 1807.

En resumen, la actitud de Jéfferson es sobresaliente en cuanto se refiere al derecho internacional. Al tanto de las ideas predominantes entre los pensadores del siglo décimoctavo, basaba su concepto del derecho internacional en la teoría del pacto y el reconocimiento de un estado natural en que la condición del hombre es primordialmente pacífica. Aplicó estas teorías de paz a la política activa, declarándose pronto, en 1774, a favor del embargo, el cual sostenía en principio como substituto de la guerra hasta que llegó la oportunidad de ponerlo a prueba.

Durante sus años más atareados en el departamento de estado, presenció las etapas iniciales de un conflicto mundial que significaba la negación y el derrumbamiento del derecho internacional del siglo décimoctavo. Apeló a las autoridades en este antiguo derecho, encontrando allí apoyo para la neutralidad que Wáshington persiguió en 1793 y posteriormente. Pero esta contribución de Grotius, Wolf, Vattel y otros a la política actual de una nueva nación que surgía en el horizonte de los pueblos fué en cierto modo el "ocaso"

---

[71] Ibídem, página 250, Jéfferson a Alejandro I, 19 de abril de 1806.

[72] Ibídem, volumen I, páginas 406-407, 2 de febrero de 1807. Para declaración anterior impresa, véase *American State Papers*, Relaciones Exteriores, volumen I, página 131, 7 de febrero de 1792.

[73] *The Works of Thomas Jefferson*, volumen X, página 375, Jéfferson a James Monroe, 21 de marzo de 1807.

[74] Ibídem, página 381, Jéfferson a James Bowdoin, 2 de abril de 1807.

[75] Ibídem, volumen I, páginas 410-419.

[76] Ibídem, volumen X, páginas 466-471.

[77] Ibídem, volumen I, página 427; ibídem, volumen X, páginas 433, 456, 458.

[78] Ibídem, volumen I, páginas 421-422, las ventajas que implica para el estado tener su marina en las cercanías.

de la clásica escuela del derecho internacional.

De entonces en adelante la influencia de aquellos principios fué principalmente teórica, y la humanidad se volvió de las ruinas de lo antiguo para reconstituir un nuevo derecho de las naciones. En la nueva escuela, Jéfferson es figura de significación. Entre la copia de sus ideas sobre temas múltiples puede descubrirse un sistema general de derecho internacional, cuya estructura está constituída por los derechos de los neutrales, la libertad del comercio, el principio de que buques libres hacen cargamento libre y la negación del contrabando; en tanto que el espíritu se revela en la aspiración por una liga de naciones, por la repugnancia a la destrucción siquiera se trate del enemigo, y por la esperanza de un esfuerzo cooperativo en el futuro.

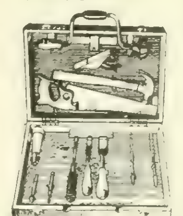
Finalmente, el mismo pacifismo fundamental que le llevaba a pensar con agrado en fronteras indefensas, le impulsaba también a buscar cualquier medio que ofreciera la más ligera esperanza de utilizarse como substituto de la guerra. El embargo representa así el gran experimento de Jéfferson en obsequio al pacifismo. Que este experimento fracasara, por motivos que se relacionan más con la forma que con su filosofía, fué una tragedia. Jéfferson y su embargo no han constituído el último toque en un plan factible de derecho internacional, pero en cualquier estudio que intente poner de manifiesto las luchas del hombre para elevarse sobre el bruto, es imposible olvidar a Jéfferson ni la medida que él advocaba.





ERECTOR GILBERT





EQUIPO GILBERT DE QUIMICA INDUSTRIAL

EQUIPO GILBERT DE CARPINTERIA

LOS JUEGOS CIENTÍFICOS GILBERT

Los niños listos, progresistas, prefieren juguetes de "a verdad" con los que además de conseguir recreo sin fin, puedan imitar las obras de "la gente grande." Los JUEGOS CIENTÍFICO-RECREATIVOS GILBERT dan al niño una base sólida de saber de gran utilidad práctica y dan estímulo a sus nobles aspiraciones.

Hay equipos ERECTOR de mecánica en miniatura, juegos de motores eléctricos, de telégrafo, de telégrafo inalámbrico, de química industrial, etc. Todo muy completo con los famosos Manuales Gilbert en castellano, y presentado de manera que proporciona ratos muy divertidos.

Hay también juguetes para los pequeñuelos como automóviles, juegos de magia, cochecitos, el famoso Proteociclo Gilbert y varios otros.

De venta en los principales establecimientos del mundo a precios al alcance de todos.

El Instituto Gilbert De Ingeniería Para Niños

Fundado por el Dr. A. C. Gilbert, graduado de la Universidad de Yale, para hacer más eficaces los resultados que se obtienen con los juegos. Se ponen al alcance del niño estudios universitarios de valor práctico. Consultas técnicas y diplomas, todo gratuitamente. Pídanse más informes.

THE A. C. GILBERT COMPANY

(Sección A, Instituto Gilbert)

New Haven, Connécticut

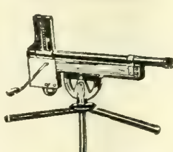
Estados Unidos de América



PROTEOCICLO GILBERT



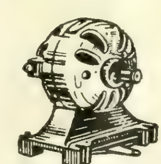
EQUIPO GILBERT DE TELEGRAFIA INALAMBRICA



AMETRALLADORA GILBERT



JUEGOS GILBERT DE ELECTRICIDAD

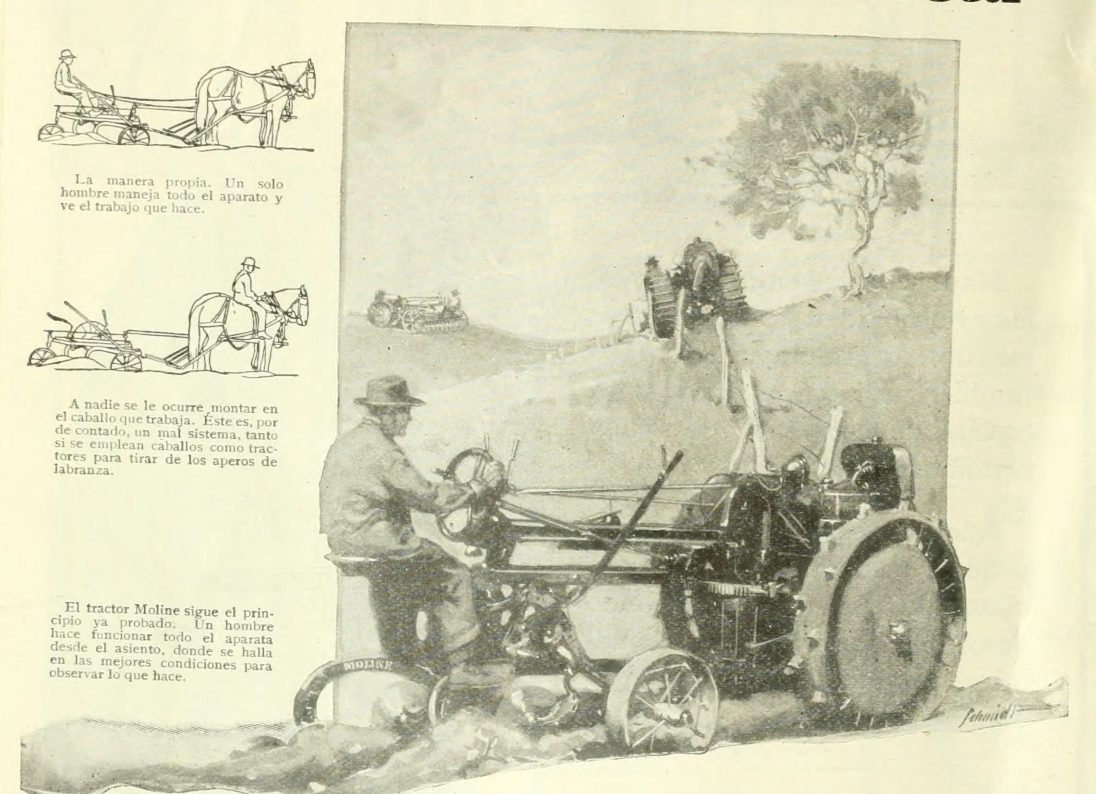


MOTORES EN MINIATURA

Los grandes talleres donde se fabrican los juguetes cientificos Gilbert.


FISK
Hay seguridad en esos botones. Hay durabilidad y resistencia en esa cubierta grande y fuerte. Hay también un largo recorrido y un espléndido servicio en cada neumático Fisk.
Además del superior delineado y de la cuidadosa selección de materiales llevan en sí el hondo deseo del manufacturero de fabricar productos que honren el nombre que llevan.
Los neumáticos Fisk se usan y aprecian en el mundo entero porque siempre satisfacen. Usted los apreciará también.
THE FISK RUBBER COMPANY
OF NEW YORK
Departamento de Exportación
CHICOPEE FALLS, MASS., E. U. de A.
FISK
F
TRADE MARK

MOLINE
El Tractor Universal



La manera propia. Un solo hombre maneja todo el aparato y ve el trabajo que hace.

A nadie se le ocurre montar en el caballo que trabaja. Éste es, por de contado, un mal sistema, tanto si se emplean caballos como tractores para tirar de los aperos de labranza.

El tractor Moline sigue el principio ya probado. Un hombre hace funcionar todo el aparata desde el asiento, donde se halla en las mejores condiciones para observar lo que hace.

MP

En un día de 10 horas, un hombre y un tractor Moline pueden arar de 7 a 9 acres; pueden roturar con discos, de 25 a 30 acres; pueden sembrar de 25 a 35 acres; segar de 25 a 40 acres; cultivar de 12 a 20 acres y cortar mieses de 25 a 40 acres. Además, la máquina lleva a cabo una gran variedad de otras clases de trabajo y todos los trabajos de transmisión de correa.

Compárense estos resultados con los de los sistemas ordinarios. En muchos casos el Moline permite a un hombre hacer por lo menos la mitad más de trabajo. Estos hechos están probados por los resultados obtenidos por los propietarios de los Moline.

Los propietarios de tractores Moline en 37 estados dicen que el tractor Moline ahorra un promedio de un hombre por hacienda, así como cinco caballos, porque hace todo el trabajo del campo, incluso el cultivo.

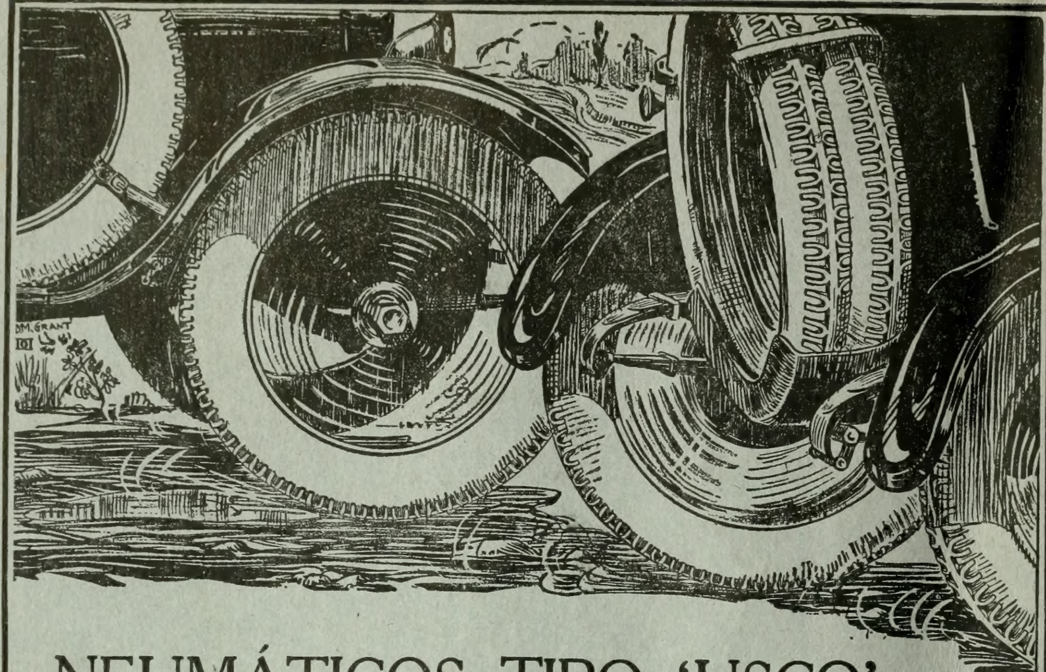
El tractor Moline aumenta la producción, permitiendo a un hombre llevar a cabo más trabajo, y disminuye el costo de la producción ahorrando brazos y caballerías.

Los propietarios de tractores Moline de todas partes del país hacen constar beneficios de $500 a $2200 al año, sólo del tractor Moline.

MOLINE PLOW COMPANY, MOLINE, ILL., E. U. de A.

Tractores, carretillas, planteles de alumbrado eléctrico, automóviles y aperos de labranza

Casa fundada en 1865



NEUMÁTICOS TIPO 'USCO'

para ruedas delanteras o traseras

Los neumáticos de tipo 'USCO' proporcionan confianza y seguridad iguales a las que se derivan del uso de un neumático antiresbaladizo, de costo algo mayor que el de un neumático liso.

Los neumáticos de tipo 'USCO' tienen más goma donde más desgaste hay—en el exterior. Están fabricados para resistir, suplir energía y evitar resbalamientos laterales.

Debido a su costo módico, los neumáticos de tipo 'USCO' se usan mucho para ruedas delanteras en vez de neumáticos lisos.

Los Neumáticos 'United States' son Buenos Neumáticos

No hay un solo neumático que se adapte a diversidad de propósitos. Los neumáticos U. S. se fabrican de cinco tipos 'Royal Cord' 'Nobby,' 'Cadena' 'Usco' y 'Liso.'

United States Rubber Export Co., Ltd.

HABANA RIO DE JANEIRO ROSARIO SAO PAULO
BUENOS AIRES MONTEVIDEO SANTIAGO DE CHILE

Sucursales y Agencias en las principales ciudades del mundo

UNITED STATES RUBBER COMPANY US RUBBER SYSTEM AND ASSOCIATED COMPANIES